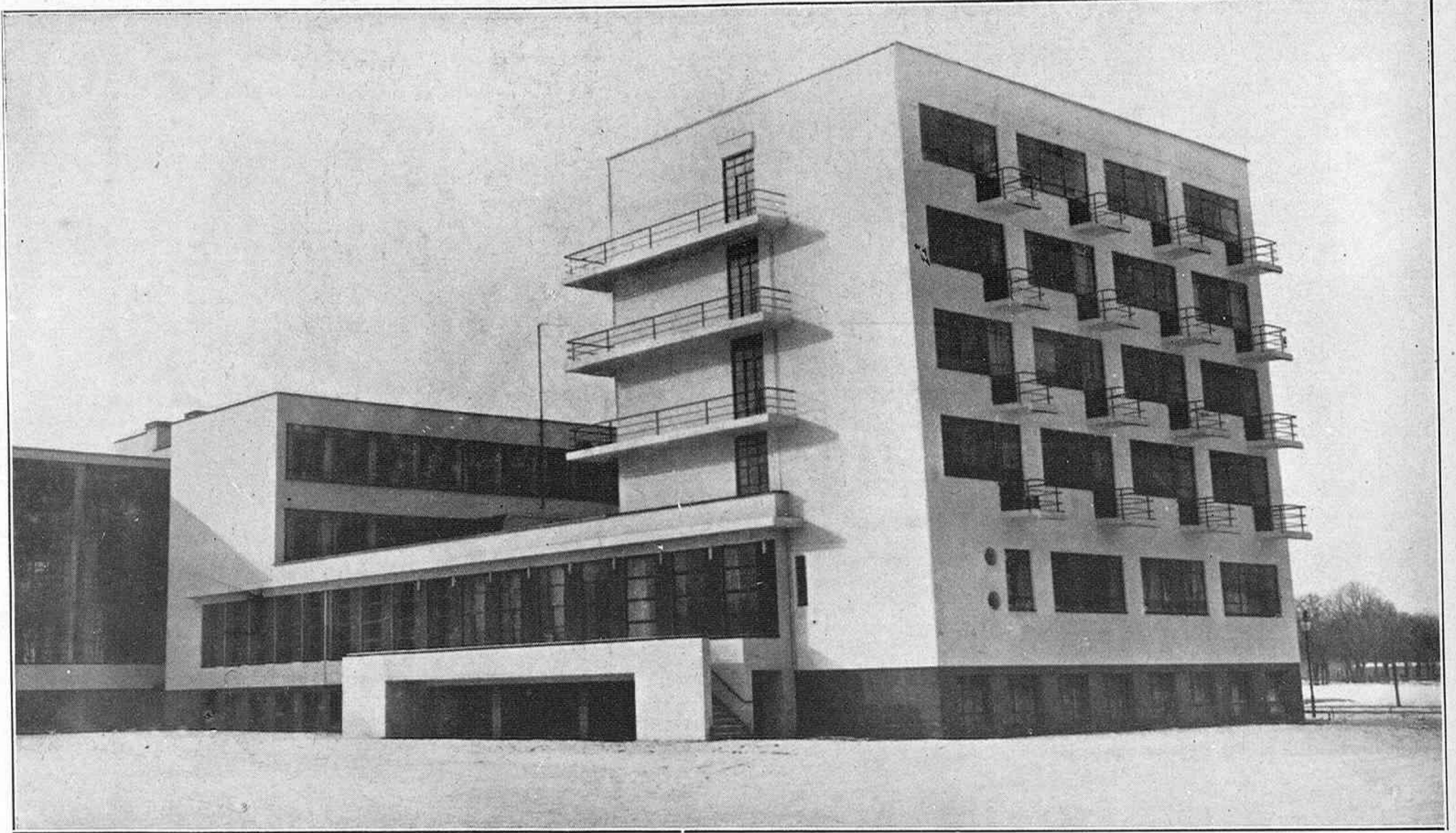


LOS VENCEDORES DE LA ÚLTIMA * * TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO * *

Los pilotos norteamericanos Roger Williams y Lewis Yancey, que han atravesado el Atlántico de Nueva York (Old Orchard) á Santander (aeródromo de La Albericia) en treinta y una horas y media, acompañados del cónsul de su país, fotografiados en el campo montaños poco antes de emprender rumbo á Roma, objeto del extraordinario vuelo sobre el mar (Fot. Del Río)

REVOLUCIONES ARTÍSTICAS

LA CONSTRUCCIÓN ACTUAL EN ALEMANIA



Vista exterior de la «Dessau Art School»

HE aquí una de tantas paradojas como nos ofrece á diario la vida actual: si algún Arte parecía sólidamente constituido y difícilmente mudable, era la Arquitectura, y, sin embargo, en ningún otro se ha revolucionado más y, por añadidura, más honda y rápidamente.

Si los arquitectos de hace tres cuartos de siglo, á los que debió Madrid la parte hoy vieja y entonces novísima del barrio de Salamanca, por ejemplo, viesan las construcciones que actualmente hacen ya vulgares los arquitectos modernos, no sólo sentirían asombro, sino incomprensión. Sobre romper en absoluto con todos los estilos clásicos, en cuyo culto fueron y siguen siendo educados, como en un fetichismo contra el cual no es lícito ir, los artistas de la construcción, las líneas generales de los edificios denuncian estructuras que, con los medios de que disponía la arquitectura en aquella época, hubiese sido imposible lograr.

Han sido, efectivamente, los medios nuevos de que los arquitectos han podido, y pueden cada día con más abundancia, disponer, los que han traído esa transformación total de la construcción; pero

para utilizarlos sabia y bellamente, ha sido necesario que varíen un poco los conceptos generales.

Un principio fundamental de la arquitectura actual es, por ejemplo, una inversión de valores. Durante un largo período, los arquitectos, sintiéndose excesivamente artistas, en un sentido arqueológico—valga la palabra—, se preocuparon más de las fachadas que del interior de sus construcciones. Ahora conciben un edificio como

un organismo con funciones vitales propias; atienden á esas funciones preferentemente: las fachadas no son sino revestimientos del esqueleto—de la armadura—del edificio, que es consecuencia de aquellas funciones.

Teóricamente al menos, siempre tuvieron el designio de acusar al exterior los elementos interiores del edificio; pero, prácticamente, es ahora cuando han logrado la realización de ese ideal.

Otra característica muy interesante de la arquitectura moderna, muy conforme con el espíritu de nuestra época, es la rapidez. Para lograrla, un arquitecto francés, Henry Sauvage, ideó el sistema de «construcción en la fábrica»; es decir, de construcción en serie y fuera del lugar donde el edificio ha de elevarse de él: *in situ* no se hace después sino armar la construcción combinando aquellos elementos.

Mediante ese sistema se consigue, además de otras ventajas: 1.º, suprimir una serie de parásitos (contratistas, maestros de obras, etcétera) que antes encarecían enormemente la construcción; 2.º, economizar del 25 al 30 por 100 en el coste de los materiales; 3.º, supresión de la mayoría de los obreros calificados, substituyén-



Calle principal de una ciudad obrera en Francfort-sur-Mein

dolos por simples jornaleros; 4.º, economizar más del 40 por 100 en la mano de obra en el tajo.

Como consecuencia, logra el nuevo procedimiento una economía global de más de 40 por 100, y una economía, que también tiene su valor, de tiempo: una casa de ocho pisos, sobre un solar de 300 metros cuadrados, queda totalmente terminada en tres meses y medio.

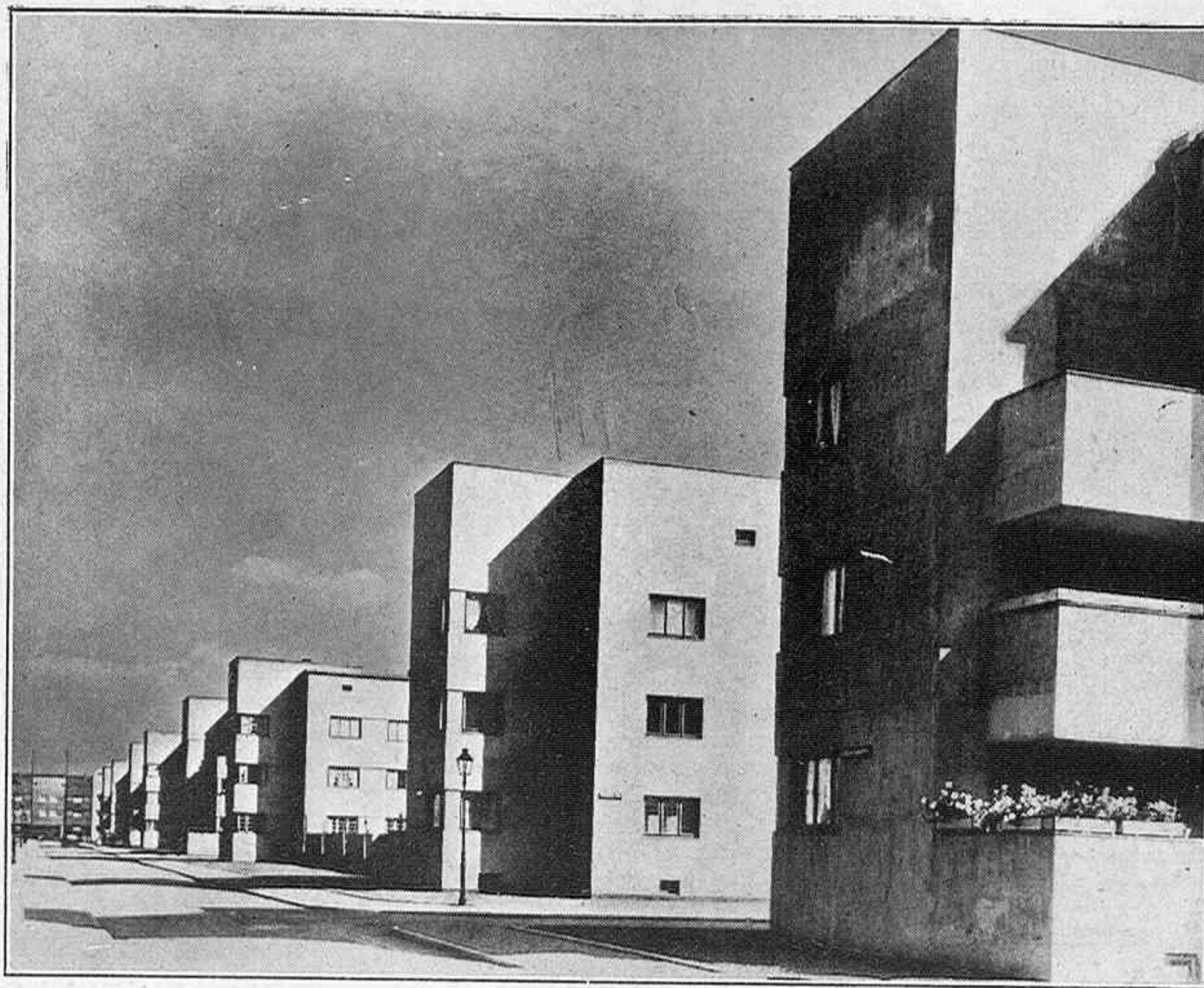
Para construir con esa rapidez y «en fábrica», se comenzó aplicando un sistema celular: los elementos contruídos en las fábricas eran habitaciones completas, todas iguales, lo que daba una monotonía aterradora á los edificios. Después, pensando más lógicamente, se llegó al sistema de fabricar los elementos constructivos y adaptarlos después á las necesidades y á las conveniencias de los futuros habitantes de los edificios; lo que, sobre permitir una variedad infinitamente más artística, resolvía mejor los problemas constructivos.

Los nuevos principios de construcción resultan fecundísimos en soluciones diferentes para los más diversos problemas. Parece como si la Arquitectura hubiese sido hasta ahora un arte niño, obligado á caminar con andadores y sometido á férulas demasiado rígidas, y de pronto se hubiera sentido milagrosamente mozo, libre y capaz, por ser ambas cosas, de realizar las más atrevidas ideas.

Es creencia general que ese arte nació y sólo tiene desarrollo en los Estados Unidos. Allí, y no hace mucho lo demostró en LA ESFERA un arquitecto español, muy conocedor de aquellas arquitecturas, el Sr. Figueroa y Alonso Martínez, tiene fórmulas especiales adaptadas á casos especiales también, y además pudo desarrollarse más rápidamente, porque se le oponía menos el peso de la tradición, frenando iniciativas; pero en el antiguo Continente surgió al mismo tiempo, por un fenómeno muchas veces de floración simultánea de ideas en diversos lugares, cuando las circunstancias ambientes son favorables, y en Francia, en el mismo París, y en Alemania no sorprenden ya á nadie las nuevas construcciones.

En Alemania, sobre todo, hay actualmente un intensísimo movimiento renovador, que alcanza no sólo á las construcciones nuevas, sino, en lo posible, á la mejor utilización de las viejas.

En general, la nueva arquitectura, en Alemania, como en todas partes, ha tenido como problemas iniciales los que podríamos denominar de socialización de la vivienda. Los grandes rascacielos norteamericanos no son, efectivamente, otra cosa, y en el extremo opuesto, donde más fecunda ha sido la arquitectura nueva desde la socialización de las terrazas berlinesas, á que también dedicó, no hace mucho, otro artículo LA ESFERA, como



Casas en la Weferlinger-Strasse de Magdeburgo

solución mínima de transformación de los viejos inmuebles á las más complicadas y extrañas ciudades, encontramos resueltos muchos problemas.

En Alemania, además, los arquitectos predicaban con el ejemplo, y el famoso Colegio de Arquitectura de Dessau, que es la más moderna y la más modernista de las escuelas de Arquitectura del mundo, tiene un edificio, cuya reproducción puede verse en uno de los grabados de este artículo, completamente ajustado á las nuevas normas.

Una de las preocupaciones constantes de los arquitectos modernos, tan conocedores de la higiene de la vivienda, es la de procurar á los inquilinos la mayor cantidad posible de aire y de luz.

Tipo de las construcciones que resuelven ese problema son las de la ciudad obrera construída recientemente en Francfort-sur-Mein, en la que,

verse en nuestro grabado correspondiente, construído muy á la moderna.

Son, pues, sobre todo, el principio de la máxima y más acusada adaptación, el de la mayor rapidez, el de la más grande economía y el de la suprema higiene, las que fundamentalmente constituyen las normas arquitectónicas actuales y aun domina sobre ellas el principio de la socialización de la vivienda, que tiene dos interpretaciones diferentes.

Para unos, efectivamente, esa socialización es perfectamente compatible con la fórmula que hace veinte años parecía ideal, y puede seguir siéndolo si se acepta este criterio de «cada hombre una casa». En ese criterio, la socialización ha de hacerse dentro de la ciudad ó del grupo de construcciones y en relación con él.

Otro criterio reduce la socialización al edificio, y reúne el mayor número de viviendas en una sola construcción, adoptando en ella todos los servicios comunes con las máximas ventajas para los inquilinos.

En el primer grupo militan muchos, si no todos los arquitectos alemanes innovadores; en el segundo, fundamentalmente los franceses que siguen á Sauvage.

En realidad, ambas fórmulas pueden ser buenas. Todo consiste en adaptarlas convenientemente en cada caso particular.

En España aún no hemos logrado el deseable desarrollo de ninguna de las fórmulas que podrían contribuir á la anhelada resolución del problema de la vivienda.

Como término de transición, tal vez sería la más asequible á nuestros gustos la solución de las casas individuales.

Estamos aún un poco lejos de las convicciones revolucionarias, y en cierto modo falansterianas, de Sauvage.



El edificio nuevo de la fábrica Siemens

(Fots. Agencia Gráfica)

SANTIAGO HERRERA

DESPUES
DE UN
CERTAMEN

Cuantas más
Reinas,
mejor



Sólo los pleiteantes de mala fe, que, á sabiendas de que no tienen razón, acuden á los Tribunales, creen, algunas veces, en la justicia de los fallos que le son adversos. ¿Cómo han de aceptar de buen grado la resolución de un Concurso de Belleza las que aspiraron al premio seguras y convencidas de su fuerza para lograrle? En realidad, es completamente absurdo que haya hombres suficientemente soberbios para erigirse en jueces de pleitos semejantes, y lo mejor que puede pensarse de ellos es que tratan de pescar á río revuelto, y aceptan la delicada misión por si surge en el concurso alguna Friné capaz de recurrir, como la clásica, á los argumentos decisivos.

Ya es extraordinaria la existencia de críticos de arte, como si en materias de belleza cupiera algo semejante á las oficinas del fiel contraste de pesas y medidas; pero, al cabo, el Arte es cosa humana, y en la totalidad de él, y no sólo en el teatro de Querubini, puede decirse que *tutto e convenzionale*; un areópago de críticos, ó, en su defecto, la Academia de San Fernando podría decretar un canon de belleza como la Academia de la Lengua acuerda sus cánones de bien decir, y si lograba hacerle obligatorio, daría justificación al fiel contraste estético; pero

SEÑORITA CANDELAS ALTES
Proclamada Reina de la belleza madrileña
(Fot. Alfonso)

ni aun esa hipótesis arbitraria justificaría la soberbia de pretender juzgar de la belleza humana. Paris, que fué, sin duda, el antecesor más remoto de los que ahora han juzgado á las bellas de Madrid, se dejó sobornar villanamente, y sólo así pudo escoger entre Juno, Minerva y Venus. ¿Cómo juzgaríamos ahora con más seguridad cuando ni aun en pleno y calurosísimo estío, las bellezas modernas, infinitamente más púdicas que las mitológicas, á pesar de las faldas cortas y los escotes largos, aportan tantos ni tan convincentes elementos de juicio como Venus, Minerva, Juno y Friné?

Hacen bien en protestar las señoritas desairadas en el Certamen madrileño.

Puestas en su plano de belleza, no es tan fácil como parece discernir; la belleza no se mide por micras ni por miligramos, y los atrevidos que han lanzado ahora sus manzanas sin miedo á conflictos, si no internacionales, entre barrios, al menos, han hecho acto de soberbia infernal. Ciertamente que en el pecado habrán tenido la penitencia, y debemos figurarnos roídos por los remordimientos. Cuando en sueño vean aparecer á las bellas, bellísimas, desdeñadas, ¿cómo justificarán el desdén?

Habría que suponerlos tercios, como aquel famoso Karabán de Julio Verne, y suficientemente impenetrables, para creer que su canon de belleza fué cosa tan definitiva que en todo instante de la vida pueden seguir aceptándole sin vacilar; de la mujer dijo el libretista de Verdi que es *movile cual piuma al vento*; pero la mesonera con que retozaba podría cada vez que se cantaba ópera poner una morcilla—¡perdón por lo vulgar de la palabra!—y decir al tenor: «¡Quién habló, que la casa honró!»

La versatilidad masculina batió siempre el *récord* á la femenina, aunque los varones, modestamente, suelen ocultar esa superioridad, y



Las bellísimas señoritas elegidas para representar á los distritos de Madrid en el Certamen de Belleza, en un momento en que eran positivamente hermosas

cada votante, por muy entusiasmado que estuviese en el momento de votar, se revotaría muy á gusto apenas le dieran ocasión.

Este es el punto flaco de la protesta que comentamos: una nueva elección daría, probablemente, cetro y corona á una beldad distinta de su actual poseedora; pero, ¿no habría después los mismos motivos para protestar? ¿No surgirían después, con la misma razón y justicia, otras disidentes y sería necesario empezar nuevamente?

Además, sin pensar, porque sería demasiado pesimismo, que la belleza de una mujer sólo dura, como la lozanía de una rosa, *l'espace d'un*

matin, cabe, por ser justo, pensar que la belleza femenina tiene uno de sus mayores encantos en la variabilidad; la Gioconda aburre por la estabilidad de su sonrisa enigmática; una mujer encanta cuando sonríe, y encanta más porque en pos de la sonrisa, si no la precedió, puede verse el gesto de disgusto ó la mueca del enfado, como ahora se ve en las muchachas descontentas... y surge otro problema, ¿cuándo están mejor? ¿Airadas ó sonrientes? ¿Ayer ú hoy? Juzgar á una mujer ya es difícil; pero juzgarla con una ojeada es imposible; repetir el certamen no conduciría, pues, á nada práctico. ¿No sería mejor nombrar diez reinas por lo menos?

Madrid es grande, y los madrileños suficientemente generosos para no discutir esas monarquías; hay sitio y cortesanos para diez reinas y para tres ó cuatro docenas de suplentes eventuales. Si cada vez que un gato dice, mirando á su gata correspondiente: «¡Reina!», hubiésemos de pagar una lista civil, tendrían que aumentar enormemente el impuesto de soltería.

Por nuestra parte, tenemos por reinas legítimas á las diez elegidas y á diez docenas, por lo menos, de las que no lograron ese honor y merecen el ascenso inmediato, por lo menos, cuando nos arrancan esta declaración sensacional:

«¡Chiquilla! ¡Hoy tienes el bonito subido!»



Las mismas bellísimas muchachas en otro momento en que eran también hermosas, pero con distinto matiz

(Fots. Díaz Casariego)



TODOS los troncos del viejo parque estaban amusgados, y se habían borrado las plazoletas y los caminos.

El lago estaba casi ciego de vegetaciones, y los riachuelos peinaban cabelleras de yerbas tendidas.

Había en todos los rincones un silencio de sitio no transitado, y se sentía que hacía tiempo que el hombre no había pasado por allí con sus voces que quedan, las únicas voces que no se pierden tan pronto como suenan, como sucede con las de los animales.

En medio de tanta vida natural, todo era como un reloj parado, un reloj ausente de manos que marcasen su hora, un triste jardín sin almanaque.

En silencio tan deshumanizado se sentían los bisbiseos de las hojas con precisión irritante, mostrando todos los vacíos del parque.

Los que señalaban desde lejos el palacio y sus arboledas decían antaño: «Ahí está el parque de Cerón»; pero ahora decían: «Ahí está el castillo y el bosque.»

No había crecido ningún misterio en aquellos barrancos, ni en la selva ni el castillo, y todo era como la propiedad del marqués arruinado que no hay quien compre.

El palacio guardaba sus patios detrás de cadenas rotas— como si los hubiesen libertado—, y tenía destrozados casi todos los cristales de los balcones, como si hubiesen recibido en mitad del pecho las pedradas certeras del viento.

Todo él tenía una expresión de grima honda, y se veía que los aldabones estaban muertos.

Sito el hermoso castillo en lo más honrado de la honrada Castilla, y muy á trasmano de los caminos reales que conducen á los vagabundos hacia las capitales de provincias, no se había cometido en él ningún robo, ni siquiera habían arrancado de su puerta ninguno de aquellos clavos con cabeza de rosa de mil hojas que las defendían de las uñas del tiempo.

No había umbrales, pues todos habían sido borrados por los yerbajos, y por entre las piedras de toda la fachada habían crecido matojos que daban á todo el castillo apariencia de castillo sin afeitar, con una barba rastrojera de hacia muchos años.

Una enredadera copiosa, que llegaba al tejado y allí envolvía chimeneas, parecía camino de pararrayos, vena verde para

recoger exhalaciones. Los canalones rotos se habían convertido en macetas de la fachada, y la solana era un palomar de palomas zuritas.

Todo el palacio tenía frente de olvido y tipo de rostro de estatua yacente. De su interior se habían evaporado todos los ruidos que quedaron, las últimas conversaciones que pueden dar apresto á las cortinas cincuenta ó sesenta años.

El charco de las lluvias pasadas ponía una bandeja de agua sobre las losas ensambladas de la puerta principal, y era aquello como un reservorio de lágrimas del viejo palacio.

El día lo alumbraba como en servicio de ritual, como si buscarse, sin arrepentirse de su esperanza, la alegría de su vida interior, y la no-

che, más eterna inocente que el día, le enviaba la luna como adorno de sus torres, pagando con eso la promesa que la luna tiene hecha á los castillos.

•••••

De todos los ciervos que eran tributarios del palacio y figuraban en sus cacerías, sólo quedaba una pareja, que recorría el bosque en avizoración de cazadores, ansiosos de ver alguna de aquellas amazonas pálidas que disparaban sobre ellos con bala de plata, y en la bala grabado un corazón, como en una sortija.

Creían oír cuernos de caza, y corrían hacia donde había brotado el sonido.

«¡Nada!», se decían al llegar al límite de la posesión, y se echaban en el suelo rendidos, convirtiendo los árboles de su gran cornamenta en arbustos de invierno, espinos fósiles con raíz de cabezas gulluzmeantes y remotovisoras.

La pareja buscaba esas puestas de luz que dan á horizontes de Portugal, y esperaba los cazadores á caballo que, según la leyenda, persiguen á los ciervos con rivalidad amorosa.

Colocados en el mismo tramo del paisaje, el uno miraba hacia la lejanía de la izquierda, mientras el otro miraba hacia la de la derecha, hasta que ya al atardecer volvían con paso de desengañados al soportal del puesto de caza, desde donde les tiraban los cazadores en las grandes cacerías.

En sus paseos desolados por el bosque, llegaban al portal del palacio y, puestos en pie sobre el resalte de la entrada, parecían ir á llamar á los aldabones, como si fueran á entregarse como arrepentidos de vivir sin el sobresalto de las escopetas, inútiles si no eran abandonados del bosque en huida de cuento.

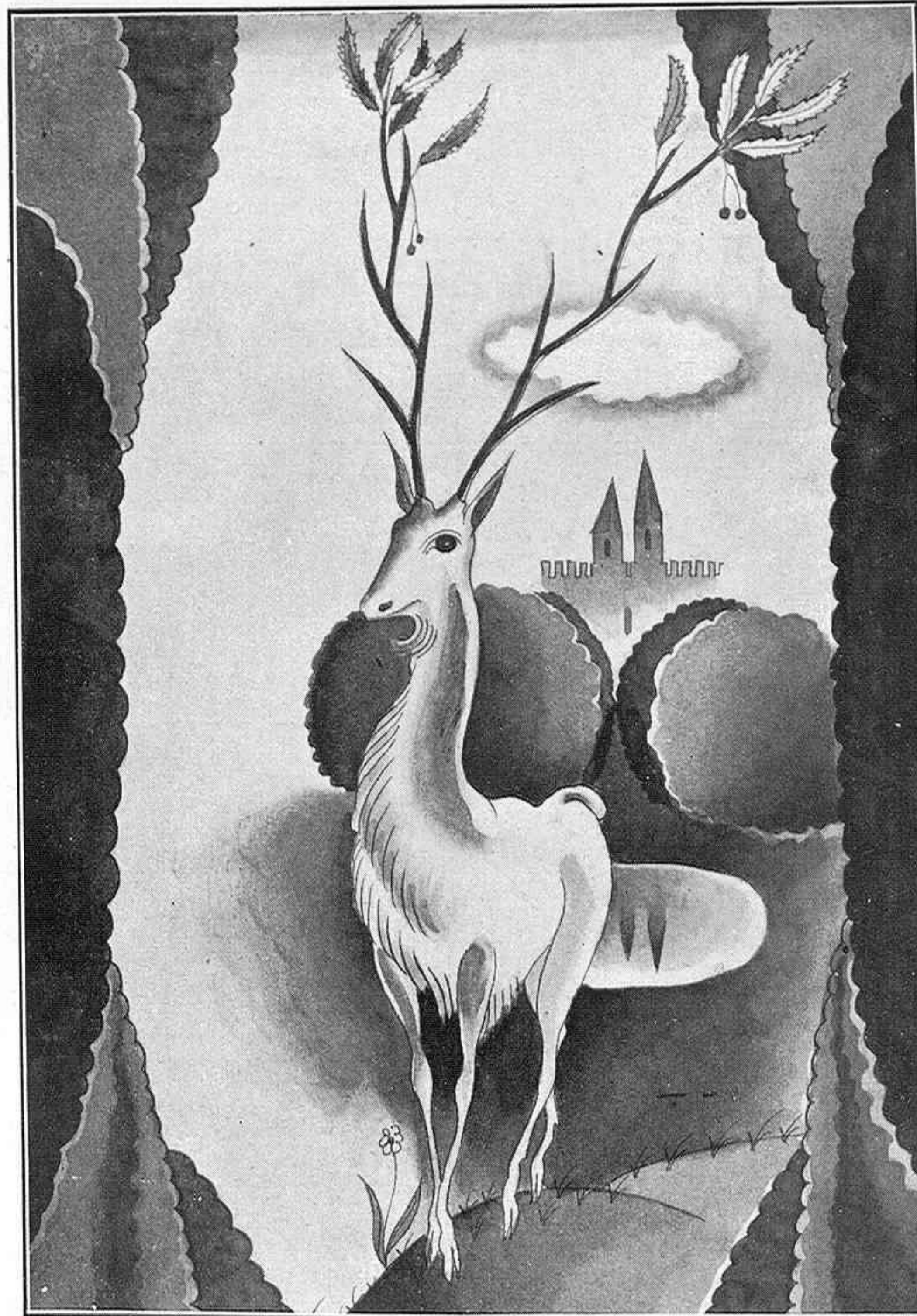
Se conmovía el patio de armas desarmado, al sentir al ciervo nostálgico de señores, ansioso de ser víctima heroica en batallas de caza.

Esbeltas araucarias eran sus cuernos, todos los años acrecentados, todos los años elevando el pensamiento más alto.

•••••

De la pareja de ciervos sólo quedaba él, que ya sabía en qué remanso del bosque había muerto ella, y la buscaba hecha esqueleto de cuernos integérrimos, con la misma veneración que si la buscaba en estatua.

El ciervo solitario buscaba regatos en que encontrarse consigo mismo, y así tener compa-



De la pareja de ciervos sólo quedaba él...

fiña en aquel reflejo de sus astas y su cabeza, respuesta inquieta á su deseo de otro amigo. La gran tiara de cuernos le saludaban en el fondo de las aguas.

Al ver aquel ciervo, sólo las tórtolas le bajaban á consolar, aquietándose en las ramas de su cornamenta, quieto él con verdadera emoción de compañía, hasta que las tórtolas remontaban el vuelo hacia ramas más altas.

El pobre ciervo llenaba de ciervos todo el campo, manteniendo la tradición de que aquello fuese coto de caza. Se debía á la propaganda y aparecía todos los días en los sitios más estratégicos de los cuatro puntos cardinales.

Así, un día vió llegar gente al palacio. ¡Qué alborozo el suyo! De ciervo de muchos años, se convirtió en cervatillo agilísimo, y corrió en vuelta del castillo, poniendo viñeta de ciervos en todas sus ventanas recién abiertas.

—¿Has visto? Otro ciervo.
—Mira... Por allí acaba de pasar otro.
—¡Otro!

En vista de eso, los nuevos propietarios del bosque, nuevos ricos de la talabartería, decidieron dar una batida á los supuestos ciervos.

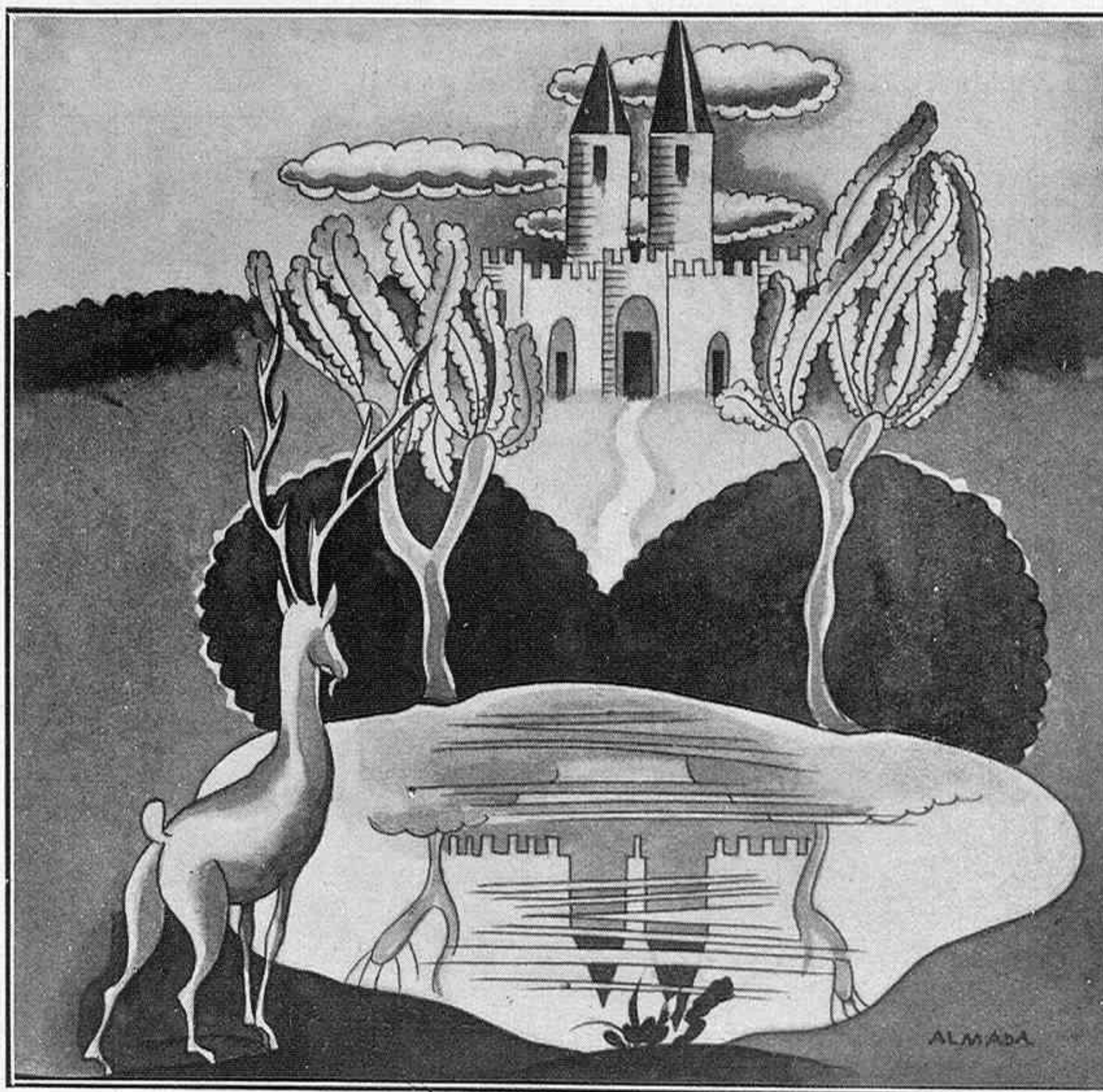
Se uniformaron para ello con levitas rojas, con relucientes botones y buscaron trompetas de caza que fuesen banderolas de los monteros, además de trompetas.

Cuando todo estuvo conseguido, invitaron á sus vecinos de barrio para aquella cacería de ciervos en el bosque de su palacio, y como quienes se disfrazan para ir en la carroza de la caza, aquellos industriales y aquellas industriales se hicieron los trajes de etiqueta para la cacería y se compraron los látigos del nerviosismo, con la mariposuela de la inquietud en la punta.

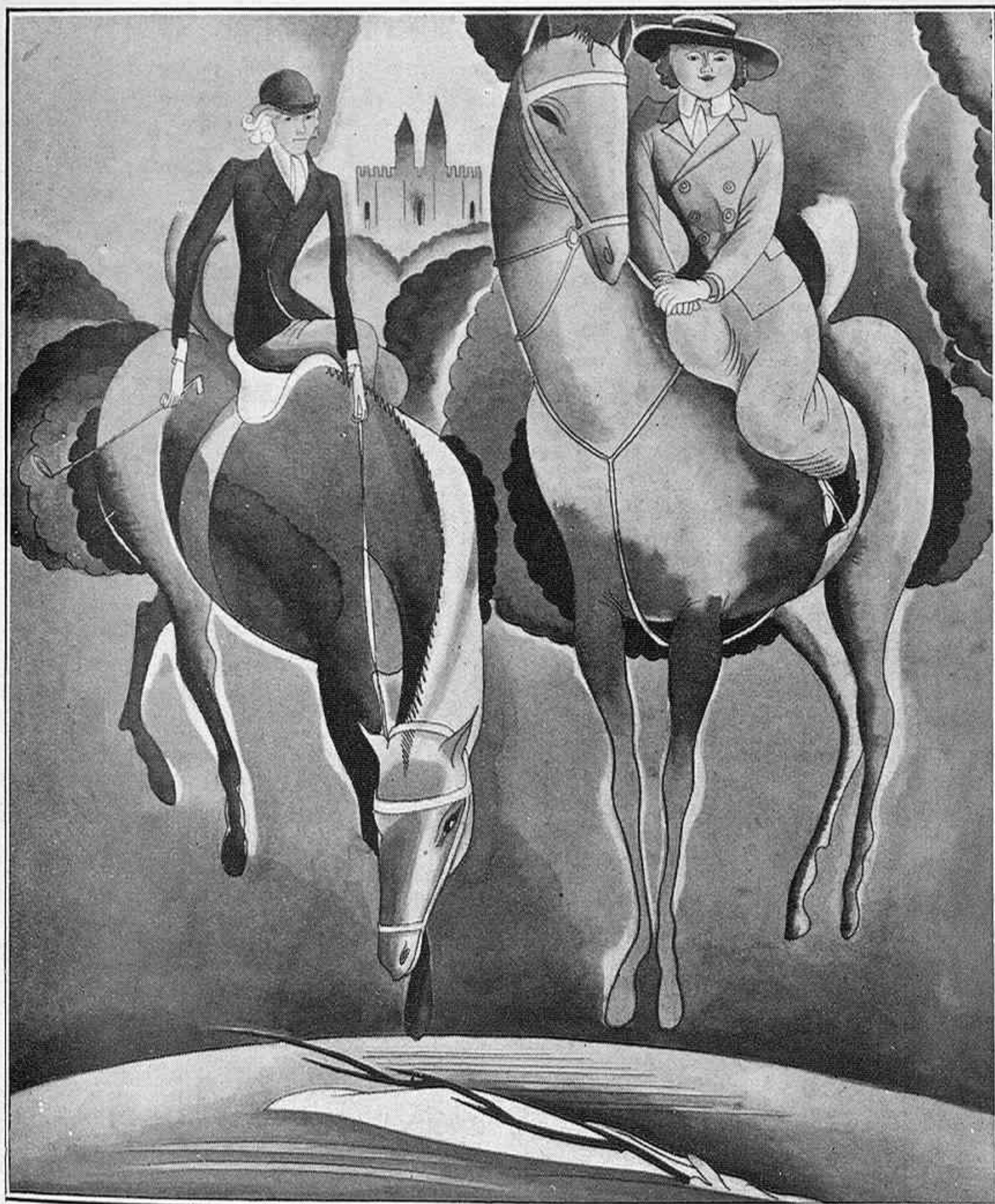
En el ciervo, que había notado los aprestos de la cacería, brotó, como remate de sus resacas cornamentas, un retoño de arbolillo, unas extrañas hojas de ilusión, la ilusión de morir herido por la marquesita, bajo su dulce mirar de enfermera de su propia víctima.

¡Con qué impaciencia esperó el sonar del cuerno de caza rizando el aire silencioso de la selva!

Por fin, una mañana oyó el galopar de los caballos, y



El ciervo solitario buscaba regatos en que encontrarse consigo mismo...



La primogénita regordezuela y chatunga de los nuevos propietarios del castillo acercó su caballo á las aguas del lago...

con gran emoción comenzó á correr, cruzando la película del bosque y sus trechos de luz como flecha de imitaciones. Durante todo el día tuvo en movimiento á la inexperta escuadrilla de cazadores, y al atardecer, antes de entregarse á la muerte que deseaba, aprovechó la hora de su merendar para escucharles y fijarse en ellos.

¡Qué desilusión! Sus conversaciones no tenían poesía ni distinción, y todos ellos tenían tipos grotescos y ordinarios. ¡Ni una sola barba noble, ni unos ojos azules en un rostro de desopilada!

El ciervo, sensible y superexquisitado en aquella soledad, en que había vivido templando sus esperanzas, se sintió tan desesperado, que no pudo acariciar ya la ilusión de la muerte que esperaba, herido por una escopeta elegida, y resultando prenda de amor para la que le cobraba, bella mujer que, desasonándose con revuelo de pasión y de faldas, se acercaría á ver los ojos abiertos y moribundos del ciervo que poetizó su muerte.

Ahora, el ciervo único, que había excitado á toda aquella gente al espectáculo de la cacería, quería morir, debiéndose á sí mismo la muerte, huyendo de aquellos suplantadores, impaciente por dejarles un bosque sin alma, ya que el alma del bosque es sólo el ciervo.

El ciervo único de Cerón buscó el lago de espeso fondo, tentador de colchones de verdura, parihuela de su próximo cadáver, y tirándose en su sima, se dejó afondar, pesado mientras vivió, enredado en crespones de ciénaga mientras titubeó en morir, á flote pocos momentos después, cuando su propia cornamenta fué como haz de leña que busca la superficie de las aguas.

Las trompetas resonaban en todos sentidos llamando a ciervo, cinematográfico blanco de feria en la verdad del bosque.

¿Cómo podía ser que todos aquellos ciervos que ellos habían visto como motivo pertinaz del empapelado de sus imaginaciones hubiesen desaparecido por completo, sin que se repitiese uno de aquellos saltos de liebre que les habían sesgado cien veces?

La primogénita regordezuela y chatunga de los nuevos propietarios del castillo acercó su caballo á las aguas del lago, seguida de su profesora de dibujo, disfrazada también, y en la indicación de la cabeza equina al olfatear el agua como perro de malos augurios que no se niega á beber, notaron el ramaje extraño de las astas del ciervo y llamaron á todos los comensales para que vieran aquel ciervo ahogado, que no sabían bien que era toda la ciervoría del bosque que se había suicidado para siempre.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones de Almada)

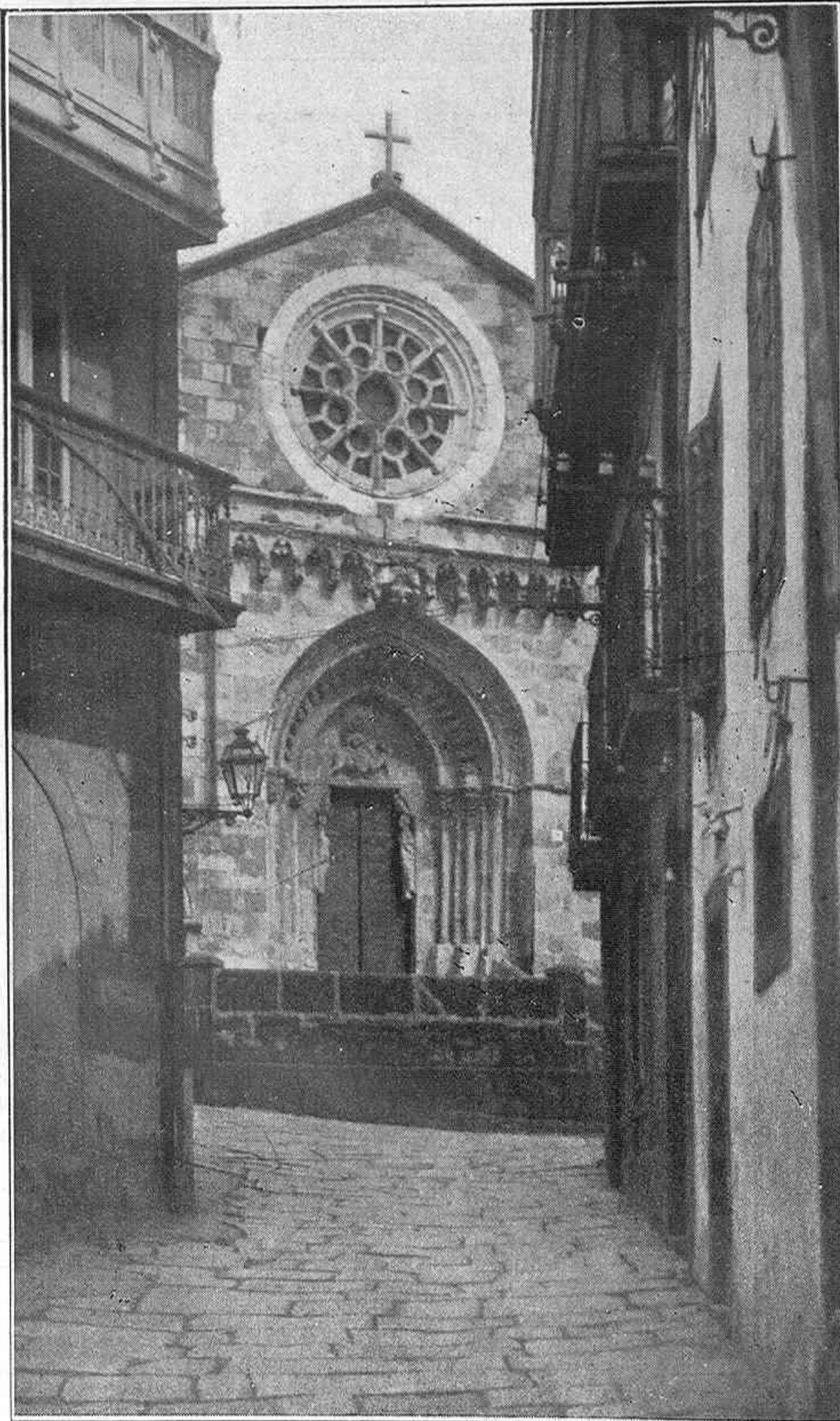
EN LA PUNTA DE EUROPA

La Coruña, ciudad de veraneo por excelencia y rincón de * * gratas distracciones * *

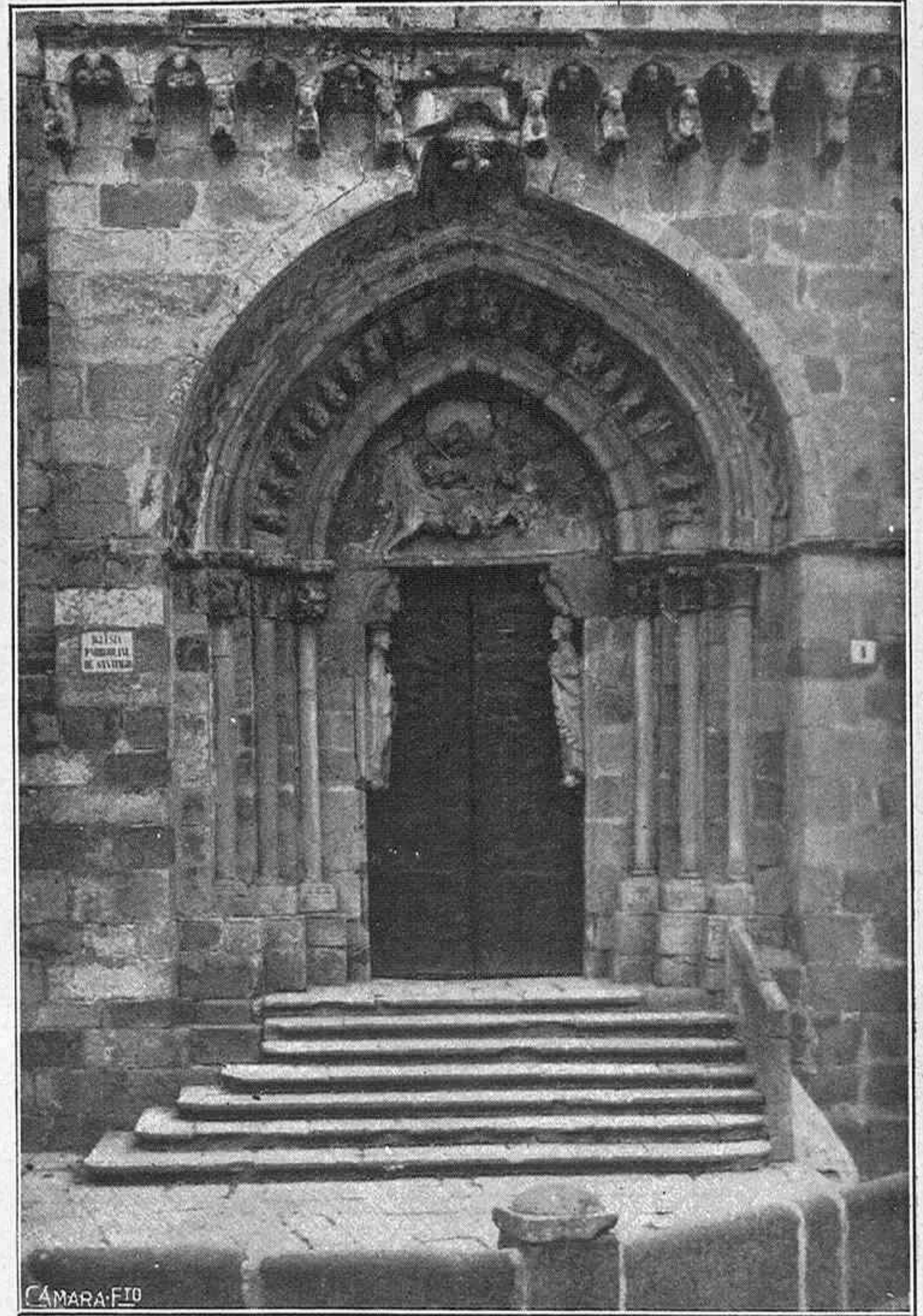
POCAS ciudades encierran, como La Coruña, tantos atractivos extraordinarios en un ambiente de cordialidad tan grata y con un clima que es el mayor de todos los encantos.

El veraneo, ese plazo de descanso obligado que es una necesidad del cuerpo y del espíritu, tiene su solución más rotunda en la alegre ciudad herculina.

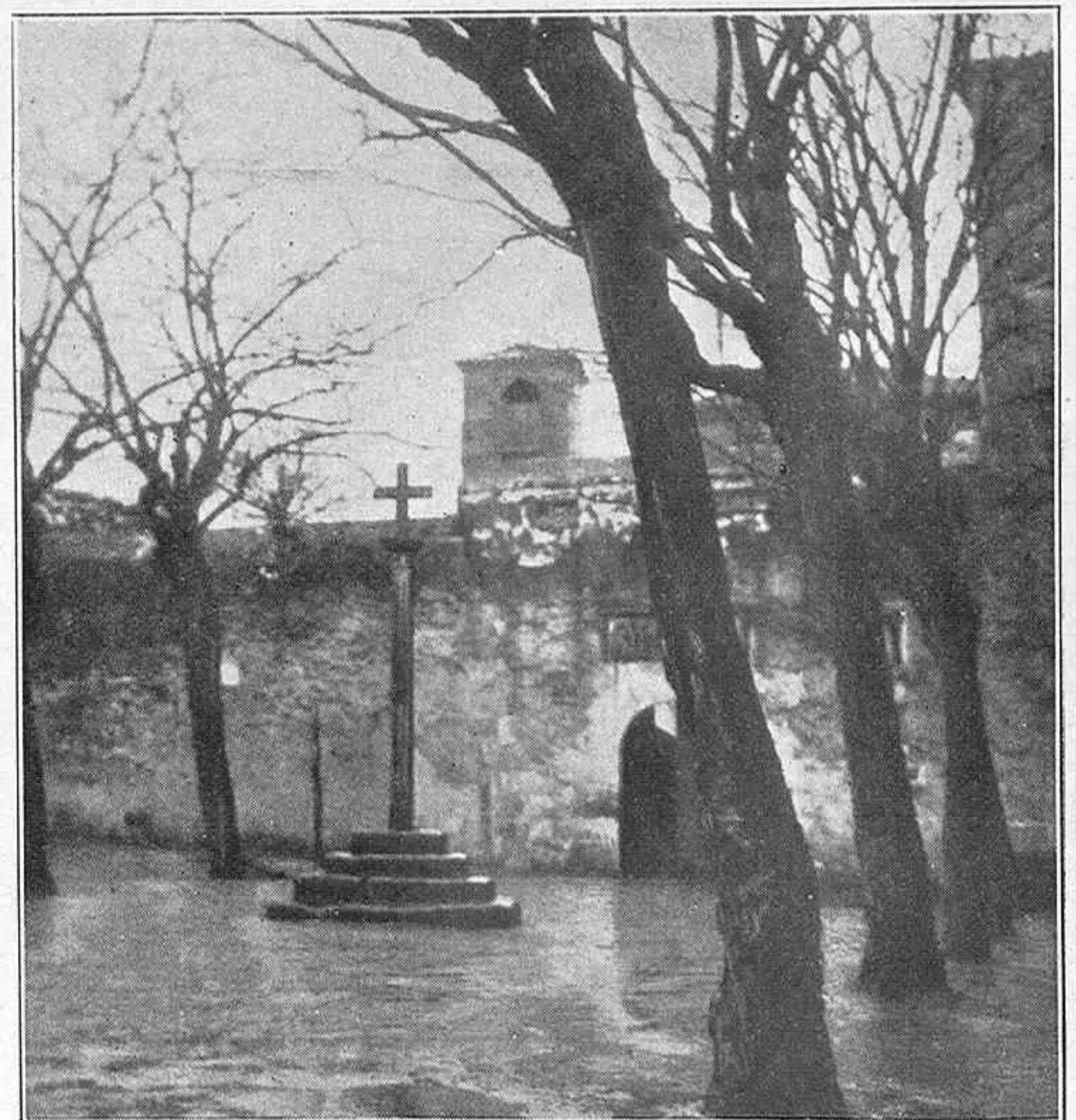
La Coruña es ciudad de lujo y democrática. El veraneo modesto se resuelve en La Coruña mejor que en ningún otro rincón de la Península, pudiendo allí gozarse de una playa ideal, de espectáculos varios, de paseos magníficos, de alrededores pintorescos, adonde cada excursión significa un nuevo y original placer, y de monumentos y reliquias valiosísimos, cuya visita es una satisfacción incomparable para el viajero que busca siempre con afán impresiones originales.



La Coruña.—La iglesia parroquial de Santiago, en la calle del mismo nombre



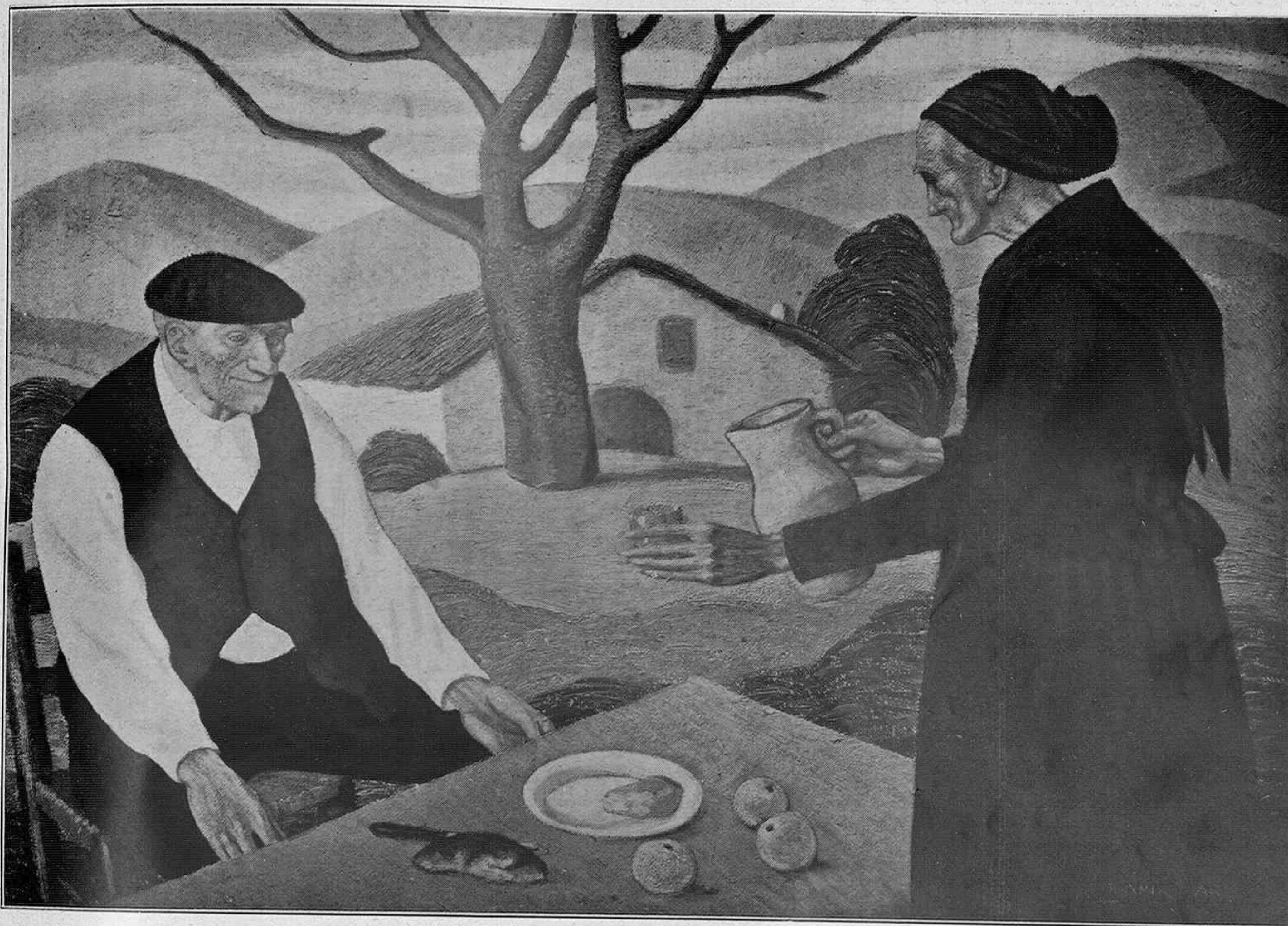
La Coruña.—Maravilloso pórtico de la iglesia de Santiago, en la ciudad herculina



La Coruña.—Plazuela de Santa Bárbara, uno de los rincones coruñeses más bellos
(Fots. Díaz-Valiño)

PAISAJE VASCO

VIDA DE ALDEA, SIN ALABANZA



«Amarretako», cuadro de Ramiro Arrúe

*A Ramiro Arrúe, el Joven,
el de los esmaltes.*

ARBOL sin hojas. Vejez. Cielo bajo y gris. Agua para la tierra dura, y el jarro para el viejo. Sensualidad de caserío vasco. Vida de aldea. Otra cosa no puede darle la mujer invernal, sin hojas también. Orden en el hogar. Economía. Y el jarro.

Alguna vez conviene revisar los clásicos y ajustarles las cuentas á los embaucadores de otros siglos. Cada vez que entro en una aldea, en una verdadera aldea, serrana, gallega, catalana ó vasca, me acuerdo de fray Antonio de Guevara, con su *Menosprecio de Corte y alabanza de Aldea*. ¡Hipocresía de cortesano del siglo XVI! Conviene no olvidar que Guevara fué cronista y predicador de Carlos V, inquisidor y obispo, siempre afecto al Emperador. En vez de buscar tierras imaginarias para combatir los defectos de la Corte, como hizo valerosa y agudamente Swift, el fraile palaciego acudió al contraste con la aldea.

¿Qué cualidades, virtudes y privilegios tiene el vivir aldeano? Que libremente mora cada uno en la casa que heredó de sus pasados ó compró por sus dineros, «y esto sin que ningún alguacil le divida la casa ni aun le parta la ropa». No quería ver Guevara las mil formas del fisco, es decir, las mil cabezas de la hidra. Que cada uno goza de sus tierras, casas y haciendas. Que vive más quieto y menos importunado. Que en la aldea para todo hay tiempo cuando el tiempo es bien

repartido. Se puede ir sin fausto ni cortejo, sin caballo ni mula...

Cortesano y aristócrata, no hablaba Guevara como podría haber hablado un cura de aldea. «¡O bendita tú, aldea! a do la casa es más ancha, la gente más sincera, el aire más limpio, el sol más claro, el suelo más enxuto, la plaza más desembarazada, la horca menos poblada, la república más sin renzilla, el mantenimiento más sano, el ejercicio más continuo, la compañía más segura, la fiesta más festejada, y, sobre todo, los cuidados muy menores y los passatiempos mucho mayores.» Hay, indudablemente, aquí, á pesar de la retórica, un acento de sinceridad. Guevara, en efecto, piensa con delicia en la aldea. Pero, ¿no ha estado ya otras veces? ¿No ha vivido en ella? ¿No sabe cómo duermen los aldeanos entre sus animales domésticos, cómo son sus casas, qué barrizales se levantan entre puerta y puerta, qué odios entre familia y familia, qué forzada y penosa sobriedad tiene la miserable gente aldeana? Pues, si lo sabe, ¿cómo suspira por la aldea?

El secreto está—lo habréis descubierto antes que os lo revele yo—en que para un gran señor del siglo XVI, guerrero, letrado ó eclesiástico, los aldeanos no eran la aldea. El pueblo no existía. En realidad, al hablar de la vida de aldea, se refiere á la del noble refugiado en ella, «al hidalgo o hombre rico que en ella viviere», el que allí tiene señorío y, por tanto, es el primero, por privilegio de sangre y de dominio territorial. La casa solariega será, sin duda, ancha, limpia, có-

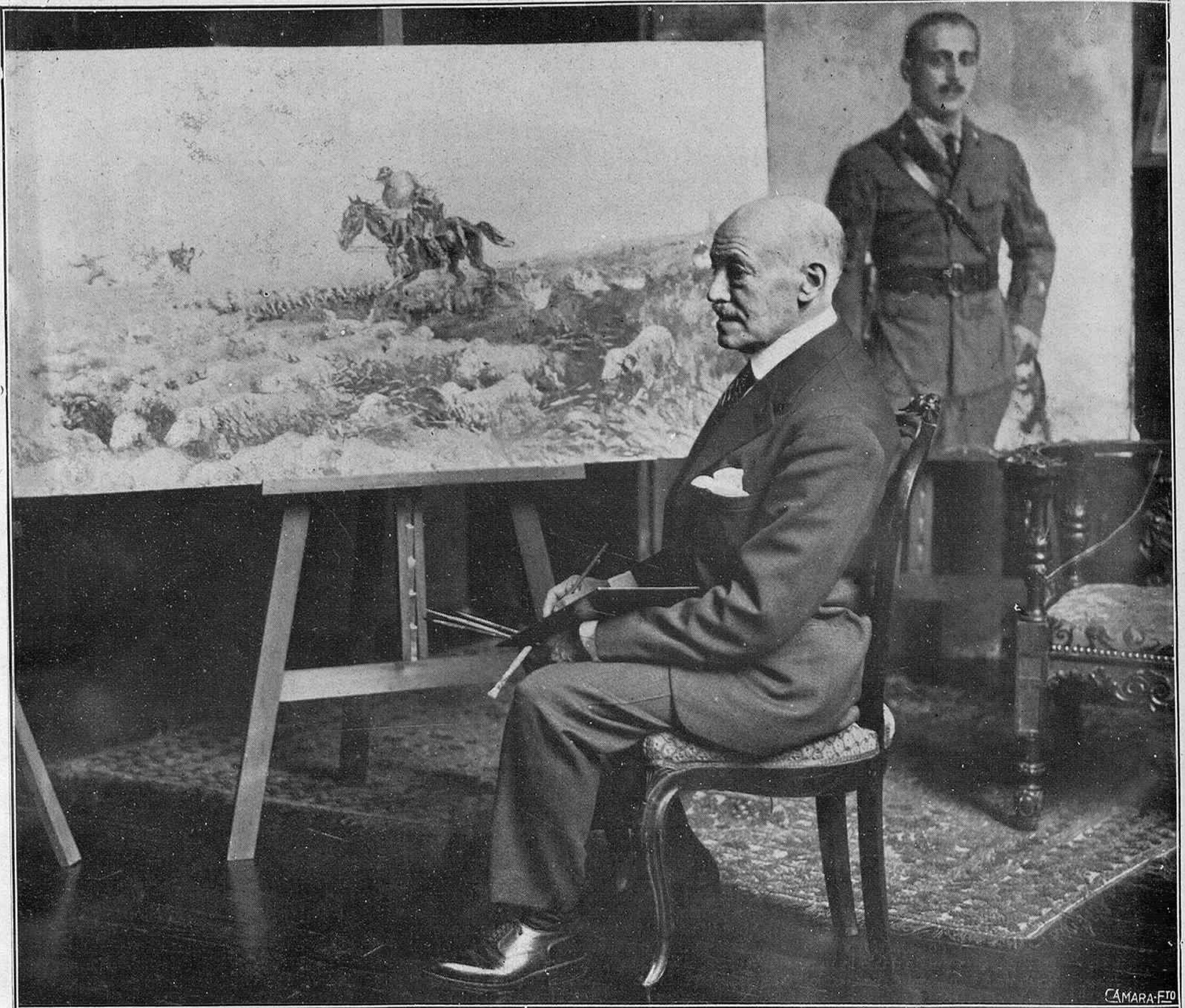
moda y bien abastecida. El pueblo, á sus ojos, nunca vivirá mal; para ser pueblo, con cualquier cosa basta. Fué este panegirista de la aldea obispo de Guadix y de Mondoñedo, lo cual quiere decir que conocía perfectamente cómo vive el pueblo en cuevas y en chozas inmundas. Sin embargo, le parece que allí no hay enfermedades endémicas, azote de la corte; la gente llega á vieja, fuerte y sana, y, para mayor felicidad, no hay «físico», no hay médico. La sencillez de las costumbres patriarcales hace que en la aldea hombres y mujeres sean más virtuosos y menos viciosos que en la corte. Recordaba yo, al leer ahora este dictamen tan halagüeño, la frase de un maestro de escuela en pueblo próximo á Madrid, pero más separado por siglos de civilización que la última aldehuela andorrana: «¿Ve usted estas gentes tan sencillas, que ni las letras saben? Pues no lo diga usted. Pero hay aquí más pecados que en Babilonia.» Los pecados menores: la envidia, la soberbia. Y otros... Y otros...

Pero no procede seguir hoy ese tema. En el apacible caserío vasco, la sensualidad apenas si puede llamarse gula, y, desde luego, no es pecado. ¿Qué otra cosa puede alegrarles los ojos á la vejez? ¡Como no sea la tierra, la propiedad de la tierra! Si en vez de ser obispo y pasar por las aldeas como cortesano, fray Antonio de Guevara hubiera sido en ella confesor, sabría que la virtud y el vicio sólo cambian de forma, y seguramente habría llegado á concluir que la forma rústica es la peor.

Luis BELLO

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?



MORENO CARBONERO

Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

MORENO CARBONERO

EL estudio de Moreno Carbonero es suntuoso. El ilustre pintor lo ha convertido en un pequeño museo. Por el amplio ventanal entra la luz mañanera, limpia, fulgente, alegre por estrenar un nuevo día. En un taburete hay un caballito de bazar, enjaezado. Cuando entra el reportero, el pintor sostiene en su manos la paleta como un escudo. Habla con firmeza, dejando en las frases castellanas duras y macizas, un pose suave, armonioso y blando. Moreno Carbonero es malagueño, tierra de grandes artistas y de pintores excepcionales.

—El Estado tiene la obligación primordial de proteger, alentar y destacar a la juventud que empieza—arguye con rapidez y vivacidad el Sr. Moreno Carbonero—. Y uno de los medios más eficaces de dar a conocer al artista—cuando

ya está formado—son las Exposiciones nacionales de Bellas Artes. Estas son necesarias y cumplen un fin benemérito. Pero el mal de las Exposiciones, lo que las perturba y desprestigia—por las luchas y contubernios a que dan lugar—son las medallas. Estas deben suprimirse, pues se presta la conquista de ellas a juegos no siempre limpios. Figúrese que un artista de prestigio pinta un cuadro y hace que su hijo se presente con él en la Exposición, como si fuera realmente su autor, cuando no es más que un testafarro. Y le dan la primera medalla, y una vez alcanzado este premio tiene derecho, por la ley, a optar a una cátedra. Hablo, naturalmente, en hipótesis; pero este hecho puede darse. Así, pues, yo insisto en que es necesario suprimir las medallas y dar las cátedras por oposición. El que lo haga mejor, que se la lleve.

Una de las cosas de remedio más urgente es

lo que se refiere a la acción tutelar del Estado con el joven artista principiante. Aquí, en España, los muchachos que salen de las Escuelas de Artes y Oficios no saben qué hacer ni adónde ir. En Alemania, los alumnos eligen a sus maestros, bajo cuyas férulas se educan. Cuando estos alumnos alcanzan los primeros premios, el Estado les paga durante tres años una pensión, para que sigan trabajando libremente, sin cortapisas de ningún género, ni bajo el agobio apremiante de la necesidad. Pasado ese tiempo, se hace una exposición de los trabajos efectuados por los jóvenes, y generalmente éstos ya han conquistado un nombre y un porvenir. Como se ve, esto es práctico. Aquí los jóvenes artistas, al salir de la Escuela, tienen que reunirse entre ellos, arrendar un estudio y comenzar una lucha despiadada en un ambiente generalmente frío. Y esto debía remediarse...



JOSE CAPUZ
Ilustre escultor

(Fot. Cortés)

JOSÉ CAPUZ

La impresión primaria que da este admirable escultor es de lealtad. Su mirada es franca y noble. En el fondo de sus pupilas no queda ese resabio de perfidia ó de ironía que nos hace desconfiar de algunos individuos.

Hemos hablado con el ilustre artista en un rincón de la salita de espera del Círculo de Bellas Artes. Capuz, sobrio de palabra, diáfano y certero, nos ha respondido:

—Algunos amedallados dicen: «¡Hay que suprimir las Exposiciones nacionales de Bellas Artes!» «Bien, señor—respondería yo—; ¿y usted, por qué no deja su medalla?» Las Exposiciones no deben suprimirse, porque es el único medio que tiene el artista para crearse un nombre y darse á conocer plenamente. Además, todos tenemos que acudir á ellas. Son para nosotros de una gran enseñanza, pues cuando vemos

nuestras obras al lado de las de los demás compañeros, es cuando realmente nos damos cuenta de lo que hemos hecho. Al cotejar el trabajo de uno con el ajeno, en esa labor silenciosa y callada de crítica en que miramos nuestro esfuerzo como si no nos perteneciera, para poder juzgarlo con frialdad, es entonces cuando comprendemos si nuestra obra está bien ó mal.

Es cierto que se suscitan luchas enconadas en estos certámenes. Pero esto es inevitable cuando intervienen en estos asuntos dos apasionamientos: el del hombre y el del artista. Y ocurrirá siempre que los que no sean favorecidos con recompensas, se revolverán furiosos contra sus jueces. No hay, pues, que echarle la culpa ni á los jurados ni á los reglamentos. La medalla de honor hace años que la damos nosotros—los que tenemos recompensas—, y somos los primeros que hemos cometido las mayores arbitrariedades. Los requerimientos de la amistad; la sim-

patía personal; el esfuerzo preparatorio, tenaz, porfiado y constante de algunos que *trabajan* el premio con dos años de anticipación, acumulando todos cuantos recursos pueden para llevarse el premio, han hecho algunas veces—no siempre, por fortuna—que haya triunfado la injusticia. Pero esto ocurre en todas las cosas humanas, y sólo hay que pensar en buscarle un posible remedio.

Ahora, yo soy de opinión que el expositor debe nombrar el jurado, y que el Estado debe inhibirse totalmente.

Una de las cosas necesarias y urgentísimas, de perentoria necesidad, para decoro de las Exposiciones, es el sitio. Nos hace falta un local adecuado para exponer las obras. El pabellón que tenemos es una vergüenza. No reúne condiciones de ninguna clase. Nuestras Exposiciones nacionales merecen un local digno de su rango, y no ese infecto zaquizamí en que ahora se celebran.

JULIO ROMANO

El narrador de cuentos por J. Bentata



EL narrador invocó: «En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso. Bendito sea por siempre el bienaventurado, hijo de Abdalá el Corachita, nuestro señor y soberano, Ahmed Mohamed el profeta.» Y el coro de los creyentes, las manos sobre el rostro, contestó: «Amén».

Se cuenta—pero Alá, el invisible, es más sabio—que en la ciudad de Tetuán vivió en tiempos un arriero que tenía por nombre Ahmed, si bien la gente había dado en la gracia de llamarle Homisa, usando el diminutivo para su menoscabo y descrédito.

Y por cierto que algún descrédito se había ganado el arriero, porque, sobre ser lo más haragán que Alá creara, era un manirroto que, vendiendo esto y malbaratando aquello, dió al traste con su hacienda hasta dejar la casa como la palma de la mano.

Cuando llegó nuestro hombre á carecer de lo más indispensable, un pie tras otro marchó, á campo traviesa, al encuentro de su destino; y como el camino fuera más largo que el día, al cerrar la noche se halló Homisa en la bella alcoba que ostenta la techumbre claveteada de estrellas y por lecho el santo suelo.

Tendióse el creyente á dormir con la tranquilidad del que nada tiene que perder, y durmió, durmió en paz hasta que la luz del nuevo día trenzó sobre los breñales su maravillosa danza.

Los ojos de Homisa, pesados de modorra y deslumbrados por el sol naciente, giraron en torno, y al fin quedaron fijos y dilatados de susto. Habíansele acercado durante el sueño dos caminantes de muy triste é inquietante figura, los cuales le examinaban curiosamente, y al fin le espetaron un:

—¿Quién eres?

Homisa no se parecía ni de cerca ni de lejos á los que se ha dado en llamar héroes; pero en materia de pillería daba ciento y raya al más aventajado pícaro del orbe. Quedó, pues, inmóvil, como si esperara el día del juicio y dió

TRES ERAN, TRES

esquinazo á la respuesta con otra pregunta:

—Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Nosotros somos adivinos—dijeros ellos.

—No se os nota por haz; pero... bueno, yo también soy adivino.

—¿Dónde vas?—inquirieron de nuevo los otros.

—Y vosotros, ¿dónde vais?—preguntó el arriero.

—A Fez vamos.

—Pues yo también voy á Fez.

Algo se amohinaron los preguntones, y quedaron los tres en suspenso, mirándose como quien

estudia las fuerzas del contrario, y al deducir los recién venidos que no era despreciable el cofrade para tenerle enfrente, decidieron unírsele, mancomunando las ganancias y suprimiendo la competencia. Justamente lo que Homisa esperaba.

Cerraron, pues, el trato con una buena carga de maldiciones para aquel de los tres que obrase por cuenta propia á espaldas de los demás; subrayaron con enérgica palmada en la diestra la solemnidad del compromiso, y, sin más, tomaron la vía de Fez, tan ricos de ilusiones como horras de dinero las bolsas.

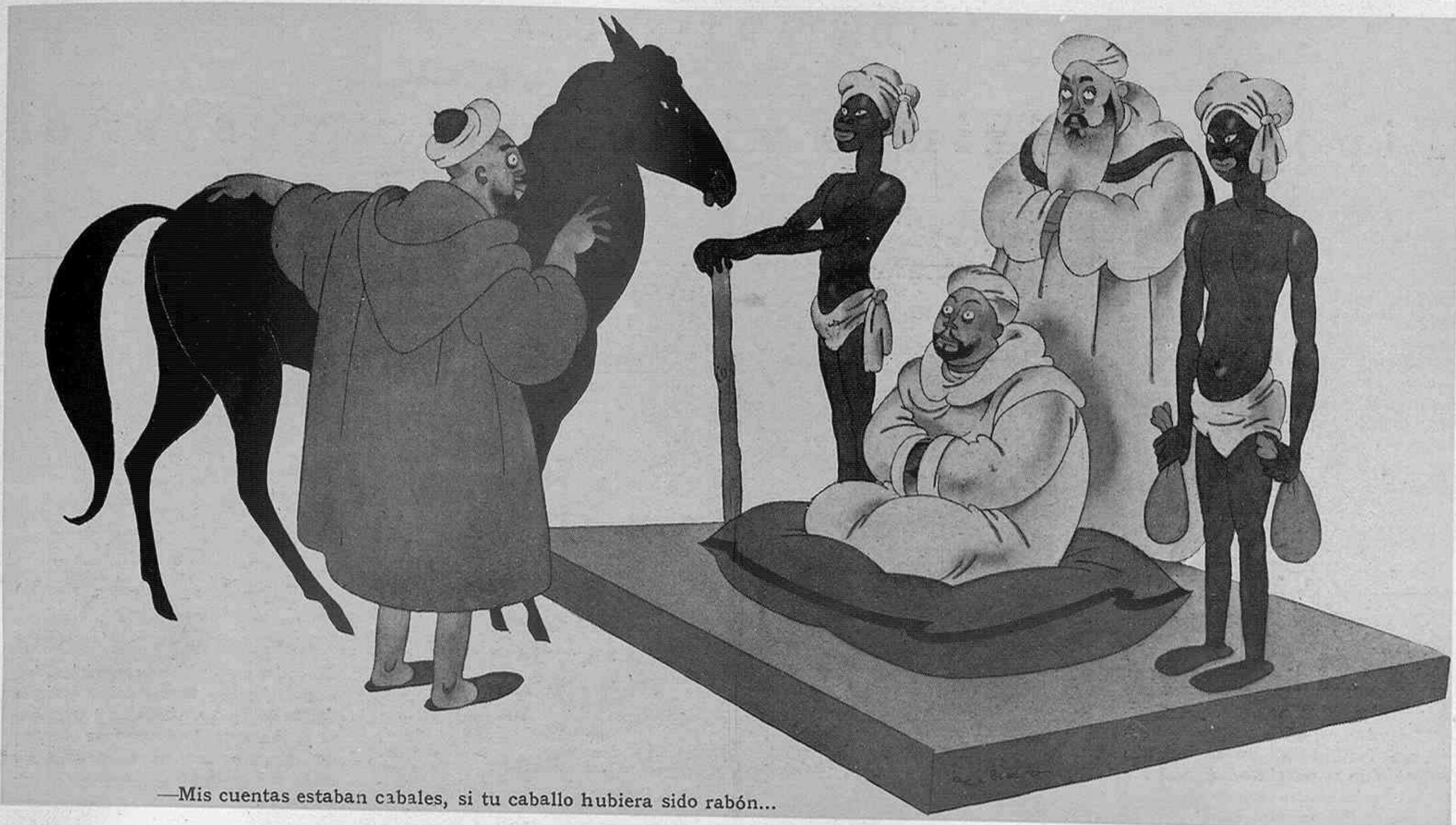
Nada les aconteció por el camino que merezca relatarse. Atravesaron ciudades y poblados, poniendo en juego las tretas del oficio, y un buen día se vieron en la capital del imperio dueños de un mísero tenderete, y, lo que era mejor, apremiados para presentarse en el regio Alcázar.

¡Qué cuentas no echaron sobre las dádivas y mercedes que pensaban obtener! Allí fué el recordarse unos á otros aquel primitivo pacto que en el campo hicieron el día del encuentro y el repetir las maldiciones para el que faltase. Llegaron en estas á la conserjería, y entró uno de ellos á presencia del sultán, quien sin otros preámbulos, prometió hacerle administrar cien palos si en aquel punto y hora no le decía cuántas estrellas brillan en el cielo, cuántos cubos de agua contiene el mar y cuántos pelos tenía su caballo favorito, ó bien, regalarle cien monedas de oro si adivinaba en premio á su habilidad. Y para refrendar las palabras del sultán, á la derecha del trono, un esclavo tenía las bolsas del dinero, y á la izquierda otro blandía una estaca tamaña como un tronco.

El infeliz adivino, por más esfuerzos que hizo, no sacó sino la evidencia de una soberana paliza, y, en efecto, tal se la administraron, que á poco le dejan tan ancho como largo. Muy bataneado y enojado iba; pero compuso el rostro, porque, buen cumplidor de lo pactado, quería que sus compañe-



... dos caminantes de muy triste é inquietante figura...



—Mis cuentas estaban cabales, si tu caballo hubiera sido rabón...

ros participasen de tan pingües ganancias, y cuando le interrogaron ellos, contestó taimado:

—Ciento—sin otro añadir.

—¿Ciento? Bendito sea Alá, cuán generoso es nuestro monarca—se dijo el segundo—; malo será que yo no obtenga con mi industria algo por el estilo—, y se encaminó al salón del trono precedido de un esclavo. Mas, bien á su costa, hubo de advertir que aquel ciento del compañero era de doble fondo.

Salió nuestro hombre maltrecho y renegando con toda su alma del falaz camarada—hijo de ahorcado—, y juró había de cobrárselas con la setena; sin embargo, restaba Homisa, y no era justo que saliera mejor librado que ellos, así que al preguntarle sus cofrades por el beneficio obtenido, contestó con sonrisa forzada:

—También á mí me han dado cien. Ve tú ahora, Homisa, y haya para todos.

Algo receloso quedó Homisa viendo á sus compañeros un si es no es torcidos y desmadejados, y, por lo que pudiere venir, se detuvo un punto para encomendarse á Sidi Abdelkader Yilali, patrón de los desheredados. Después, fiando en su mucho ingenio, que de peores trances le había sacado, hizo las reverencias tranquilamente cuando llegó ante el sultán. Pues... oyó las preguntas del soberano, se hizo entregar papel y cálamos y se enfrascó en una interminable y complicada serie de cálculos que de momento le servían para ganar tiempo y combinar una estratagema que le sacase con bien del aprieto. Al fin abandonó el rincón donde se había acomodado, y dijo:

—¡Oh, poderoso rey del tiempo, señor nuestro y corona de nuestras cabezas!, los cómputos hechos están; pero necesito para comprobarlos que me traigan tu caballo favorito.

Y el caballo fué traído. Visto y no visto; Homisa se precipitaba tijera en mano sobre la sedosa cola del magnífico alazán cuando el soberano alaromadísimo llegó á tiempo de detenerle, preguntándole qué locura era aquella.

—No es locura, señor. Mis cuentas estaban cabales, si tu caballo hubiera sido rabón, pero estos pelos de la cola han venido á descomponer la proporción y armonía del cómputo. Ahora, si tú quieres el caballo como está, yo le dejaré de de buen grado; mas has de saber, ¡oh, rey!,

que como ese capricho tuyo viene en perjuicio de mi negocio, deberás darme las monedas, y Alá prolongará tus días.

—Sí te daré—dijo el monarca—más un carnero en premio de tu desenfado.

Los compañeros estaban regodeándose al imaginar la soberbia tunda que se habría ganado Homisa, así que, cuando apareció éste y les dijo que le habían dado ciento y un carnero, se apresuraron á decirle:

—Te puedes quedar con el tal ciento, puesto que nosotros obtuvimos igual; pero el carnero sabe que nos pertenece á los tres.

No se avino Homisa ni por pienso, y se enredaron en una discusión que degeneró en trifulca, hasta el punto de que hubieron de presentarse al cadí para que decidiera en justicia.

El cadí, hombre temeroso de Dios, puso en mano de Alá el desenredar aquella madeja, y contestó á los querellantes que daría el carnero á quien durante aquella noche soñase la aventura más feliz. Pero Homisa dispuso otra cosa, y fué comerse el carnero mientras los compadres se mecían en alas del ensueño. Eso dispuso Homisa, y lo hizo muy á conciencia, aunque no trituró los huesos entre sus recias mandíbulas por no despertar á los confiados durmientes. Después se tendió para dormir á toda satisfacción.

Muy de mañana se presentaron al tribunal los tres. Quitáronse las babuchas, se arrodillaron ante el cadí y dijo uno de los demandantes:

—¡Oh, orgullo y prez de los cadíes! Yo soñé que atravesaba á caballo un campo de batalla en el cual los musulmanes estaban á punto de entregarse al enemigo. Desenvainé mi alfanje, fuíme contra los infieles, y tantas cabezas corté, que la victoria quedó por los creyentes de Alá. Alabanza eterna al Altísimo, al Magnífico, Rey de los mundos.

El juez quedó muy impresionado. Ciertamente, la guerra santa es la acción más meritoria para un muslim, y el Profeta—sean con él la paz y la plegaria—promete el paraíso y las hurries al que cae luchando por la fe y que de las heridas de los fieles manarán perfumes el día del juicio.

—¡Vaya por el guerrero, siquiera sea en sueños!—dijo el cadí.—Oigamos, sin embargo, á los demás.

El otro adivino contó á su vez:

—¡Oh, padre de la sabiduría! Yo soñé que navegaba en un bergantín corsario, y encontrándonos con un gran navío infiel, le hice abordar, junté á los tripulantes y viajeros vencidos y les lize confesar que nuestra religión es la única y verdadera.

El juez deslumbrado felicitó al soñador. ¿Hay acaso nada tan agradable á Alá como convertir extraviados?

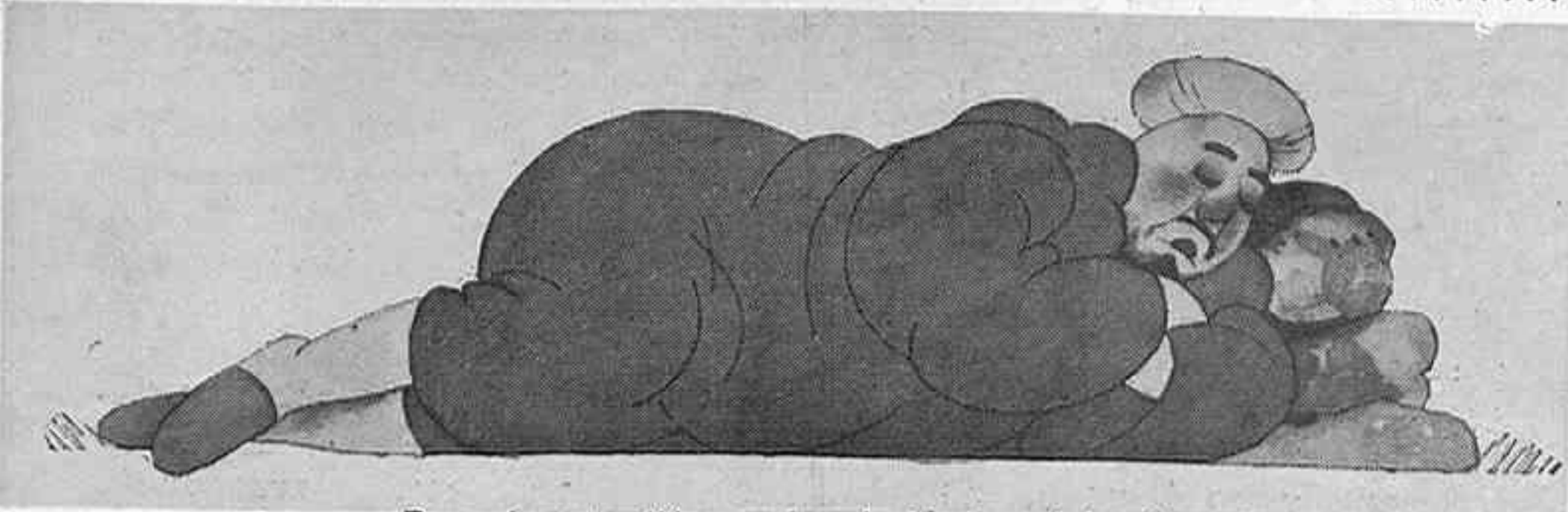
—Y tú, ¿qué soñaste?—le preguntó á Homisa.

—Yo, señor mío y amparo de la justicia, tuve una verdadera pesadilla. Se me apareció un demonio—Alá le vacie los ojos—, y me amenazó con matarme y arrastrarme á la gehena si no me comía seguidamente el carnero. Traté de disuadirle haciéndole presente que el negocio estaba pendiente de tu justísimo fallo; pero no quiso entender de razones y comenzó á vapulearme. Entonces, yo, señor, pedí favor y ayuda; pero, ¿quién había de acorrerme? El primero de mis compañeros estaba, como oíste, matando descreídos, y el segundo navegaba por mares lejanos muy atareado convirtiendo infieles. Pobre de mí, señor, ¿qué pude hacer entonces? Me comí el carnero, señor, por Alá que me lo comí.

Se acercaba el ocaso. Los oyentes uno á uno fueron encaminándose á la mezquita, desde cuyo alminar les llamaba el almuédano; el narrador se calzó las babuchas, tomó su báculo, y, dejando para otro día las materias profanas, perdióse también por las callejuelas en demanda del sagrado recinto.

J. BENTATA

(Dibujos de Echea)



Después se tendió para dormir á toda satisfacción

VIDA ARTISTICA

Tipos argentinos vistos por un español

ESPARCIDOS por diversas repúblicas hispanoamericanas, artistas españoles unen su esfuerzo fecundo al reurgimiento estético de la patria adoptiva.

No solamente la emigración arrebató las manos hechas á la manquera y al azadón del labrantín; no sólo suenan sirenaicas voces desde el otro lado del mar para los muchachos que sueñan con más amplios horizontes detrás del mostrador de un comercio ó no se resignan á la melancólica miseria de los fracasos prematuros, sino también escapan los adolescentes embrujados por la terrible quimera del arte, sin otras armas que su lápiz ó su pluma ni otras esperanzas que las estrofas aún inéditas y las formas todavía no trazadas.

América, propicia, acogedora, no desdeña ni rechaza á nadie. Cierto que exige más de la blanda tolerancia maternal de la tierra nativa, y ahí está precisamente la eficacia de su acogimiento. El inmigrado en América trabaja y lucha como en España no lo hacía.

Entregado á sus propios recursos, obligado á no dejarse vencer por abúlicos desalientos ni moliciosas holganzas, se cumple, en quien eligió la expatriación por voluntario afán de mejorar, la misma educación de los instintos y capacidades, idéntico aprovechamiento espiritual que realizan la escuela y el taller en la maleable infancia, tolerada y descuidada en el hogar paterno por equivocada ternura de los progenitores.

De este modo, el labriego, el obrero, el menestral, el artista desarraigado de su país y trasplantado en América, se acostumbran por una agudización beneficiosa de sus necesidades sociales, por una primera agravación de lo que se imaginan hostilidad ajena—que á muchos acobarda, vence y devuelve inútiles antes de luchar—á no fiar el éxito en nada que no esté en su propia mano ó nazca de su inteligencia propia.

Y América, la América de origen, idioma y alma hispánicos, no deja nunca de corresponder legítimamente á quien se forma y autoeduca dentro de ella.

Referente á nosotros, los españoles, basta evocar los poderosos Centros representativos de nuestra raza en las grandes poblaciones iberoamericanas, creados y sostenidos por miles de inmigrantes que rompieron el anonimato y domaron la miseria.

Luego, poco á poco, España va recobrando, generosamente

devueltos por hispanoamérica, los desarraigados transitorios ó sigue desde lejos emocionada y orgullosa á los que permanecen dentro de las actividades diferentes de cada República, destacados y admirados.

•••••

Ramón Subirats—que expone actualmente en el Salón de la Comisión de Bellas Artes en Buenos Aires—es, por ahora, de estos últimos. Ahora, ciertamente, la tierra natal. Un buen día cogerá sus carpetas de dibujos, sus lienzos de pintor y tornará á España; pero mientras tanto recoge el fruto del talento y del esfuerzo personales después de una larga y obstinada persistencia en la tarea de dar ecos á su nombre.

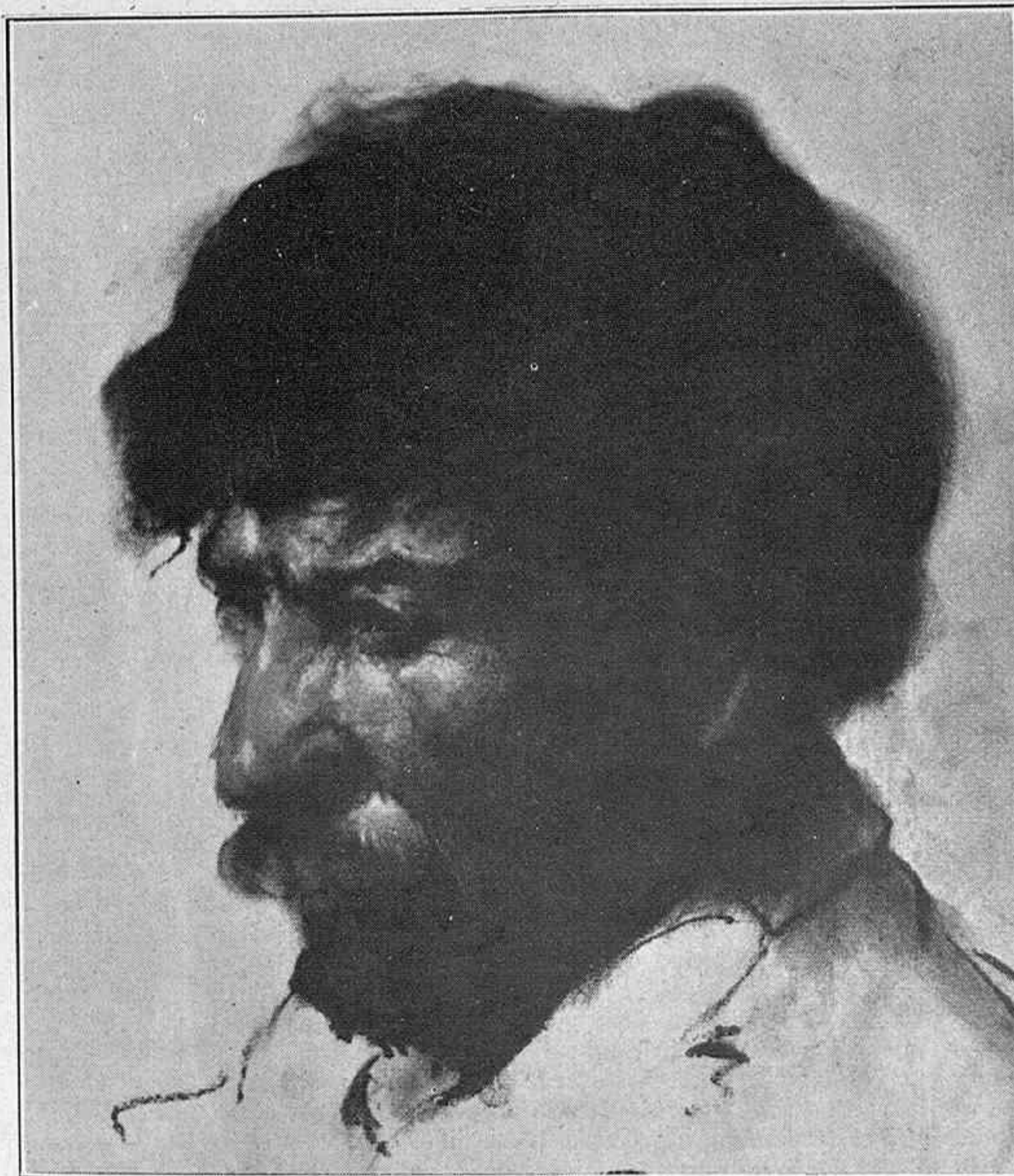
Ramón Subirats es catalán. Nació en Barcelona el año 1891, y tuvo la suerte de no encontrar obstáculo alguno en sus padres para consagrarse por entero á la precoz afición por el dibujo. No suele ser frecuente esa clara visión de porvenir en la disculpable ceguera sentimental de quienes por desconocer la vida artística—y á veces por conocerla demasiado!—desean para sus hijos una defensa social más positiva que el afán de dibujar líneas, mezclar colores ó rimar vocablos.

Por el contrario, Ramón Subirats encontró en sus padres la favorable fe que consentía estimar el arte un medio de vida tan atendible, por lo menos, como la ciencia ó como las oposiciones burocráticas.

Merced á ello, Subirats cursó en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, donde obtuvo sucesivamente la medalla de plata en 1908 y el premio de honor en 1911.

Ciertamente, había hallado en España sitio y ocasiones donde manifestar libremente capacidad de gran dibujante, esa solidez factual que le caracteriza hoy día; pero eligió América, prefirió marchar á la República Argentina, y en vez de retratos de personalidades españolas, de figuras típicas y expresivas del pueblo nativo, Subirats ha ido reflejando en sus creaciones tan vigorosas de trazo, tan profundas de psicología, las facies inteligentes de los escritores, los políticos, los científicos argentinos y ha ido creando, sobre todo, esa magnífica serie de tipos populares que significan lo mejor de su obra inconfundible.

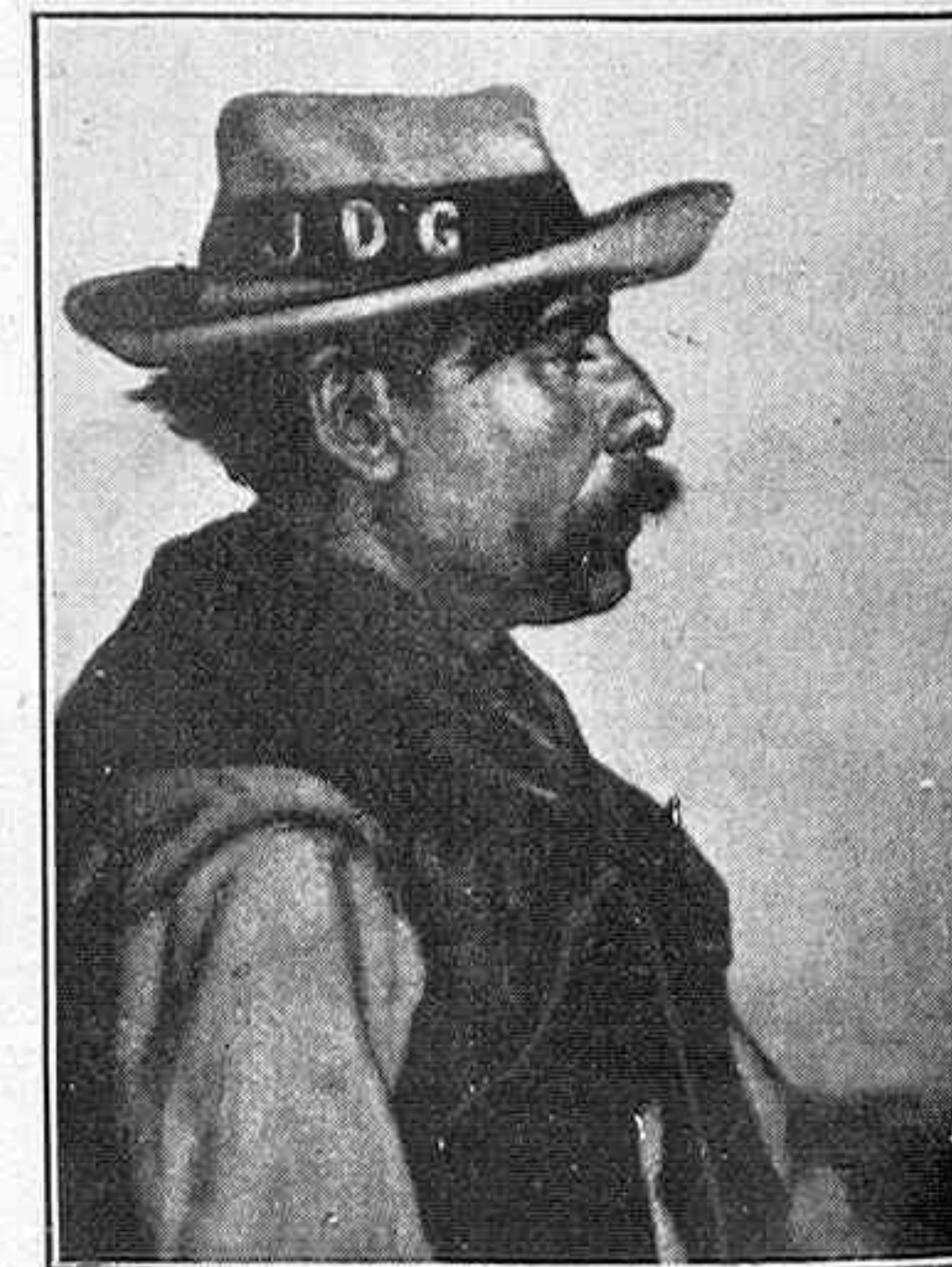
Subirats tiene un concepto clasicista, tradicionalista, del dibujo. Desprecia, con la arrogancia sana del verdadero artista, las



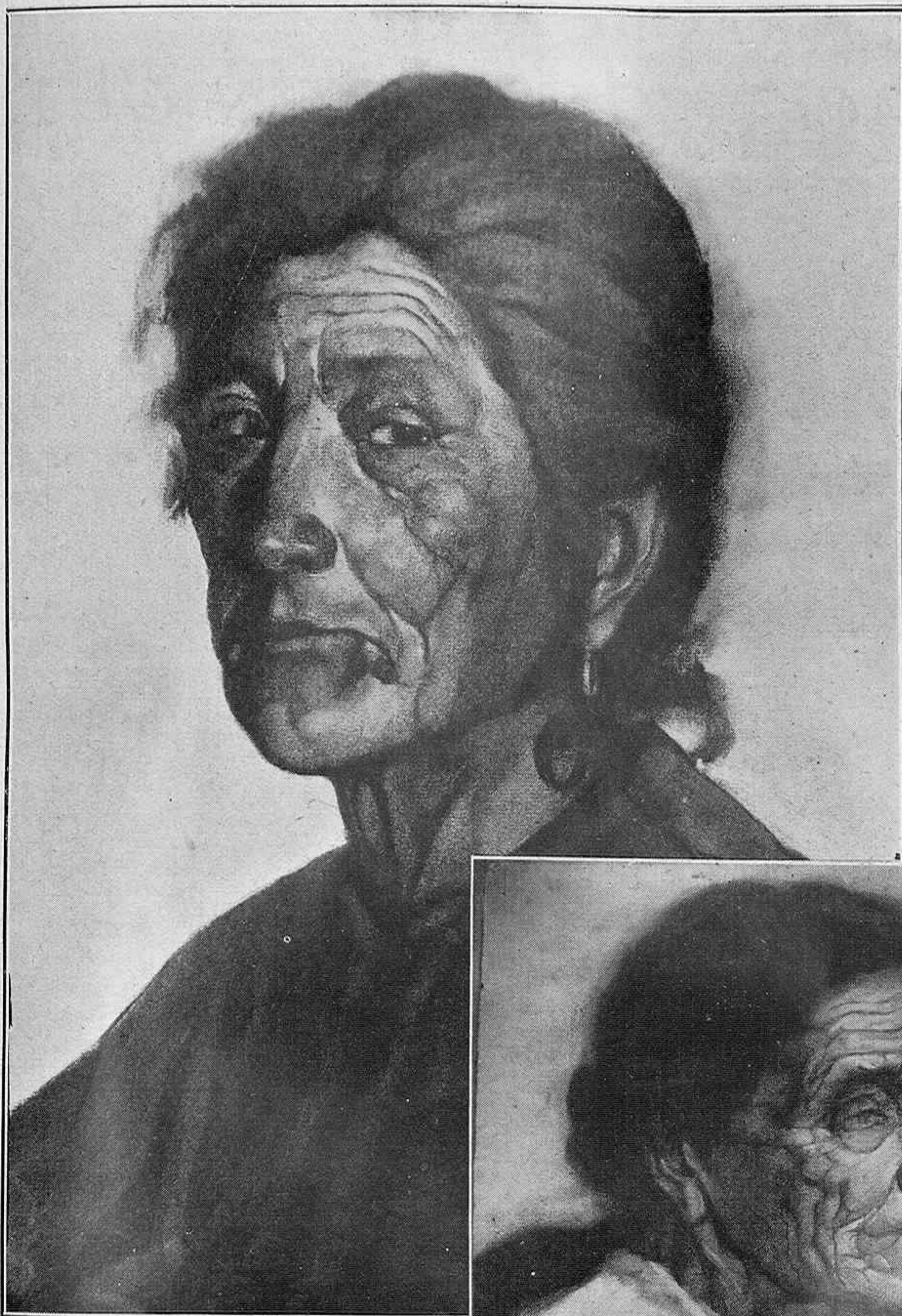
«Viejo campesino», dibujo de Ramón Subirats



«Niña vendimiadora», dibujo de Subirats



«Tipo mendocino», dibujo de Subirats



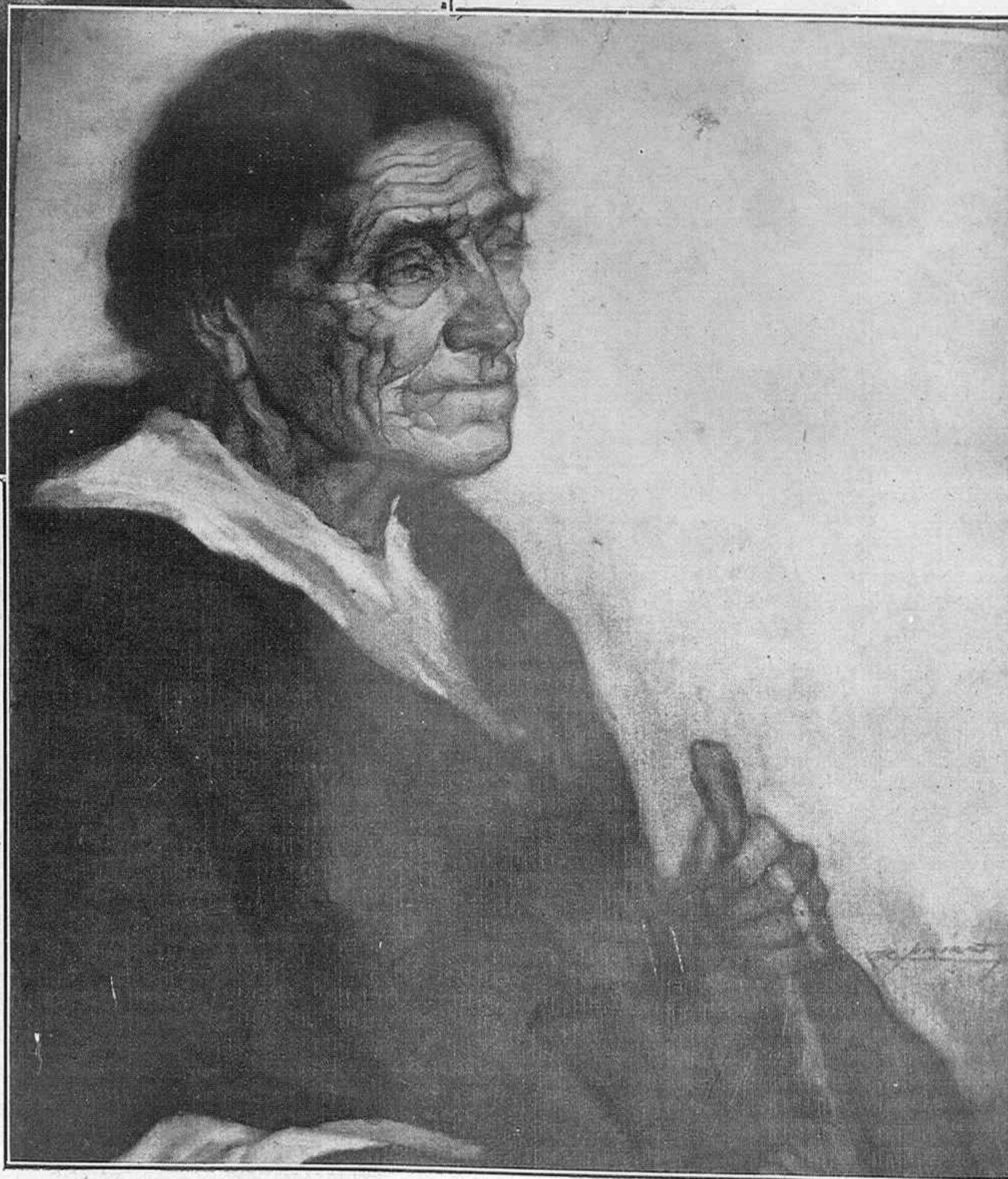
«La vieja Contreras», dibujo de Subirats

fáciles añagazas del simulador y las pueretas impotentes del arrivista. No haya cuidado de descubrir en él esa falsa originalidad de los que disfrazan su falta de condiciones y de preparación técnica con estridencias y extravagancias externas. Nada más lejos del cínico impudor de ciertos vanguardistas—á retaguardia precisamente de tendencias ya desacreditadas en Europa y América—que los retratos y dibujos de Subirats.

Están contruídos enérgicamente, animados del espíritu mismo que al modelo anima, dotados de una inquietante seguridad vital.

Dan una sensación de «honestidad profesional» que no se encuentra ya con frecuencia en obras de este género. El carbón, el lápiz compuesto no sólo estructu-

«La cieguita», dibujo de Subirats



ran con singular vigor la forma y resaltan los volúmenes y dan noble grandeza á las masas, sino, además, obtienen delicadezas, finuras, sutiles vaguedades que son como la radiación psíquica del retratado.

Esto se observa esencialmente en dibujos de tipos populares. Porque si bien los retratos de gentes distinguidas, de personas selectas, tienen, claro está, esa fidelidad fisonómica, esa introspección que marca elocuente en Subirats la condición de verdadero retratista, son aquellas figuras de mendigos, de vagabundos, de campesinos las que más nos atraen por la extraordinaria fuerza de expresión con que están logradas.

Demuestran una vez más que es el bajo pueblo, la humanidad rural ó de suburbio, el depositario de las purezas étnicas en toda su integridad; que es en ellos donde hay que buscar los rasgos raciales. Y si bien las pasiones, las costumbres, las corveas y los vicios les igualan á sus semejantes de otros países, no abdicán tan fácilmente como sus coetáneos y conterráneos de esferas más elevadas. No se dejan desvirtuar por fuera y por dentro en la estúpida monotonía civilizadora que va llevando á un plural gregarismo lo que en otro tiempo eran libres y distintos caracteres nacionales.

Ante *La cieguita* ó *El Tiaco*—dos verdaderas obras maestras—; ante el *Hombre de Mendoza*—que hace pensar en una reencarnación facial de Miguel Angel—, ó la *Vieja Contreras*, se comprende la estimación argentina por estos dibujos de un artista español, considerándoles inapreciables documentos gráficos para estudiar razas caídas en decadencia y olvido injustos.

José FRANCES

SENSACIONES DE ARTE

UNA OJEADA HACIA CONSTANTIN GUYS



Tipos de ayer plasmados en su tiempo por Constantin Guys

Al hablar de ese gran pintor de nuestro siglo que es Van Dongen, más de una vez se ha recordado á Constantin Guys.

Algo, en efecto, los identifica por igual á los dos: la energía, la furia si se quiere, de una factura que contrasta con los asuntos elegidos. Como Van Dongen hoy retrata un snobismo del cual no puede por menos de reirse, Constantin Guys retrató ayer de manera un poco ruda la decadencia del Segundo Imperio, separando á ambos un montón de años.

¡Constantin Guys!... Carrozas suntuosas y palafreneros de gala, crinolinas y pantalones de nankín, loretas y petimetres, el aparato de una época que arrastraría al desastre Napoleón el Chico, la mascarada de un pueblo en crisis, todo ello tratado sin miramiento alguno, escarnecido todo ello por un lápiz y un pincel crueles. Los Goncourt, pulcros catadores de exquisiteces putrefactas, elogian en su *Diario* al artista implacable; varios museos exhiben de un modo tímido diseños suyos, cuya fuerza atropella la amerengada gracia del arte oficial; el *Petit Larousse*, enciclo-

pedia de lugares comunes, no le cita siquiera... Por último, Guys se impone á la posteridad, no obstante haberse impuesto á su propio ambiente por lo pronto.

Ahora, el *boulevard* celebra una curiosa exposición del pretérito dibujante, exhumando aguadas y apuntes de que no tenían idea unos, que otros habían casi olvidado. Y de prueba tan decisiva sale Constantin Guys siempre joven, amén de terrible siempre.

Sin caricaturizar, aunque sin halagar tampoco, por supuesto, nos descubre el punto flaco de un período histórico, feas verdades de un régimen que la lontananza aureola. A través de rasgos firmes, se colige cierta descontentadiza rabia, cierto vengativo encarnizamiento. De seguro, no estaba Guys conforme con sus contemporáneos; lo pregonan, después de media centuria larga, unas obras donde los crucifica su exactitud adusta.

Conviene señalar aquí un matiz importante que distingue del antecesor al sucesor. Aquél parece que se indignaba reflejando su atmósfera, y

Van Dongen refleja la suya según normas de un humorismo sonriente, con un desdén medio burlón, medio cariñoso. Cabe, pues, deducir del dato una vaga ecuanimidad por cuenta del maestro moderno, dueño de sí como no lo fué el precursor harto sañudo.

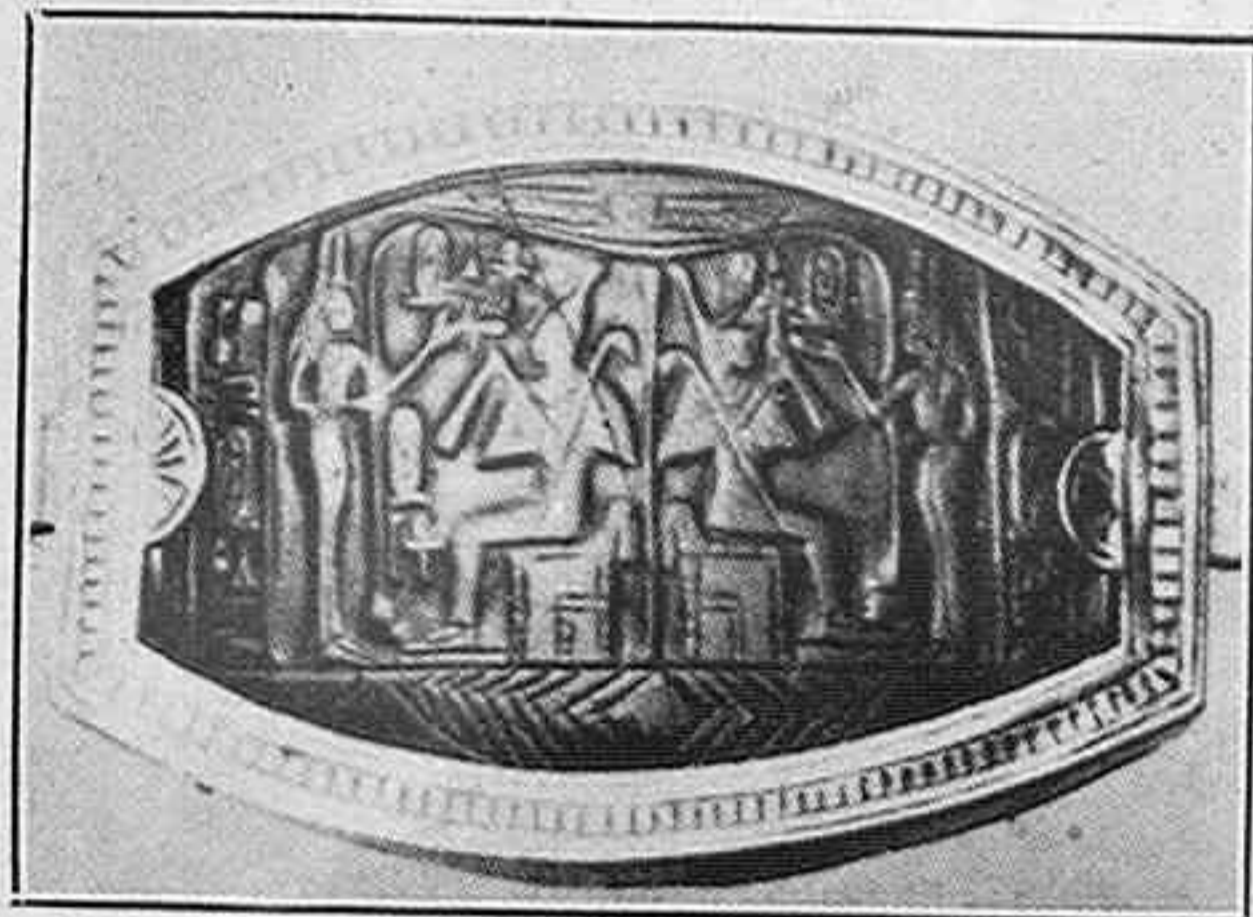
Muchos amamos literariamente la sociedad del Segundo Imperio, no exenta de carácter ni de estilo; pero no llegamos al extremo de aplaudirla ó de añorarla. Caso de haber vivido entonces, sin duda habríamos despreciado el reverso de su esplendor, la habríamos execrado quizá... En los actuales días, al cabo de numerosas convulsiones éticas y estéticas, desde otra Francia aparte de la que él fustigó, damos la mano, por encima de un abismo, á Constantin Guys, hombre íntegro, psicólogo hosco, mientras nos encanta la dulce perspectiva—¿qué perspectiva no resulta dulce?—de su tiempo.

G. DE LA M.

La célebre colección egipcia de lord Carnarvon

Como se recordará, fué lord Carnarvon aquel opulento gran señor británico que, en unión de su amigo y colaborador en las investigaciones arqueológicas egipcias, mister Howard Carter, llevó a cabo, hace pocos años, el maravilloso descubrimiento de la tumba de Tutankamen, falleciendo de misteriosa dolencia á poco de realizarse el riquísimo hallazgo que había de darles la celebridad.

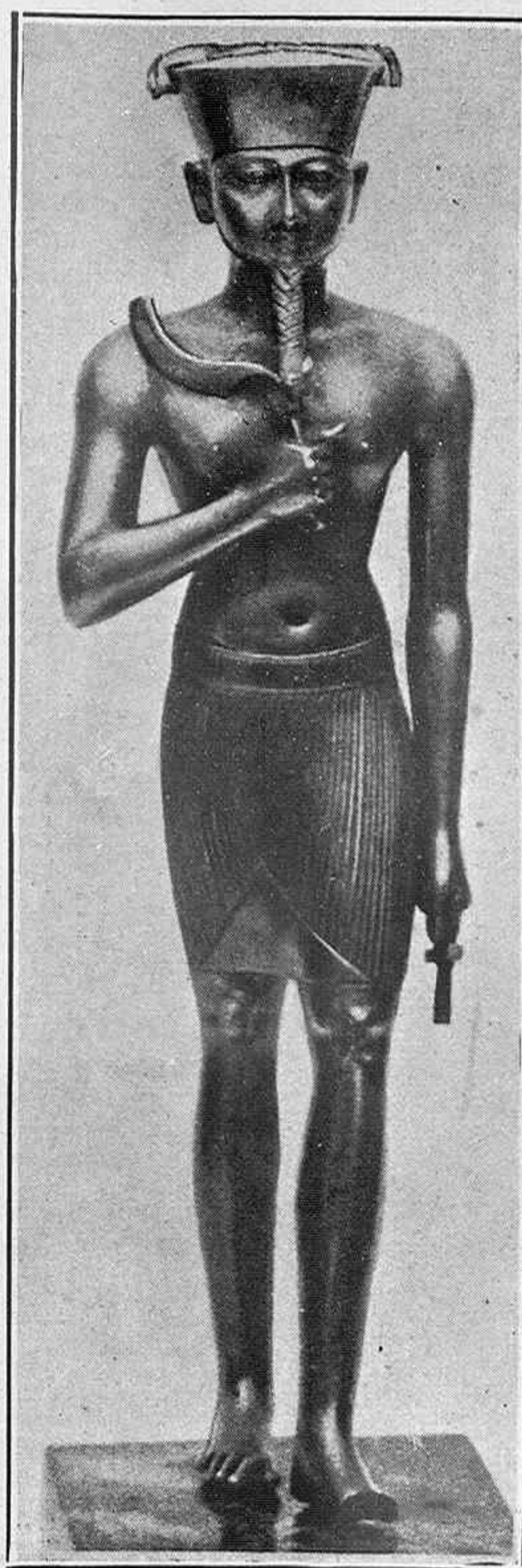
No faltó al ocurrir la muerte de lord Carnarvon quien la atribuyese al efecto, á través de tres mil años, de poderes mágicos que defendían la última morada del poderoso Faraón, cuyo sueño eterno hubo de profanar la curiosidad científica, turbando la paz, que debiera haber sido eterna, del oculto hipogeo. Otras versiones atribuyeron la imprevista desgracia á la picadura de un insecto venenoso. Hubo, á la verdad, fantasías para todos los gustos. En realidad, lord Carnarvon murió de agotamiento nervioso, producido por largos años de estudio y de trabajo, que fueron minando su no muy robusto organismo. Había consagrado su enorme caudal y casi todas sus actividades de hombre de acción á la ciencia arqueoló-



Medallón de cornalina de una pulsera (Reinado de Amenotep III)

gica y al arte, ya favoreciendo sin tasa los trabajos de excavación, particularmente, en Egipto, cuyo remoto pasado tenía para él poderosas sugerencias, ó bien adquiriendo, sin reparar precio, las piezas arqueológicas valiosas exhumadas *in situ* año tras año por la piqueta de los excavadores.

La colección de objetos del antiguo Egipto por él reunida en el período de tiempo transcurrido desde 1906, fecha en que, juntamente con



Estatuilla de oro representando al rey Amón (XVIII dinastía)

Howard Carter, empezó á explorar la región funeraria del Valle de los Reyes, cerca de Tebas, hasta 1922, llegó á alcanzar tal importancia, que estaba considerada generalmente como única en el mundo. Esta colección, formada por 1.400 piezas, la acaba de adquirir, de los testamentarios de lord Carnarvon, el *Metropolitan Museum of Art*, de Nueva York.

Comprende este tesoro arqueológico magníficas series de estatuillas y otros *specimens* de pequeña escultura labrados en arcilla, cuarcita, jaspe rojo y amarillo, oro, plata, bronce, porcelana, madera y marfil; numerosos y raros ejem-



Busto del período tolemaico, prototipo de escultura realista

plares de vasos funerarios de barro cocido con decorado policromo y de vidrio esmaltado; anillos, brazaletes, ajorcas y collares de oro, cornalina, amatista, lapislázuli, obsidiana y porcelana; objetos de tocador, armas de guerra, amuletos, y mil objetos más de uso personal ó de significación religiosa, cuya labra y exorno acusan un nivel de perfección artística y una habilidad técnica sorprendente. Del exquisito cuidado con que lord Carnarvon fué aco-



Juego de cacería, en el que las clavijas representan cabezas de perros y lobos (XII dinastía)

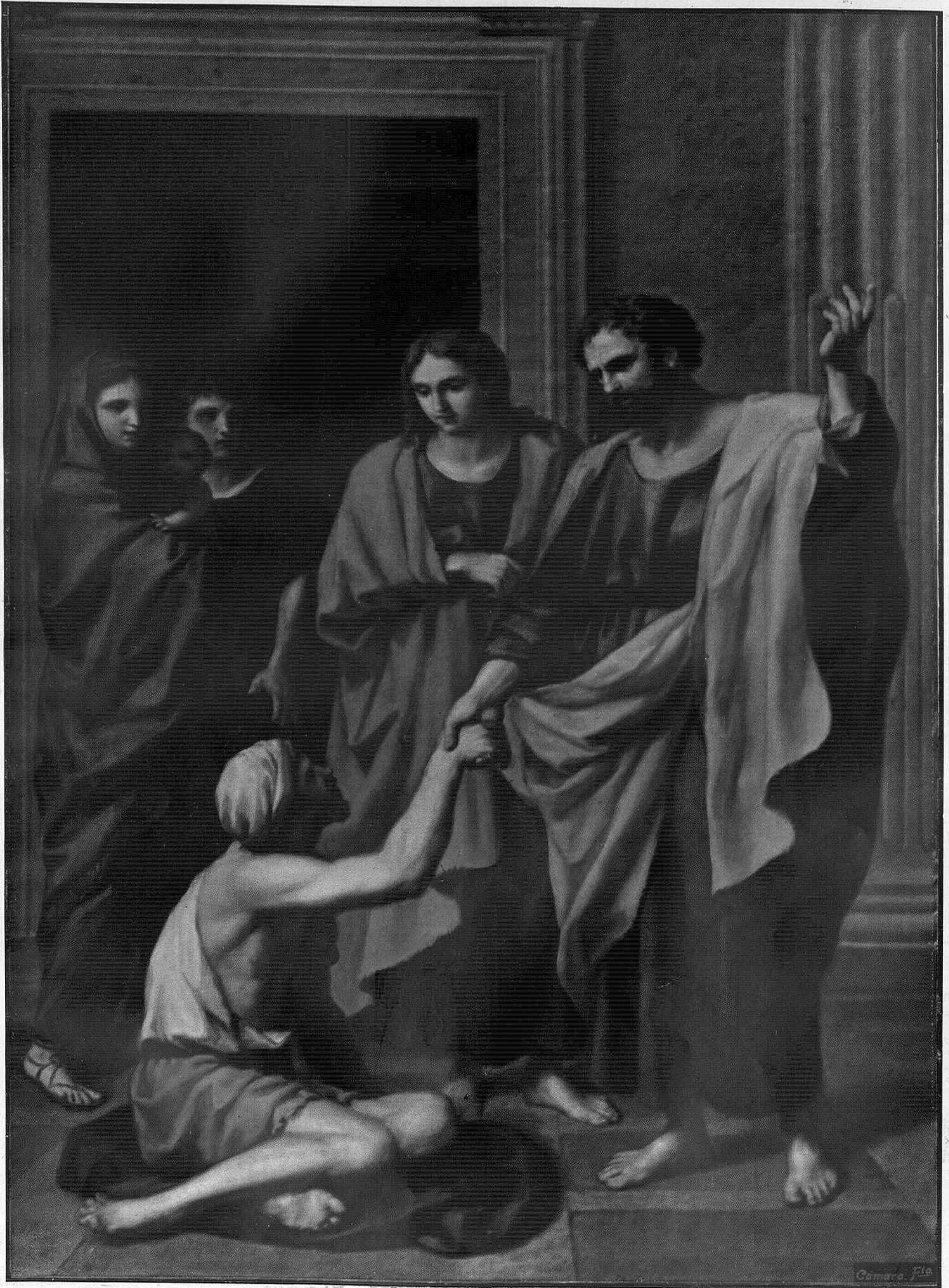
piando en sus museos particulares de Inglaterra toda esa riqueza acumulada en las necrópolis tebanas desde las primeras dinastías egipcias hasta las épocas tolemaica y romana, hablan las siguientes palabras que del ilustre coleccionador trazó en el prólogo del libro *Five Years' Explorations at Tebas* (1907-1911), que publicó en colaboración con Howard Carter, poco antes de realizarse el hallazgo de la tumba de Tutankamen:

«Mi propósito fué siempre, y lo seguirá siendo, no adquirir una cosa sólo porque es rara, sino que más bien me preocupa y atrae su belleza. A veces prefiero esta circunstancia, á su valor histórico absoluto. Es claro que cuando los dos valores, la belleza y el interés histórico, aparecen amalgamados en una pieza arqueológica, se duplican el interés y la delicia en la posesión.»

En la presente página reproducimos algunos de los más preciados ejemplares de la colección de referencia.



Anfora de vidrio policromado, procedente de la época imperial



«San Pedro y San Juan curan al cojo», cuadro original de Mengs, expuesto en el Museo del Prado por los señores Urries y Azara

DE LA EXPOSICION IBEROAMERICANA EL PALACIO DE CUBA EN SEVILLA

ENTRE los pabellones americanos de la Exposición de Sevilla, destaca singularmente, por el vario alarde de magnificencia en su construcción, grandeza en su traza y riqueza en los materiales empleados, el opulento palacio de Cuba, muestra suntuosa de lo que es y lo que vale la República de la perla de las Antillas en el altísimo grado de florecimiento que ha llegado a alcanzar y espléndido regalo que ofrece a España como prenda de amor y demostración de cordialidad.

Honda delicadeza y prueba de ese necesario y noble tributo al pasado que es tan justo en los pueblos que saben ostentar su ejecutoria, lo primero que halaga la vista del observador al acercarse al pabellón cubano y penetrar en el recinto de su terreno, es la reproducción exacta de la ancestral fontana de Santa Clara. Este antiguo convento, en cuyos ámbitos tiene hoy su mansión la Secretaría de Obras Públicas, encierra dentro de sus muros los vestigios de la primitiva Habana. Y entre ellos, las primeras manifestaciones de civilización y urbanismo. La primera fuente pública, no sólo de Cuba, sino de la América, con todos sus servicios derivados para los menesteres de una ciudad naciente.

La afortunada idea de traer a España este recuerdo y la visión de la histórica fontana, son la preparación adecuada para la contemplación y visita del grandioso palacio, en el que toda la piedra y las maderas preciosas han sido traídas de la tierra de Cuba como amorosa y viva ofrenda. El palacio, en el que los diseños de Cabarrocas y la competente dirección de Hernández Savio han evocado en grandes proporciones una típica residencia señorial criolla, está edificado con piedra de Jaimanitas. Las canteras seculares, de cuya entraña fueron arrancadas las piedras para venerables monumentos habaneros, como las murallas, la catedral y los castillos de la Punta y de la Fuerza, guardianes antañones de la entrada de la bahía, que constituye desde hace siglos uno de los puertos más famosos del mundo.

Vastos salones se dilatan en el pabellón. El zaguán, anchuroso, con sus estancias inmediatas; la enorme sala de fiestas, que ocupa toda la planta del edificio en el piso principal; los aposentos todos del palacio que ha de quedar definitivamente como casa de Cuba



Vista de conjunto del Palacio de Cuba en la Exposición de Sevilla



Urna con arena de la playa de Porto Santo

en Sevilla, tienen sus ventanales con marcos de cedro y cristales de colores en la graciosa policromía tan característica de las tradicionales viviendas criollas. En su mobiliario, recio y severo, está la copiosa sillería de sabicú, madera que por su extraordinaria fortaleza es pareja del hierro, y aun le supera en resistencia. Algunos de esos taburetes, que un hombre solo no puede levantar, están hechos con madera del célebre muelle de Caballería, sin corrosión ni menoscabo en su dureza después de la permanencia de más de un siglo en el agua salobre.

En la parte aneja, y rodeado por las amplias salas donde se aprieta la exuberante manifestación de la vi-

vidualidad de Cuba, el patio camagüeyano es recreo de los ojos y del espíritu. Los postes que marcan su galería rectangular sirven para otra muestra gallarda de la opulencia en maderas de la isla privilegiada por la Naturaleza. Caoba, yaba, majagua, ocuje, júcaro, sabicú, sangre de doncella, ácana, chicharrón y moruro, las más ricas especies de las selvas cubanas, han dado ejemplares de selección para la original columnata de este patio; sencilla en apariencia, como cuadra a la gracia de mansión campesina que representa, pero de tanto valor como si los fustes fuesen de mármol y de jaspe.

En uno de los muros, piadoso farolillo pende ante el retablo de azulejos que ostenta la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, ante él que se imagina la plegaria de impetración ó de gracias, tradicional é indistintamente murmurada por labios de los rostros más diversos de color y de expresión. El prieto retinto, la mulatica sensual, el guajiro bravío, la damita criolla, y el peninsular arraigado en la isla por sus negocios y trabajos.

Así, la misma galería parece verse llena de fardos de tabaco, de café ó de azúcar, puestos ya en ellos los marbetes para sus destinatarios, y á lo largo de su apilamiento la mesa donde los dependientes de la casa, puestos de limpio al rendir con el día la jornada de su labor, se congregan para la refección.

Completa la ilusión aquella esbelta volanta, que por lo grácil y liviana tiene algo de libélula. Una como esa, aunque más tarde que el vuelo de su imaginación, llevó la ilusionada infancia de Tula Avellaneda por calles y campos de Santa María, de Puerto Príncipe.

CÁMARA-FIG

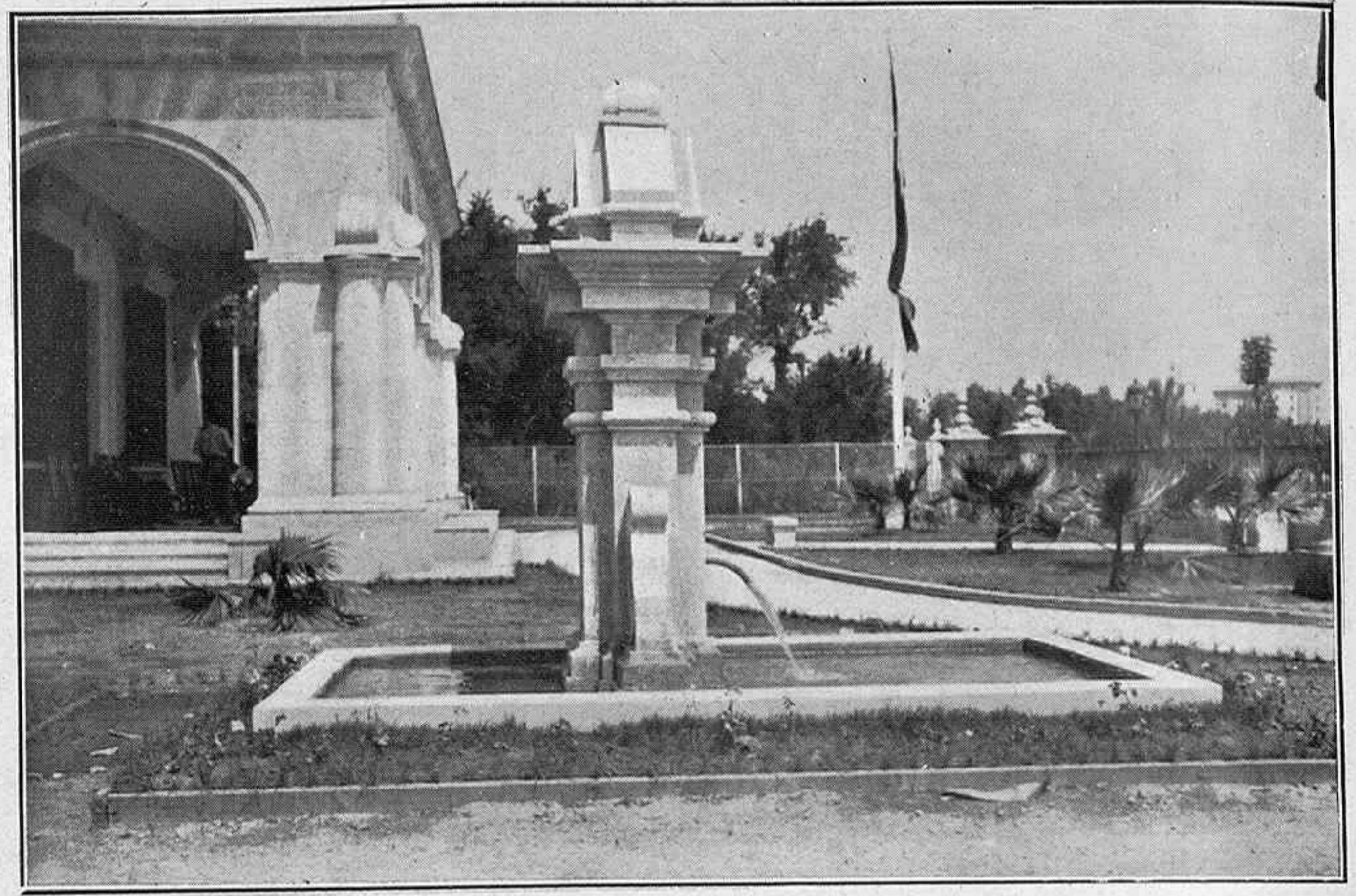
Esa misma, tal vez, se ha detenido ante el bélico paso de Agramonte, el Bayardo de Camagüey. Y no parece que descansa, sino que se apresta á caminar para conducir al caballero al batey, deteniéndose en un bohío para visitar al servidor enfermo, y luego, de retorno en la ciudad, llevar las beldades de la casa al Liceo y á recorrer las deliciosas avenidas del Casino Campestre.

Las exhibiciones son copiosas y elocuentes muestras de las eficaces actividades de la gran Antilla. Como es justo en un pueblo de gran espiritualidad, el arte y los libros reciben al visitante en los primeros departamentos que se abren ante el ingente patronato del busto de Martí, bajo el que está grabado el preclaro apotegma del apóstol: «Para mí, la patria nunca será triunfo, sino agonía y deber.»

Una biblioteca de más de cuatro mil volúmenes, de autores cubanos ó sobre asuntos de Cuba, ilustra á los lectores, con muchas enseñanzas todavía necesarias respecto de un país que se separó de España sin que la mayor parte de los españoles le conociese verdaderamente. La pintura ocupa un salón donde el sitio de honor está reservado para el patriarca Leopoldo Románach. Otra parte de esta manifestación artística adorna los muros de la enorme sala de fiestas del piso alto, en la que una escultura, obra de exquisito artífice, representa con brío vital la efigie del presidente Machado.

La agricultura, la industria y el comercio, que tanta parte tienen en el desarrollo de esa floreciente República, ofrecen variadas y señaladas muestras de su desenvolvimiento. Dos grandes paneles pintados por Pastor Argudín son alegoría de toda esa riqueza. Otro emblema es la vista, en minúscula y detallada reducción, de la granja agrícola modelo de Juan B. Jiménez, en la provincia de Santa Clara. Pero la riqueza misma se manifiesta allí con las instalaciones primorosas. La dirección artística del decorado honra al artista á quien ha sido confiada: José Hurtado de Mendoza, en quien sus tres calidades de madrileño, cubano y canario influyen, sin duda, para lograr una interesantísima personalidad de arte, y que en su historia familiar cuenta con tan alta figura como la de D. Benito Pérez Galdós. Hurtado de Mendoza, vario y modernísimo, ha logrado plenos aciertos, como el escenario romántico que en la sección destinada á una conocida marca de tabaco, reproduce un melancólico jardín italiano y el balcón de los enamorados de Verona, á la luz misteriosa en que la alondra sucede en su canto al ruiseñor, y ante la verja, unas arcas talladas que fingen ser las tumbas de aquellos célebres amantes.

En los extremos de otra galería, otros dos es-



La fuente del Convento de Santa Clara

cenarios sirven á las instalaciones de dos grandes fábricas de cerveza y de hielo. Una con sus osos blancos y sus bloques glaciales, en nueva y atinada composición, y otra con tres copias corpóreas de la Giralda, en significación de que la fábrica habanera que allí concurre produce diariamente una cantidad de hielo igual á tres veces el volumen de la torre de la catedral de Sevilla.

Hasta más de una veintena de casas tabacaleras tienen sus vitrinas y aparadores con adecuadas alegorías, y algunas la visión, en gran tamaño, de la añeja y ya curiosa estampa que es característica de su marca. Ron, azúcar, alcohol. Otras industrias, como las de perfumería y conservas alimenticias. Pieles trabajadas. Carey. Piedra de nutridas canteras. Muestrario de la asombrosa y riquísima variedad de maderas. Exhibición de las frutas que en España tienen un prestigio casi legendario, y para cuya elaboración en refrescos hay un mostrador con sus aparatos y cámaras frigoríficas. Grandes manifestaciones fabriles, como la produc-

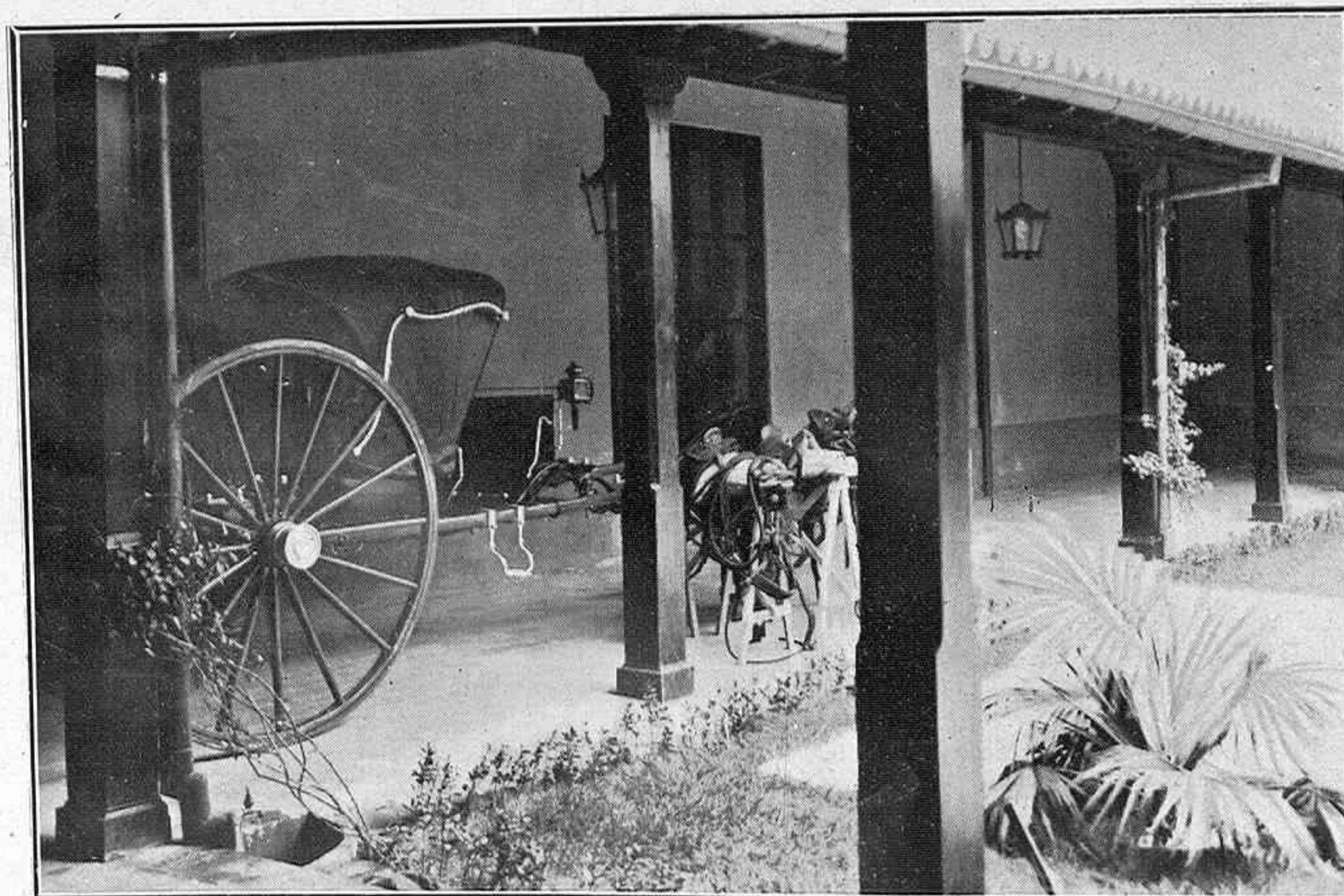
ción de cemento y la de las famosas jarcias de Matanzas. Y una clara y sucinta impresión de la comodidad y rapidez en materia de comunicaciones.

Dispónese la instalación de un pequeño ingenio, ante el cual puede el público conocer el proceso de la elaboración azucarera. La Secretaría de Sanidad presenta los métodos científicos para combatir el mosquito, y su procedimiento exterminador del peligro de las fiebres. No hay que olvidar que fué á un cubano, á Finlay, á quien se debió la desaparición de aquel peligro que durante tanto tiempo hubo de ser el único óbice temido por el viajero entre todo el cúmulo de alicientes y delicias que ofrecía la estancia en la isla de Cuba.

La Secretaría de Instrucción Pública presta su necesario concurso, y la de Obras Públicas acude á mostrar los modelos de tan grandiosos edificios de la moderna Habana, como son el Capitolio y la Universidad. De la renovación arquitectónica y urbana de la capital dan muy digna idea algunos proyectos de Emilio de Soto, y vistas de conocidos lugares de esa ciudad incomparable. Otros cuadros nos llevan á la contemplación de bellezas más ignoradas del país, como un bellissimo paisaje de la pintoresca y novelesca isla de Pinos ó del Tesoro. Camaraco, según su nombre indio, y Evangelista, como fué llamada por Colón.

Un enorme mapa de relieve, obra del Estado Mayor del Ejército, permite al observador recorrer brevemente en un avión imaginario todo el territorio cubano, desde el cabo de San Antonio hasta punta Maisí. La orografía destaca las cimas de las sierras del Rosario y de los Organos; al Pan de Matanzas, dominador por un lado del mar, y por otro de otro océano de verdor y de belleza, como es el valle del Yumuri; y, finalmente, la majestad del Pico Turquino y las fieras fragosidades de la sierra Maestra. Las vegas feraces, los campos fecundísimos de Cuba, se extienden bajo la mirada del visitante, y su costa hospitalaria y graciosa, festoneada de bahías y ensenadas que brindan fácil refugio al navegante.

El último piso del palacio de Cuba es la digna culminación de tal edificio y del alarde de su organización. La escalera por donde se asciende ostenta en su recodo la gala de un farol, finalmente labrado, que parece el fanal y lampadario de un viejo galeón. La escalera tiene en una hornacina cierta justa recordación. El busto de fray Bartolomé de las Casas, que siendo todavía seglar en Trinidad, sintió el dolor del inhumano trato que á los indios se infligía, y con esa emoción, la vocación de su apostolado.



El patio camagüeyano y la volanta



Salón de fiestas del pabellón de la República de Cuba en la Exposición de Sevilla

El salón alto es un vasto mirador, por cuyas columnatas y balaustres se divisan dilatados panoramas de la Exposición y de los alrededores de Sevilla hasta remotos horizontes. El techo es un tesoro en el que se combinan diez y seis tipos de maderas preciosas; entre ellas, las caobas de más subido valor, cual son las llamadas de Clavo, de Canutillo y de Agua.

En el centro de la estancia hay una urna conteniendo determinada cantidad de arena. Un testimonio notarial hace saber que esa arena es de la playa de Porto Santo, que en Baracoa es tradición que fué la primera de Cuba pisada por Cristóbal Colón. Mucho se ha discutido semejante tema, y según realmente parece, el Almirante llegó antes á otros parajes de la isla, que hasta que navegó en todo su alrededor Sebastián de Ocampo no se supo que lo era, pues Colón creyó que había llegado á tierra continental y á continente asiático, considerándose cerca del Cipango ó del Catay, y enviando una embajada al Gran Jan, que resultó ser un humilde cacique.

Las diferentes opiniones señalan, como primer punto de Cuba en que Colón hubo de tocar, á Nuevitás, á Puerto Padre y á Nipe, aunque parece ser Gibara el lugar que conuerda con las descripciones del Almirante.

Pero Baracoa tiene razón para afirmar su importancia histórica con singular prestigio. En esa sala culminante del pabellón de Cuba hay una serie de documentos gráficos, los cuales valen por toda una ejecutoria de esa ciudad, que tiene primacía en la historia cubana. Allí se ve Porto Santo, la ensenada de Miel, adonde efectivamente arribó Colón y de donde el 4 de Diciembre de 1492 salió, separado ya de Pinzón, para la isla que había de ser llamada Española, ó de Santo Domingo. A esas mismas aguas de Porto Santo llegó en 1511 Diego Velázquez, y más osado que Colón, no permaneció en lugar tan abierto de la costa, sino que penetró en la bahía de las Palmas, donde encontró un verdadero puerto al abrigo de los peligros del mar.

Visión interesantísima es la de la Cruz de la Parra, descubierta en 1512 por uno de los acompañantes de Velázquez entre las ramas de un árbol de una caleta. El hallazgo era impresionante y enigmático, porque no se sabía que hubiesen pasado misioneros por allí, y la madera de la cruz no es de flora americana. La hipótesis más racional la consideró como dejada allí por alguno de los marineros españoles que iban con Cristóbal Colón. Esa reliquia se conserva en la

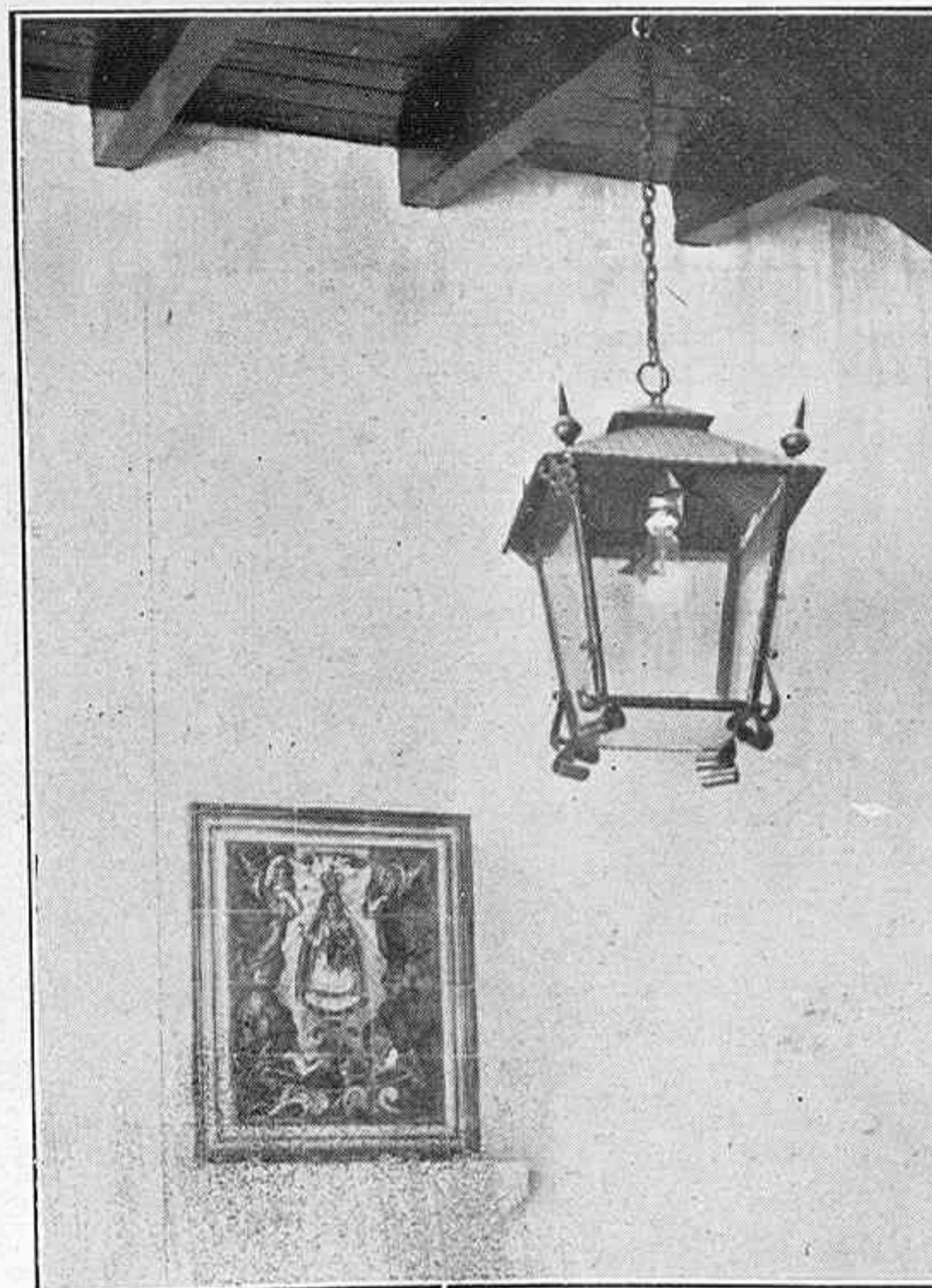
iglesia de la Asunción, parroquial de Baracoa, que fué la primera catedral de Cuba y la segunda de América, y ante ella ofició fray Bartolomé de las Casas.

Otras vistas del territorio de Cabicú, del castillo del Seboruco (hoy llamado de Sanguily) y de la cuesta de Guamá, que lleva el nombre del cacique defensor de la independencia de su tierra, y muerto sañudamente por Velázquez, completan la evocación de esos lugares, en los que alienta la historia y vaga poética la leyenda.

El pabellón es un éxito de Cuba. Concretando, puede enorgullecerse de su triunfo el comisionado técnico, Julián Martínez Castells, cuya clara inteligencia, perseverante energía y capacidad organizadora se han demostrado en este alarde. La misma satisfacción cabe al coronel Quiñones, presidente de la Comisión; á Francisco Meluzá Otero, jefe de propaganda; al teniente José María de Heredia, que lleva un nombre dos veces glorioso en las letras cubanas y francesas, y á cuantos, en fin, han intervenido en la consecución de tan magnífico resultado.

Un bien combinado juego de reflectores hace durante la noche resaltar con suave iluminación indirecta las bellezas del edificio, alcanzando su fulgor á la techumbre del piso postrero, cuyo maderamen cobra nuevo vigor en sus colores y adquiere tonalidades fantásticas. En la sala de fiestas, los aires de la típica música popular cubana sorprenden gratamente á quien los desconoce, y llenan de añoranzas á quien los recuerda.

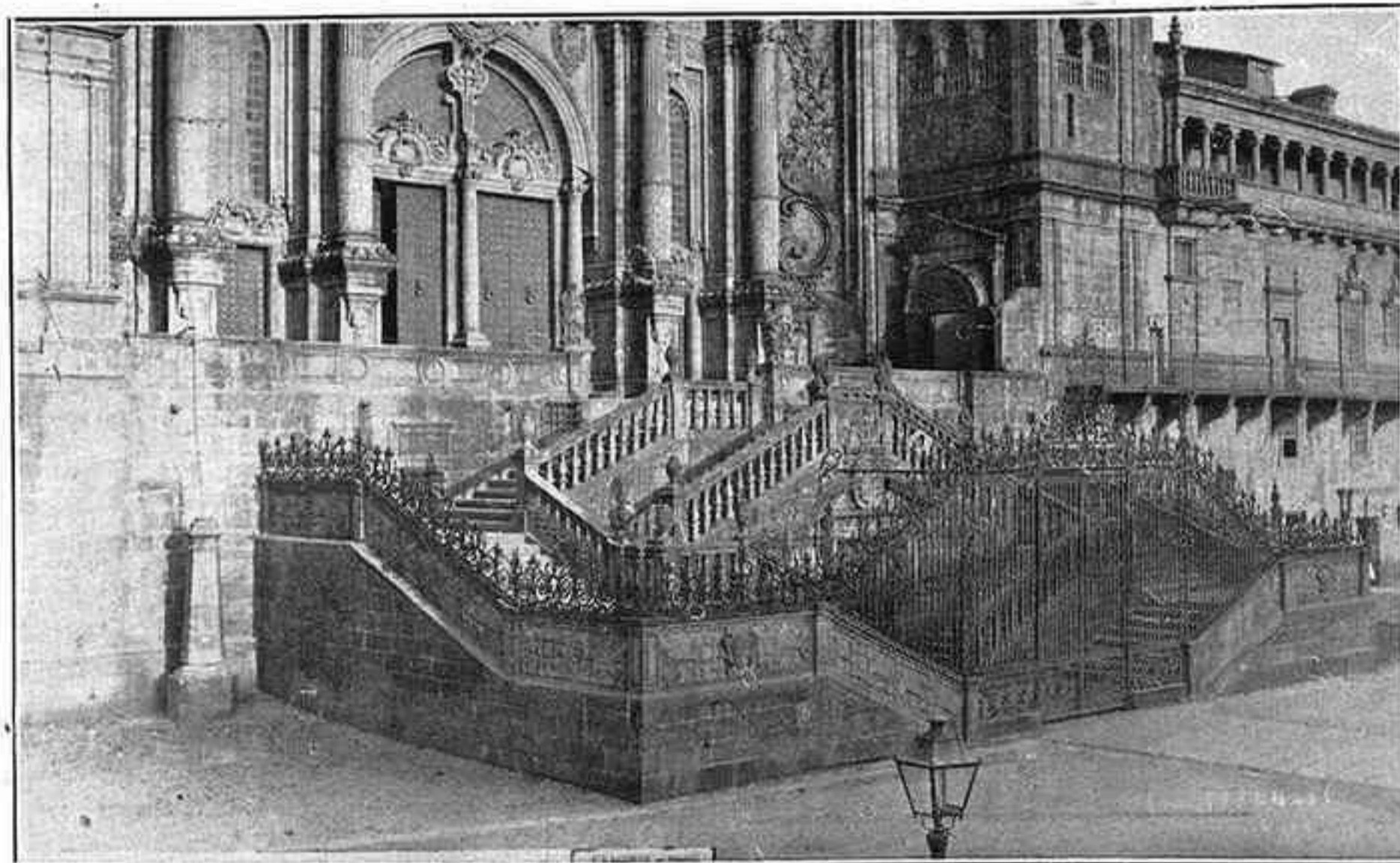
Recreo del sentido y descanso del espíritu, son regalo halagüeño para los visitantes, que encuentran reposo y deleite en la inmediata y anchurosa terraza; pues otro de los encantos del palacio de Cuba, y que lo distingue de los restantes de la Exposición, es dar una impresión de casa acogedora, de la que llega á hacerse tan difícil decidirse á partir, como lo es determinarse á abandonar el suelo cubano á todo el que ha tenido la suerte de gozar de sus maravillas.



El retabliillo de la Virgen de la Caridad del Cobre

PEDRO DE REPIDE

LA MARAVILLOSA CIUDAD DE



Escalera de la fachada principal de la Catedral de Santiago

ENTRE los muchos pecados de que tenemos que arrepentirnos y enmendarnos los españoles, uno de los más graves es el de abandono y desconocimiento de nuestro patrimonio artístico.

Fieles al viejo y lamentable refrán que dice *el buen paño en el arca se vendes*, y aplicándole lo más absurdamente posible, ni hemos sabido lucir nuestros tesoros, ni nos hemos preocupado de hacerlo: aun podríamos decir que ni siquiera los conocemos.

Todos los países cuidan muy preferentemente de sus ciudades de arte, y buscan constantemente la manera de que tengan fácil acceso y proporcionen agradable estancia. Nosotros, hasta hace muy poco, hemos tenido en el mayor abandono esas sagradas y reproductivas obligaciones; y así, ciudades-museo como Santiago de Galicia, apenas si son conocidas por los viajeros de allende las fronteras que recorren el mundo en busca de emociones artísticas, y se conforman, en la mayoría de los lugares que visitan, con mucho, con muchísimo menos de lo que en Santiago podrían lograr.

Pero el acceso a Santiago desde Madrid es difícil, y aun suponiendo que, como sería lógico, Vigo llegase a ser el puerto de llegada a España de los viajeros de América, y que ello hiciera indispensable, como condición previa, ya que no sabemos utilizarlo como medio, el establecimiento de trenes rápidos y cómodos para aquel extremo de Galicia, aun quedaría Santiago de Compostela fuera de la circulación.

Asombra pensar en las dificultades inmensas que habían de vencer los peregrinos de antaño, sobre todo si comparamos con la suma de comodidades que hoy juzgamos indispensables para viajar; pero aquellas miríadas de hombres eran movidas por la fe, y ahora la sola evocación del milagro artístico no tiene tanta fuerza motora.



Un patio del Hospital Real de Santiago de Galicia



Fachada principal de la Catedral de Santiago de Galicia

Santiago, tal como es, tal como le hizo aquella fe, es, sin embargo y positivamente, algo milagroso. Su Catedral sola debería bastar como atractivo poderosísimo, y motivar, á poco fácil que fuera el acceso, constantes peregrinaciones de amantes de arte...; no las hay, sin embargo, y asombra también ver aquellos silenciosos y solitarios viajeros.

Aquella maravillosa plaza, inmenso cuadrilátero, no sólo por sus dimensiones gigantescas, sino por los edificios, más gigantescos aún en el concepto artístico que cierran su perímetro, está siempre desierta, aunque debería llenarla una muchedumbre admirativa.

SANTIAGO DE COMPOSTELA



San Martín.—Vista general del Seminario

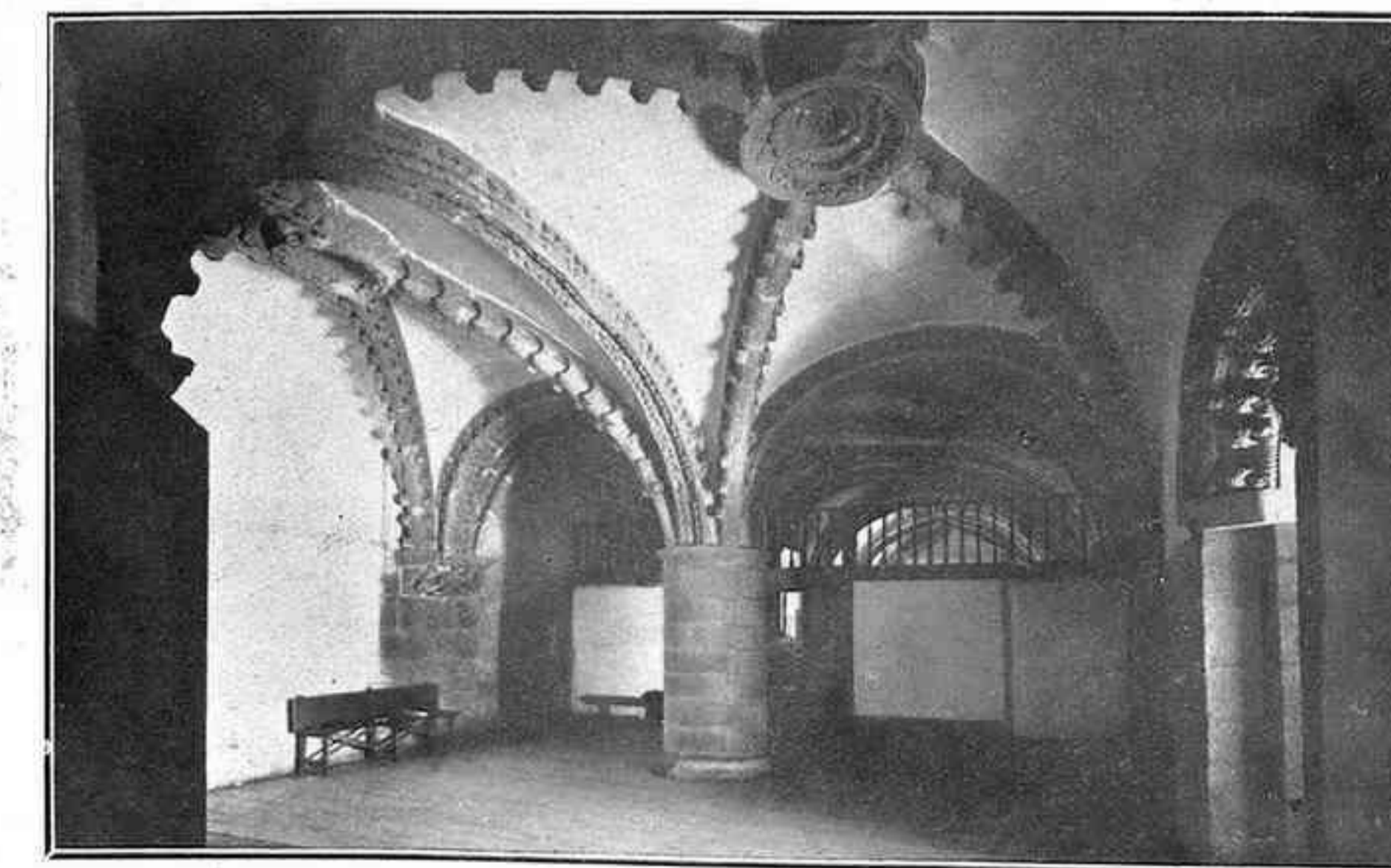
El Palacio del Consistorio, el Colegio de Fonseca y el Hospital Real forman, con la fachada de la Catedral, cuatro admirables lados del cuadrilátero, que constituye una de las plazas más bellas, y quizá por la variedad de tonos y estilos de los edificios, una de las más interesantes. Cualquiera de aquellos edificios merecería por sí solo el viaje á Compostela, y en cualquiera de ellos encuentran el artista y el arqueólogo motivos suficientes para interesantísimas monografías.

Aun después de admirar el maravilloso Pórtico de la Gloria, la fachada del Hospital Real, su portada atrae y subyuga la atención, y el interior de aquella magna casa de beneficencia ofrece, además, en sus mismos patios motivos suficientes de contemplación admiradora.

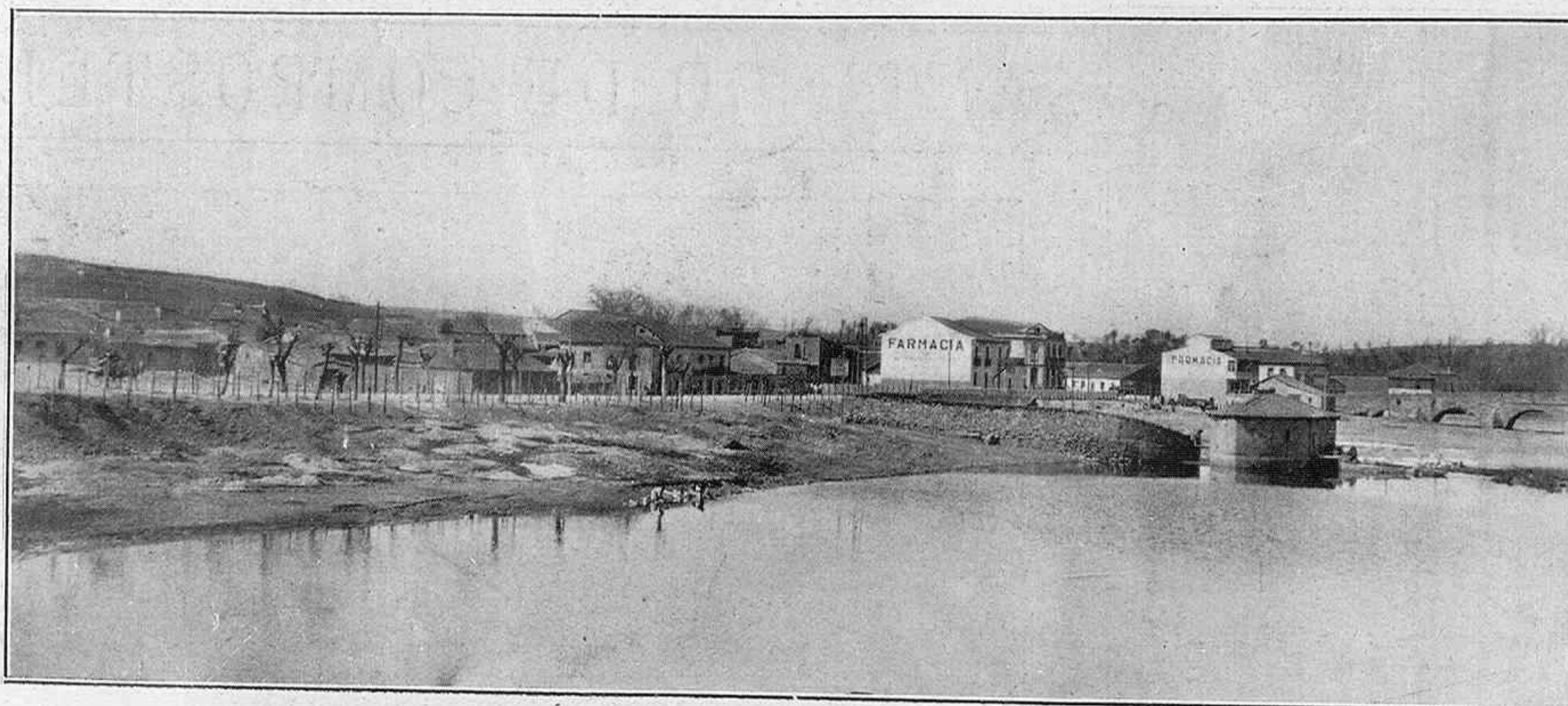
Y Santiago de Compostela es mucho más que los edificios circundantes de su inmensa plaza. Es también la vieja iglesia de San Félix de Solovio, la más antigua de la ciudad, que aun sin pasar de su reconstrucción, trae intensamente á la memoria el siglo XII, como fondo de la magna figura del obispo Gelmírez; el Monasterio de San Martín, actualmente Seminario; Santo Domingo, San Payo; el convento de Santa Clara, fundado en el XIII por D.^a Violante, esposa de Alfonso el Sabio, y tantos otros templos más que son como estratos dejados allí en diversas épocas por peregrinos llegados de muy diversas tierras.

Los viejos códices cuentan muy al por menor cómo eran aquellas peregrinaciones que se formaban en los puntos más remotos, para caminar, muchas veces, descalzos, otras cargados de materiales para la basílica, los peregrinos; y describen también las ceremonias, á veces interrumpidas por reyertas y crímenes, que precedía durante una noche de vela á la misa de alba, que oían los romeros.

Espectáculo maravilloso difícil de explicar cuando la fe falta y domina el escepticismo, incapaz de arrastrar muchedumbres y de alzar ciudades como Santiago de Compostela.



Palacio del Obispado.—Capilla antigua, vista desde el ángulo derecho de la iglesia



Salamanca.—Arrabal del Puente

DE LA CIUDAD DE LOS DOCTORES JORNADAS TERESIANAS

CLÁSICO es el viaje primero de Teresa á la ciudad de los doctores. Teresa llega á Salamanca una víspera de la festividad de Todos los Santos, á medio día. Así que asoma por el Arrabal y pasa con sus monjitas la puente con el toro, pregunta por el único amigo salmantino que ella conoce. Se llama Nicolás Gutiérrez. El es—nos dirá la graciosa narradora—harto siervo de Dios, que había ganado de Su Majestad, con su buena vida, una paz y contento en los trabajos grandes, que había tenido muchos, y vistose con gran prosperidad, y había quedado muy pobre, y llevábalo con tanta alegría como

la riqueza». Pero la casa de la Fundación, esta castiza casona de los Ovalles, con su arco apuntado, oculta humildemente en una plazoleta solitaria detrás de San Juan de Barbalos, es un mesón de estudiantes. Nicolás comparece ante Teresa: «Como vino—agrega—díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen de ella.» A trancas y barrancas, los escolares abandonan la posada á la caída de la tarde; ya de noche, Teresa penetra en ella con María del Sacramento y otras compañeras.

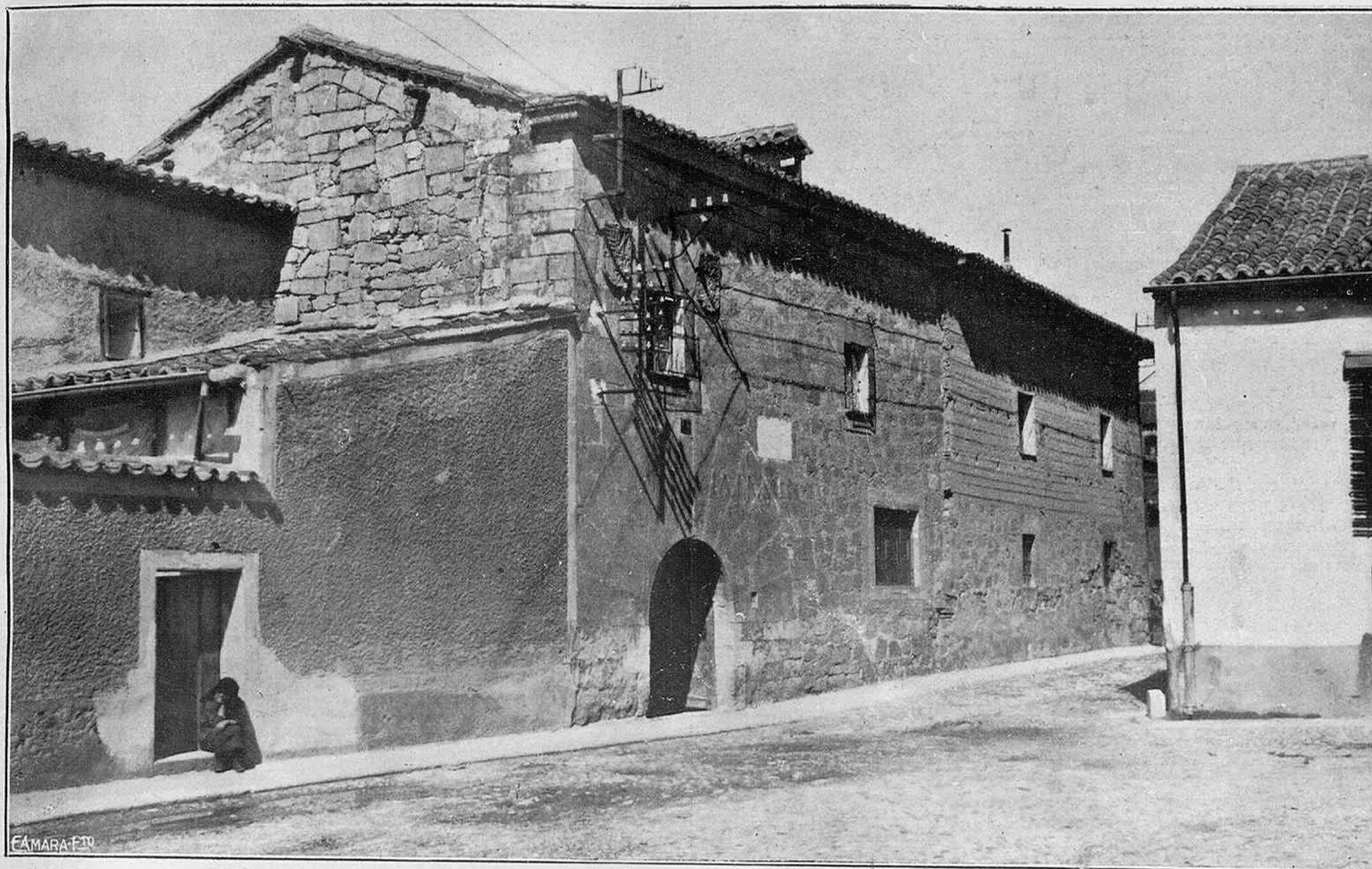
Las piezas de la vivienda no están hartu cu-

riosas, que, al fin y á la postre, han sido aparejadas por estudiantes. Las monjitas tienen que acudir antes á la escoba que á la oración. Teresa barre, friega y ríe. «Estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche.»

Por la mañana ya se oye la primera misa, que Teresa no puede, no sabe vivir sin su Jesús. Las monjitas de Medina del Campo, que han venido á la ceremonia después de una caminata de diez y seis leguas, tornan á su monasterio oída la misa, habiendo de pernoctar en Cantalapiedra. La noche de Todos los Santos quedan solas Teresa



Salamanca.—Convento del Carmen, reformado

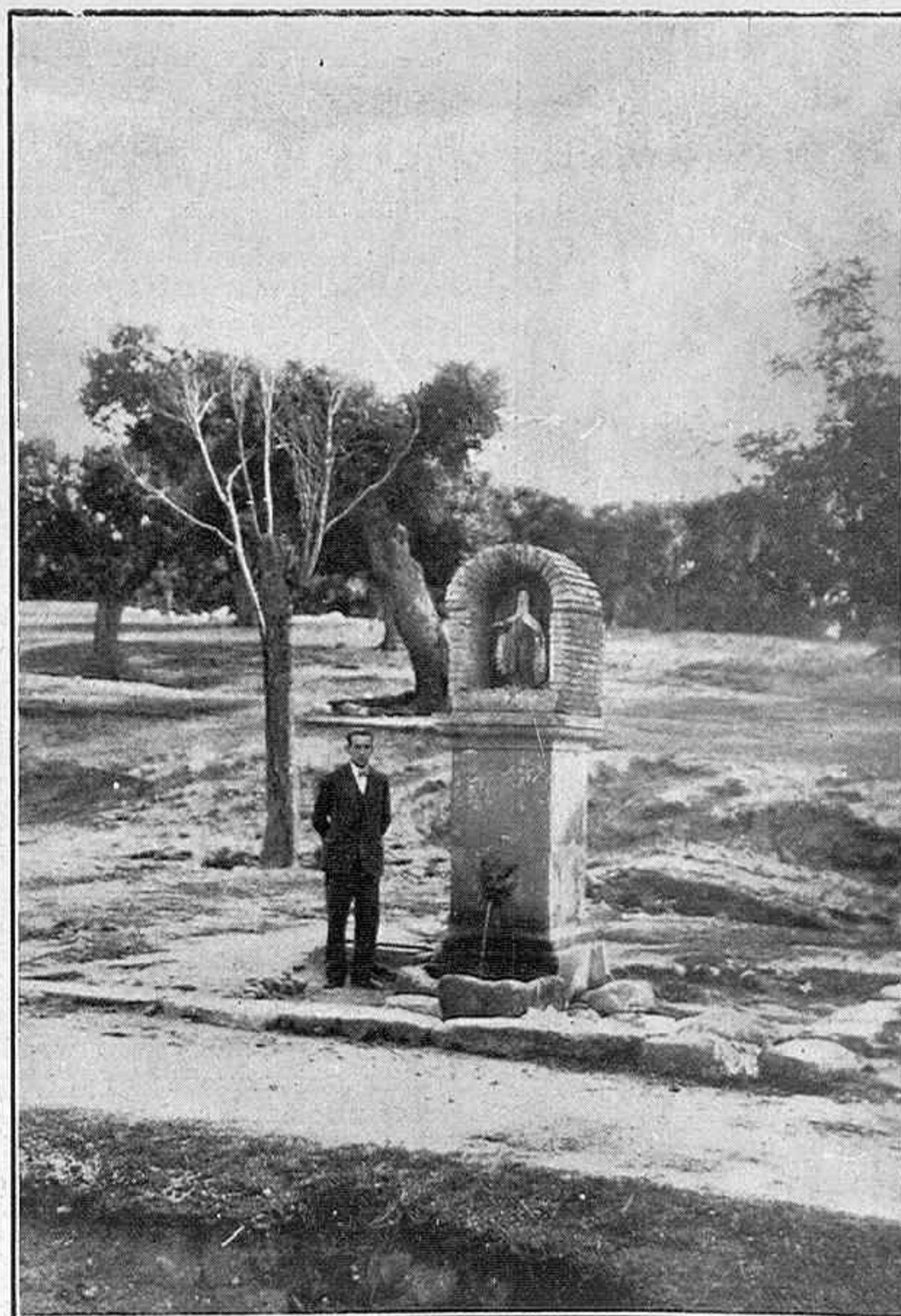


Casa de los Ovalles, donde permaneció Santa Teresa, antes de su fundación

y María del Sacramento en la casona. La compañera es miedosa si las hay. Doblan á muerto las campanas en la ciudad de los brujos, de los magos y de los nigromantes; el marqués de Villena anda á escobazos con los súcubos en la iglesia de San Ciprián; del Tormes sopla un vientecillo aullador y violento que cierra las ventanas de la casona con estrépito. «Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reir.» María, ante el viento y el fañido de las campanas, da en la flor de suponer que los estudiantes, genticilla burlesca y despreocupada, por lo general, permanecen ocultos en la casona, ya que salieron de ella con evidente enojo. La alcoba donde duermen las hermanitas es harto pobre; en el suelo han echado paja, que las sirve de lecho. Las monjitas de Santa Isabel las envían ropas que no tienen y algunas viandas para pasar la noche. ¡Sacrificio pequeño que siempre recompensa Jesús con el amor! Teresa tiene sueño; pero María, toda desasosegada é inquieta, mira á un lado y otro de la estancia, y no sabe cerrar los párpados, y no da paz á la lengua, preguntando cosas que la dormilona esquivaba para reposar.

Teresa, sobre la paja, va quedando dormida en esta casona de los Ovalles. Jesús, con su mirada más dulce y acariciadora, extiende sus brazos sobre la frente de la Amada, y Teresa, suavemente, va perdiendo la noción de la hora y olvidado el peso de las fatigas del día. Tiene ropa nueva de las Isabeles; ha cenado aquella noche; ¿qué más puede pedir á su Jesús? Pero Sor María la despierta:

—Madre—la dice—; estoy pensando: si



Fuente de Santa Teresa, en el monte de los Perales, cerca de Alba de Tormes (Fots. Ausede)

ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríades vos sola?

De «recia cosa» califica Teresa la pregunta. Y sigue contando en su castellano natural como el agua de los regatos y como el rubor de las doncellas. «Aquello, si fuera, me parecía recia cosa; hízome pensar un poco en ello y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba que, como he dicho, era noche de Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías; cuando entiendo que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije:

—Hermana: de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir.»

Y durmió Teresa de un tirón, que ya llevaba dos noches malas. Esta casona fué durante cuatro años palomar teresiano, hasta que el Carmen se instaló definitivamente, no lejos de allí, en el hoy paseo de su nombre. Pero esta casona, que evoca un sueño reparador de Teresa, un diálogo gracioso en noche de Animas, estudiantes bulliciosos y el hambre y la pobreza de siempre, es el paraje teresiano por antonomasia de esta Salamanca que guarda también el ataúd donde fué trasladado el cuerpo de San Juan de la Cruz desde Baeza á Segovia. Y no lejos de aquí, entre montes y encinares, camino de Alba, completa estos recuerdos aquella fuente que recuerda los descansos de Teresa por las calzadas y su último viaje á Alba, en busca de la duquesa de Alba, D.^a María Colón y Enríquez, cinco días antes de morir, de cara á la vega, oyendo los lamentos del quejumbroso Tormes.

José SANCHEZ ROJAS

DE ARTE

DOS OBRAS DESCONOCIDAS

★ ★ DE PEDRO DE MENA ★ ★

DIGO desconocidas porque apenas sabe la gente aficionada á cosas artísticas que existen estas hermosas esculturas y sólo consta de ellas una referencia en la más interesante monografía de este célebre escultor, debida á la pluma del insigne arqueólogo D. Ricardo Orueta.

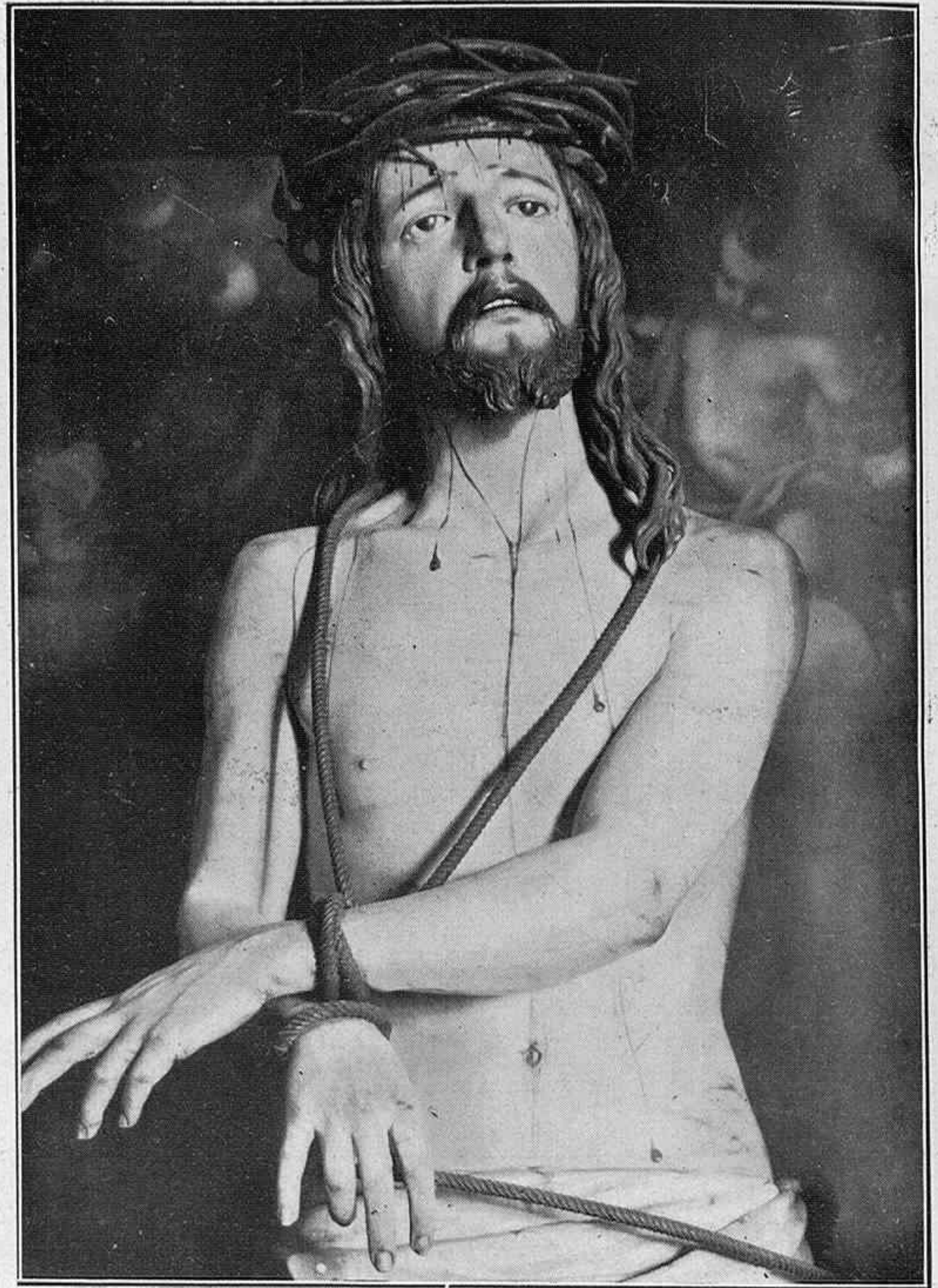
Con ocasión de la factura de la «Guía arqueológica y de turismo de la provincia de Guadalajara», al recorrer sus autores los pueblecitos que forman esta hermosa provincia, dimos con nuestros huesos en busca de sus riquezas artísticas, en el pueblo de Budia, perteneciente al partido judicial de Brihuega, situado á unos 25 kilómetros de esta Villa, sobre la carretera de Durón á Valdesaz.

A poca distancia, escasamente un kilómetro, se encuentra la ermita de Nuestra Señora del Peral, que á su situación y á su poético nombre une otra cualidad más importante: la de ser un pequeño museo de arte por los objetos que guardan sus muros.

Entre ellos están las célebres obras que muestran los fotograbados que ilustran este artículo. Yo, que he visto gran parte de la producción de Pedro de Mena, al contemplarlas quedé extasiado, y al ver su realis-



Maravillosa Dolorosa de Pedro de Mena, que se conserva en la ermita de Nuestra Señora del Peral, en Budia (Guadalejara)



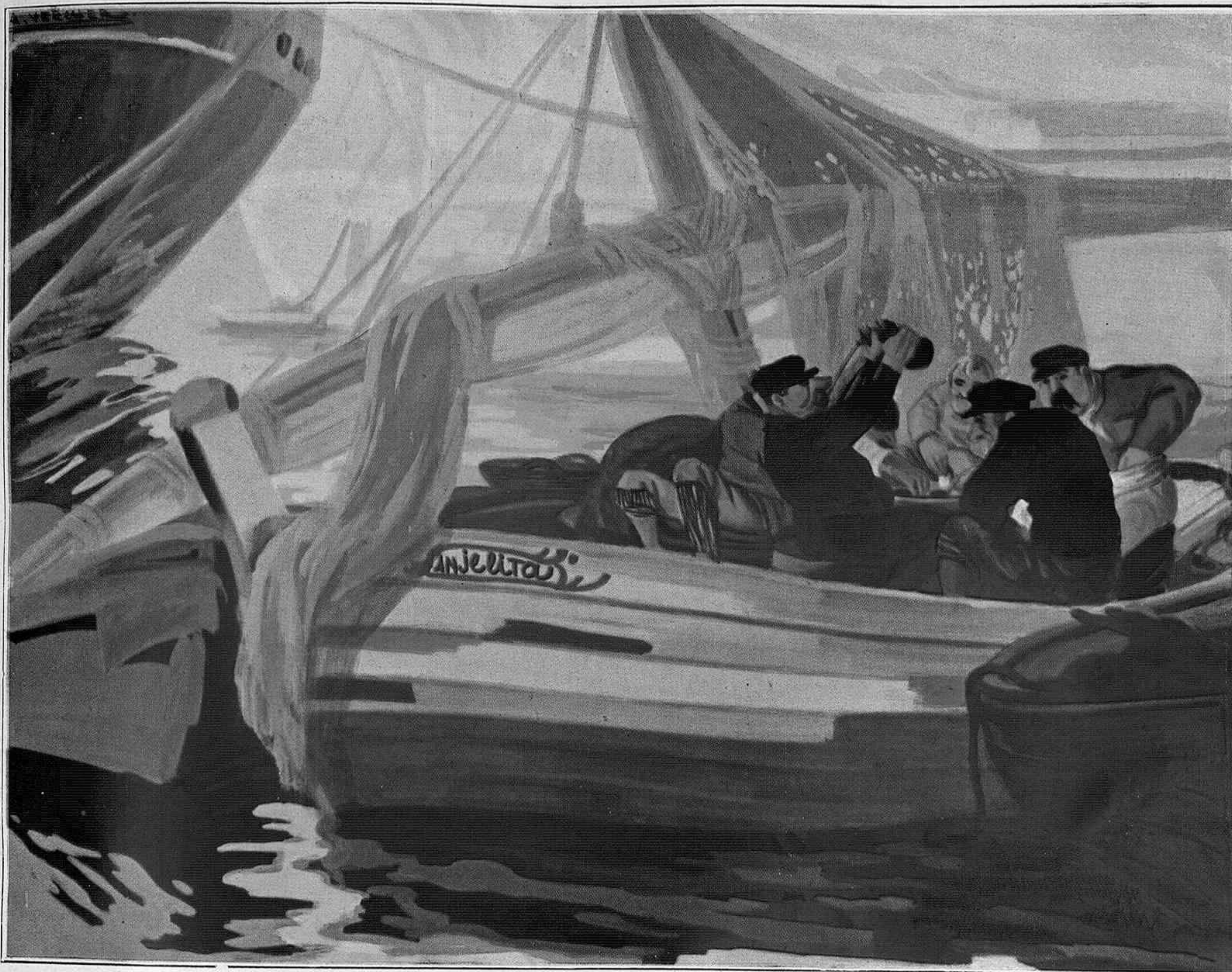
«Ecce Homo», de Pedro de Mena, que se conserva en la ermita de Nuestra Señora del Peral, en Budia (Guadalajara)
(Fots. Camarillo)

mo, me parecía estar delante y admirando las más célebres del inmortal discípulo de Alonso Cano. Nadie podrá negar la paternidad de estas obras; el crítico incompetente tropezará con la firma de su autor en ambas, de las que se ven que las talló en Málaga en 1674.

Empotradas en unas vulgares hornacinas, á uno y otro lado del altar, no son aquellas el sitio más adecuado para exhibir toda la grandeza y exquisitez del arte que encierran sus leños; para apreciarlo hay que acercarse, y ya junto á ellas, parece uno asistir al supremo dolor de la Virgen y á la dignidad augusta de un Dios que va camino del Calvario, para redimir al humano linaje.

Se le ha tachado á Pedro de Mena en sus obras de falta de espiritualidad, por representar los personajes divinos bajo un aspecto humano; ¿qué va á hacer el artista más humanizar el arte? ¿Tiene acaso otros modelos que imitar que los humanos? Lo que debe hacer el artista es animar sus producciones con el soplo de vida que las acerque al ideal. Esa fué la sugestión constante de Pedro de Mena en sus numerosas obras; hombre comprensivo de los Sagrados misterios de la Pasión, sublimó el dolor de sus santos personajes de tal modo, que siguiendo la tradición de los artistas de Castilla, en cuyas fuentes bebió, *humanizó el arte*, superando á éstos en la finura de su ejecución; pero á la vez infundió á sus obras el *alma* de tal manera, que de la unión de cómo él concebía *lo humano y lo divino*, surgió una nueva *vida artística*, porque al acercarse á muchas de sus esculturas parece como hallarse ante personajes de carne y hueso, enmudecidos por el dolor.

Para qué describirlas; contemplad el realismo de estos bustos, su fuerza de expresión, su estudio anatómico, el plegado de las ropas, su policromía, y ellas mejor que yo os dirán las perfecciones que encierran. Todo cuanto yo os pudiera reseñar os lo dice el fotograbado; pero si sois aficionados al arte, si sois amantes de la belleza, bien merece que hagáis una excursión al pueblecito alcarreño, que no os defraudará, y si queréis seguir la estela del arte que por todas partes dejó nuestro escultor, podéis seguir á Balconete, del mismo partido de Brihuega, y después pasar al de Pastrana, donde en Almoguera y en Almonacid de Zorita admiraréis nuevas producciones de este artista insuperable.



P A Z S O B R E E L A B I S M O

La barca pesquera, en el remanso del puerto tiene un suave balanceo de cuna. Las aguas oscuras, con leves reflejos metálicos de viejo espejo de bronce oxidado, la mecen cariñosamente... Ondas diminutas vienen á chocar en sus costados con alegres chasquidos, y el agua parece lamer las viejas maderas de la embarcación con un mimo adulator, como para hacerle olvidar las horas trágicas en que ella misma, cogió adentro, castigó rudamente su panza, la cogió como un feble juguete y la empinó á cumbres rugientes, ó la precipitó á abismos de esmeralda...

Pero ahora, en el puerto, es la hora de la calma, del placentero reposo... El gran titán oceánico parece dormido; las leves ondas que rizan su superficie diríanse los latidos de su pecho poderoso... El gigante ha olvidado sus cóleras terribles, sus bramidos espantables de los días de galerna, sus espumarajos blancos de rabia, y se ofrece tan blando y sumiso, que allá en la playa los niños juegan á destrenzar su cabellera de espumas, como con los rizos blancos de un *lulú*...

Es ahora el mar suave del estío que acoge á las mujeres en *maillot* con una complacencia de viejo don Juan experimentado... Mar pando y rútilo del mediodía veraniego, patriarca milenario que se amodorra en el puerto bajo las lanzas de oro del sol...

En la barca, cuyas velas cuelgan lacias é in-

móviles como banderas vencidas, es también hora de reposo... En la mañana entró en el puerto, impelida por la brisa, terso como el parche de un atambor de guerra el vel men, hundida hasta la borda por el peso de la pesca, tesoro argénteo y palpitante...

Volcó en el muelle todo el contenido de su vientre de madera perennemente húmedo, y luego, ya apenas oculta por el agua la quilla, se entregó al reposo de aquel dulce balanceo de paz...

Paz sobre el abismo que tantas veces fué enemigo. Paz sobre el abismo verdoso, en cuyas entrañas inexploradas acecha la muerte...

Los pescadores, sentados en corro en la popa, hacen su comida... En el centro del rolde humea el barreño colmado de la sopa tradicional... La más rica presa del botín pescador sirvió para el condumio: la anguila enorme que como un reptil de plata coleteó desesperada entre la prisión de la red...

El porrón, lleno del negro vinillo agrio, va de mano en mano. Los hombres de rostro enrojecido por el sol y el yodo marino saborean esta hora reconfortante del reposo...

Al abrigo del puerto, sin la inquietud de estar acechando en el horizonte, la nube preñada de tormenta, ó en el velamen la ráfaga peligrosa, comen con delicia el fruto de su *gáñu*...

Lobos de mar, curtidos en la diaria lucha con

la Naturaleza, en el puerto sienten el amparo de la vida en común, cerca de la sociedad de los hombres... Habitados á las vastas soledades marinas, gustan el placer de sentirse próximos á la vida de los demás, sin riesgos aventureros...

La tierra inmediata les afianza en el alma esta sensación de seguridad; les sugiere la visión placida del hogar firme, de la existencia sin peligros... Acomodados sobre las mismas tablas que les defienden las vidas; acunados por el leve balanceo, sienten la envidia del hogar quieto, de la mesa blanca, del lecho inmóvil que adivinan en las casas que abren sus ventanas al muelle...

El más viejo sueña con el reposo bien ganado por su veteranía; el patrón calcula mentalmente la ganancia de la jornada. El grumete, ya ahito, se tumba sobre un rollo de cables, y entona, con voz somnolienta, una vieja canción marinera...

El sol pleno dora á fuego el horizonte, y cabrillea con temblores mercuriales en el mar pando y leve... Una brisa sutil hace gemir los cordajes; leves chaquidos acompañan el balanceo de la barca... Paz de olvido, de reposo fecundo, en el puerto... Lejos, un trasatlántico hiende la boca del puerto hacia el mar libre. Su estela de humo pinta en el cielo un rizo de aventurera-tentación.

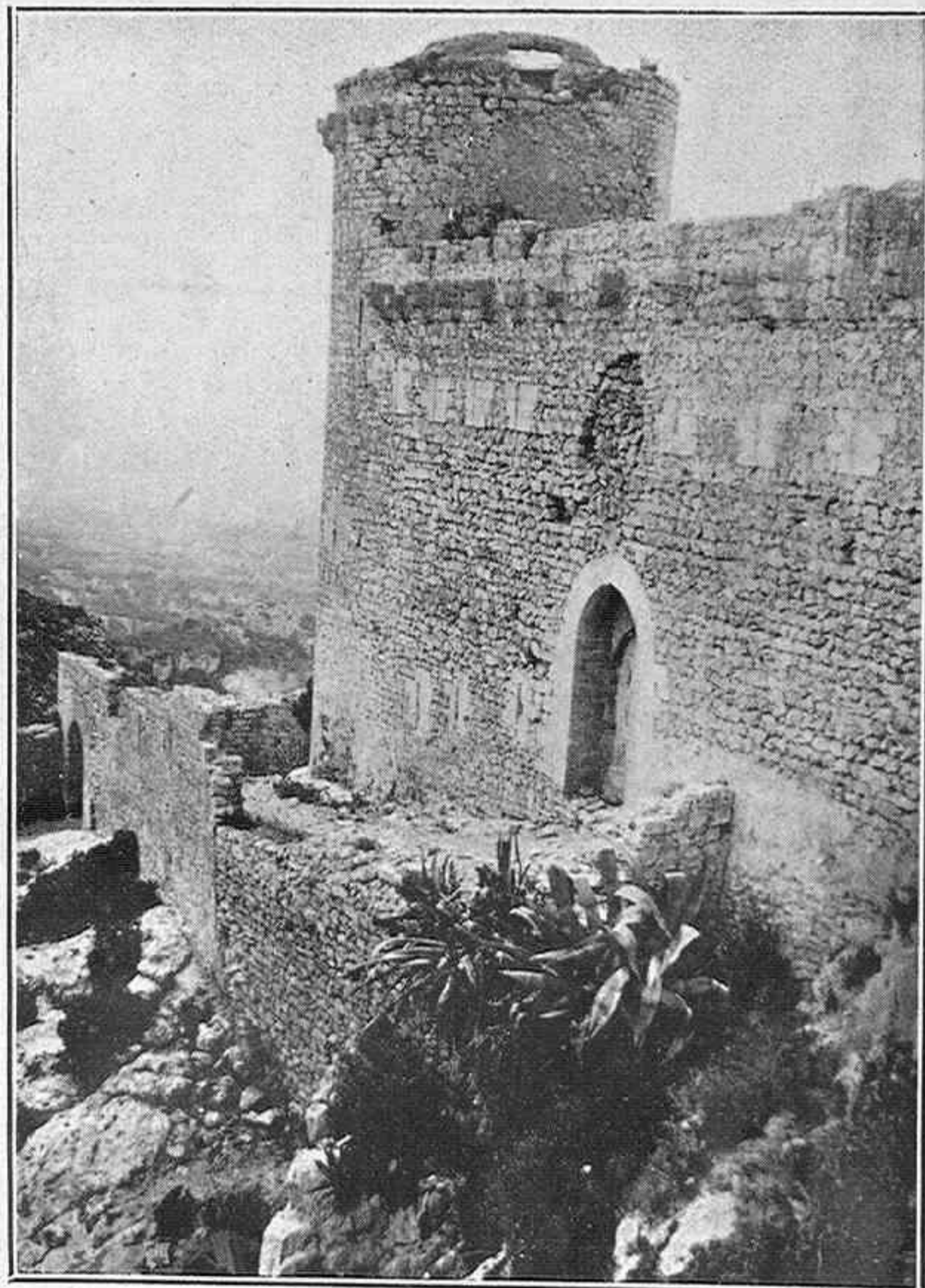
JUAN FERRAGUT

(Dibujo de Vercher)

POR TIERRAS DE MALLORCA

EL CASTILLO DE SANTUERI

EN el llano de Mallorca se alza una pequeña cordillera. Y en la cumbre de uno de sus más altos picachos, mirando el cielo, el mar y la verde planicie de la llanura, yérguese el vetusto castillo de Santueri, formado hoy por un macizo cuerpo de muros que, aunque sólo ruinas encierren, tienen robustez bastante para prolongar, según frase de Quadrado, un poco más el encantador y melancólico repúsculo de su vida.



... un macizo cuerpo de muros

Piérdese su origen en la noche de los tiempos; y aunque existen indicios que demuestran su primitiva edificación por los romanos, á la Historia no le ha sido fácil aclarar con éxito los primeros vestigios de sus primitivos tiempos, aunque se sepa de cierto la estima con que, siglos después de la probable dominación romana, lo tuvieron y conservaron los árabes que dominaron Mallorca.

A juzgar por un documento de 25 de Diciembre del año 1228, con ocasión de la escritura de cambio entre D. Jaime de Aragón y el Infante de Portugal, parece probable que antes de la conquista de Mallorca, llevada á cabo por el primero, se había ya reservado el conde D. Nuño Sanz ciertos derechos sobre el castillo. Pero de él, como extraño misterio que corre parejas con el espíritu legendario que lo envuelve, poco de cierto se sabe.

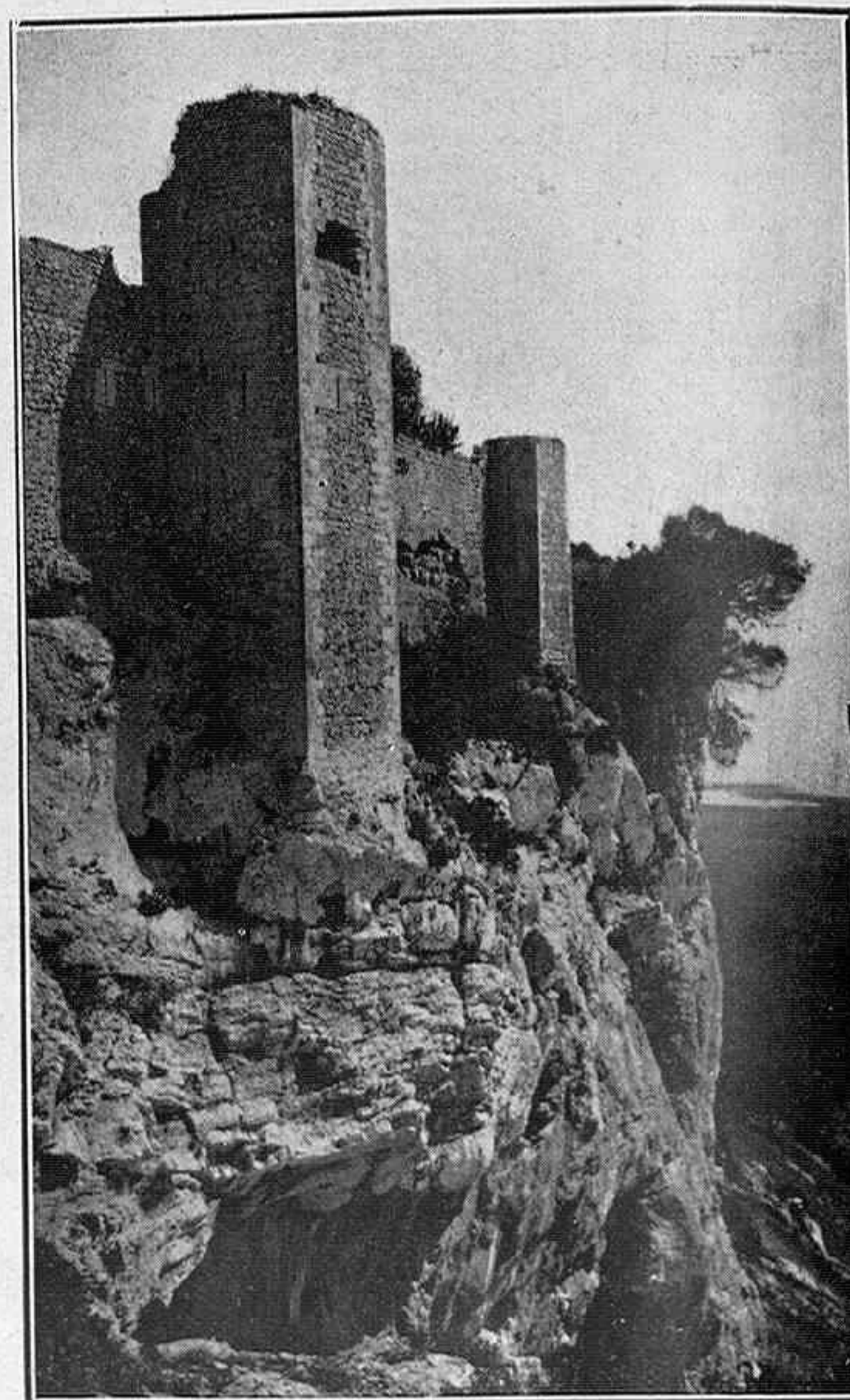
Sólo aparece la luz sobre su historia al verificarse la conquista de Mallorca á los moros, quienes lo conservaron, no obstante, hasta después de un año de haberse rendido la capital de la isla. Entonces tremoló en las almenas de Santueri el pendón real con paz y sin oponer resistencia á los cambios políticos que en aquel entonces ensangrentaban los campos de Mallorca.

Refugio en muchas ocasiones de fieles á los Reyes y de caudillos políticos, fueron sus muros prisión del Príncipe de Viana.

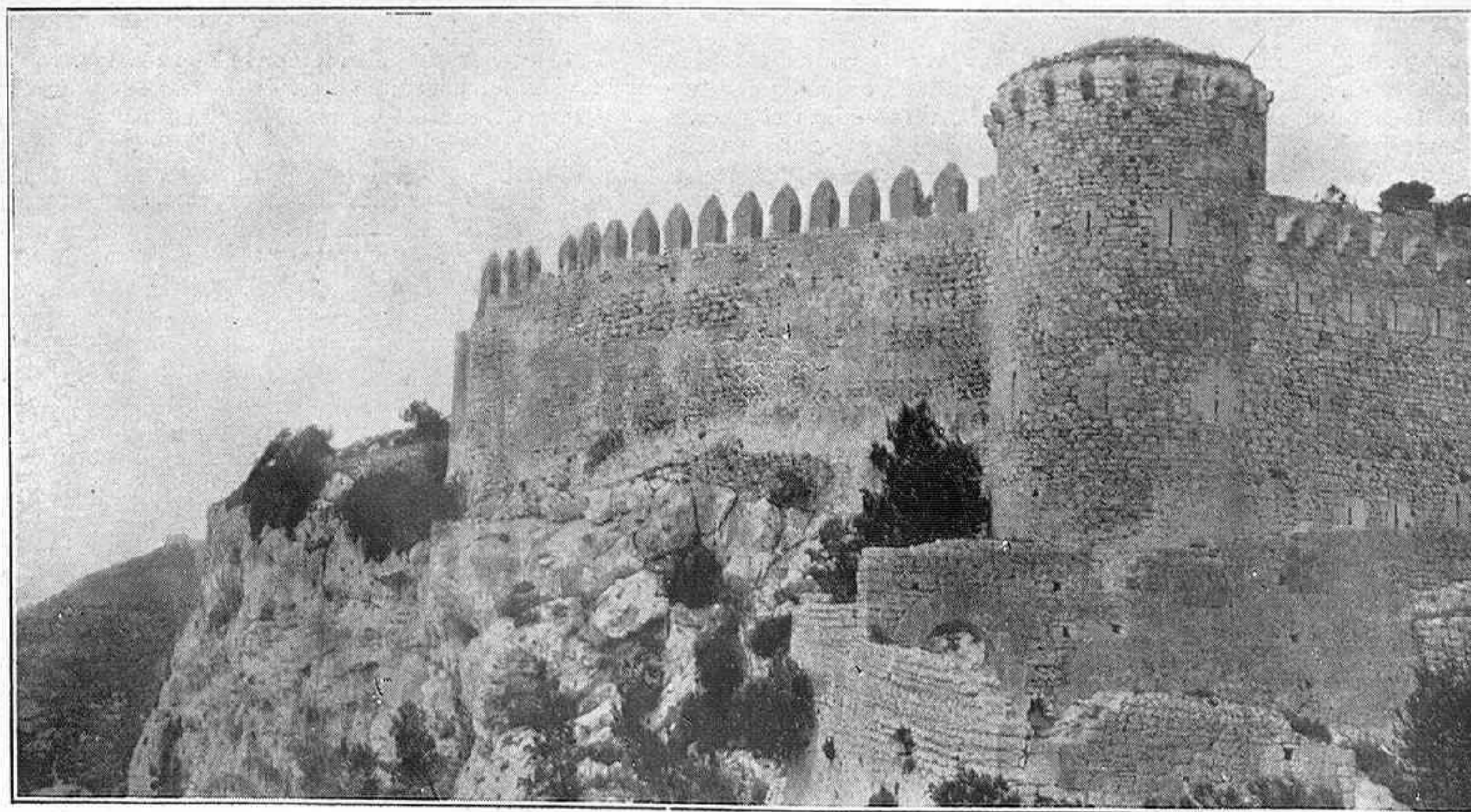
Hoy el castillo está en ruinas, envuelto por encantador misticismo que le da un carácter severo, grave... Sólo, á veces, turban su soledad los pasos de algún turista ávido de admirar, desde el picacho en donde está sentada la antigua fortaleza, el soberbio panorama que se extiende á sus pies: la verde llanura, á una parte, y la sublime costa de Mallorca, bruñida de luz, en la otra,

recibiendo las caricias y los besos del Mediterráneo azul. Del castillo oiréis contar fantásticas historias é ingenuas leyendas, todo producto tal vez del especial temor y del centelleo épico que despiertan en nuestra alma las cosas guerreras, lejanas é inciertas... Todo será invención, chispazos de una antigua creencia. Pero aún hoy, un hecho harto curioso tiene lugar en la silenciosa fortaleza; el viejo castillo es morada de una pareja de cuervos. Si algún día la bala de un cazador irreverente mata alguno de ellos, al día siguiente una bandada de éstos acude al castillo, como si fueran á oficiar unos misteriosos funerales.

Al retirarse la bandada, uno de los recién llegados de igual sexo del que murió se queda en el castillo, completando la pareja que usufructúa, como un derecho de raza, la posesión de la vieja fortaleza que en aquel alto picacho mira el cielo, el mar y la verde planicie de la llanura...



... hoy el castillo está en ruinas



El castillo de Santueri, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos

FRANCISCO VIDAL BURDILS

EMOCIONES DE PARIS

LA NOCHE EMBRUJADA

HAY noches parisienses particularmente embrujadas. En ellas se respira una atmósfera que tiene efluvios de tormenta y efluvios de jardín galante, mientras la luna salta medio loca los arroyos del cielo entre las nubes. Esas noches, buscamos por doquiera la aventura desconocida á cuyo influjo ha de florecer el corazón ó partirlo una bala, si no la aventura incongruente, merced á cuya gracia, cabe, al menos, olvidarse de contingencias enfadosas. Entonces París se nos antoja otro, y á ello obedece sin duda la leyenda de sus fantásticos nocturnos, cuando llevamos dentro de nosotros la fantasía que lo encanta, aunque el nocturno, de su parte, atiza nuestra fantasía, eso sí. A lo largo de noches tales, la urbe supone un paraíso muy terrenal; mas la pretenderemos feérica quimera, pues cogimos que algo quimérico la embruja, quizá una condensación de sueños y anhelos imposibles.

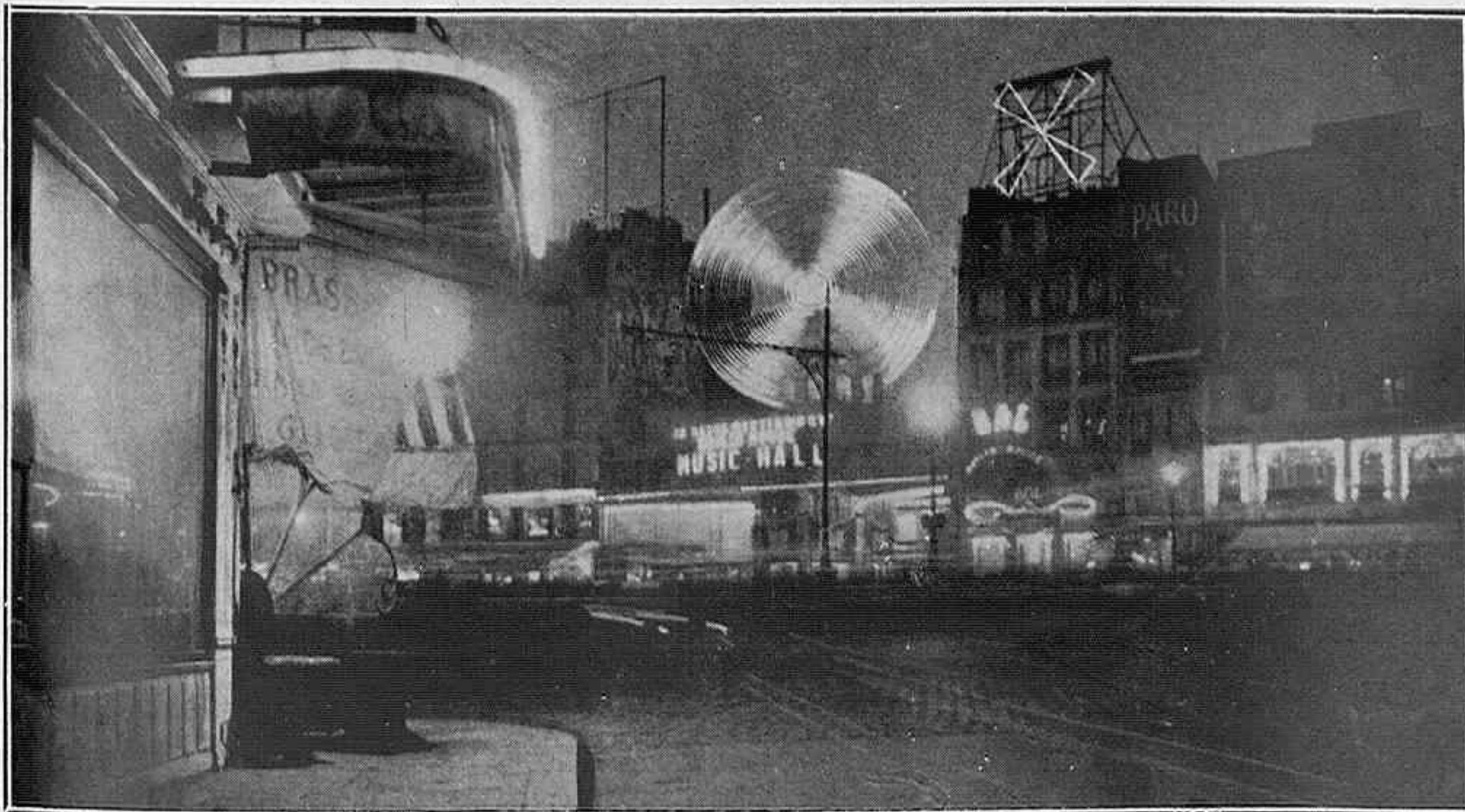
Recorramos, á través de la noche embrujada, una *Ville Lumière* revestida de electricidad y gas, falsa cual un telón de teatro. Nuestros sentidos, aguzados á manera de antenas, poetizarán todas las cosas, cobrando los parajes y edificios el prestigio que nos acomode. Así gana el aspecto de París, porque cada uno lo inventa mejor que lo entrevé, y lo entrevé según quiere inventarlo al conjuro de cómplices penumbras. El río se ha puesto un traje de lentejuelas enrojadas por los reverberos de los puentes, y la Torre Eiffel se ha engalanado de brillantes que terminan formando unas letras de anuncio; el obelisco de la plaza de la Concordia remembra claros firmamentos de cobalto en su remoto Egipto, y *Notre-Dame* parece más pesada que nunca de contornos. He aquí el *boulevard* tendido de lumínicos reclamos movibles, con su pasaje Jouffroy, público salón de escaparates; he aquí Montmartre, un Montmartre de jarana, donde se convulsionan relámpa-



De noche, «Notre-Dame» parece más pesada de contornos que nunca



La iglesia de la Magdalena transfigurada por la noche



He aquí un Montmartre de jarana, donde el «Moulin-Rouge» gira aspás de lumbré

guedos para captarse la atención, y donde el *Moulin-Rouge* gira aspás de lumbré. Entretanto, obscurísimos por contraste, los barrios peligrosos espejan su negrura, aureolada de crímenes é idilios al compás de valses acordeónicos; igual de oscuros, duermen á pierna suelta los barrios proletarios, ó apenas alumbrados sin el refuerzo de las apoteosis comerciales, semejan circunspectos desiertos los barrios prósperos. Conforme advertiréis, el panorama, dentro de su banalidad, ostenta una fisonomía.

No proviene de esta decoración el ensalmo de ciertas noches parisienses, sino que lo denota la calle misma, y se acentúa al empezar á disminuir las luces. Nos acaricia un aura misteriosa que sospechamos llega del bosque de Boulogne, ara de ritos indecibles; imantados están de no discerniremos qué influencia el asfalto y las piedras del pavimento; á la altura de los pisos segundos, nos hacen señas los faroles de hoteles acogedores; juraríamos que nos sigue alguien que no nos sigue, ó que nos guiñan ojos que no vemos... Y las personas con quienes nos cruzamos nos disparan miradas mezcla de recelo y curiosidad, adivinándonos nuestro eretismo, poseido de un eretismo análogo. Poco importa que nada nos suceda, y basta la íntima persuasión de que puede sucedernos todo. Presentimos que acaba de sonar una sabática consigna y que nos rodean turbios aquelarres.

El fenómeno suele resolverse en el chubasco para suministrarnos su relativa explicación. De no chaparrear, continuaríamos, probablemente, dando vueltas al acecho de fantasmas. Lluvia providencial la que ha roto de pronto el alucinatorio hechizo de la noche. Y luego, ya sobre los cojines del *taxi* que nos conduce, lamentamos haber distraído al descanso varias horas, consolándonos, sin embargo, la risueña idea de saber perder el tiempo á maravilla...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



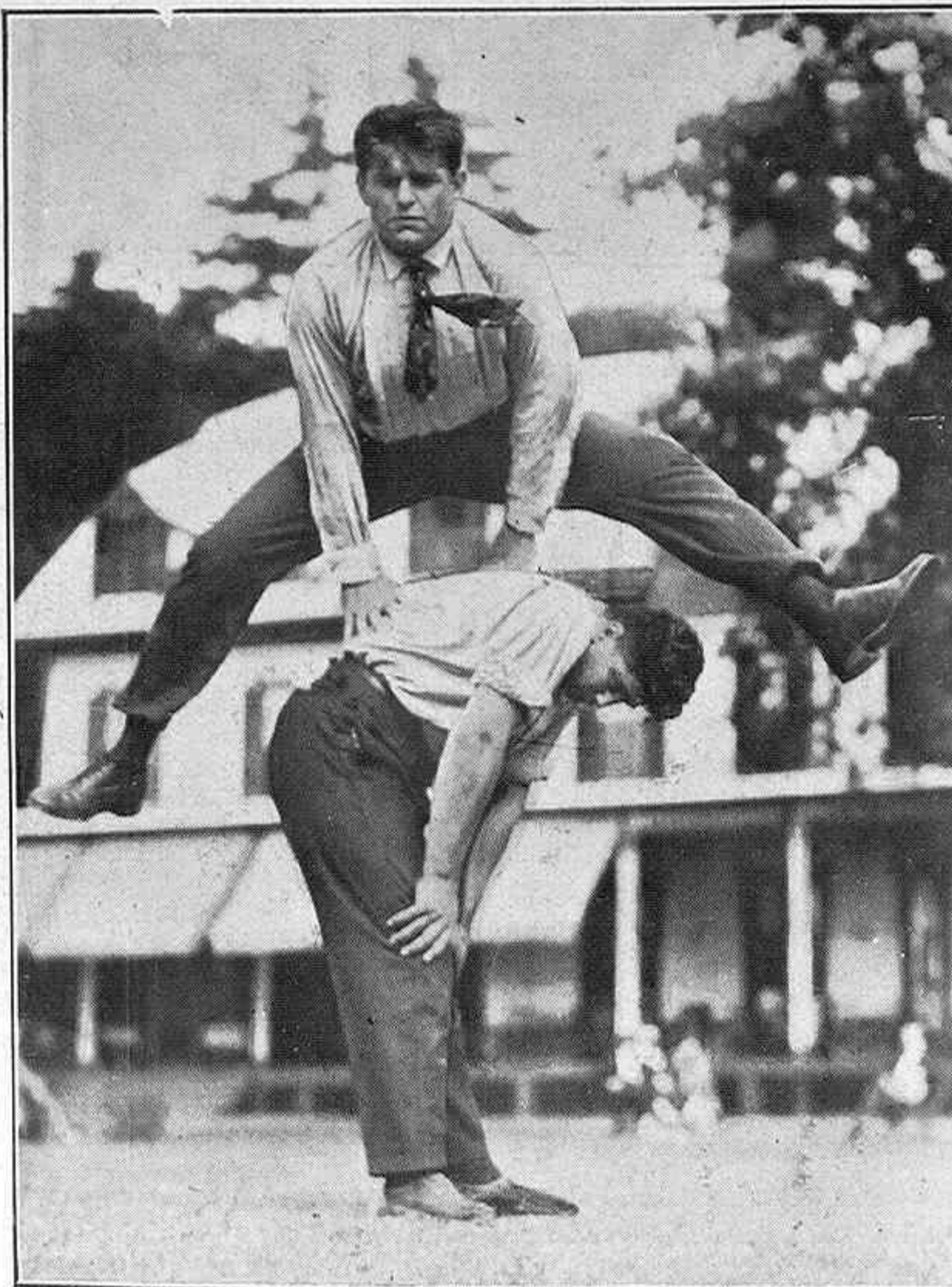
Jack Dempsey, el más caro de los boxeadores, entrenándose

LO QUE VALEN LOS PUÑETAZOS

BOXEAR! He aquí la más lucrativa de las profesiones y la que en menos tiempo produce más ganancias: el *record*, hasta ahora, le tienen en ese punto de la rapidez del beneficio, Jack Dempsey, vencedor, y Georges Carpentier, vencido, que el 2 de Julio de 1924, en Jersey-City, ganaron, respectivamente, dólares 300.000 y 200.000, en cuatro *rounds* de tres minutos; es decir, al cambio actual, ¡162.000 y 134.000 pesetas por minuto!

Uzcudun y su contrincante han ganado mucho por la totalidad del combate; pero como éste fué mucho más prolongado, gracias á la inaudita resistencia del vasco, el minuto ha resultado mucho menos productivo.

Cierto que aún era más barato en los tiempos primitivos del boxeo. En 1857 lucharon por el campeonato de América Bradley y Raukin, y Bradley necesitó ¡152 *rounds*! para vencer. Cada uno de los dos boxeadores ganó



El entrenamiento del afortunado mejicano Firpo

Ganancias fabulosas de los púgiles

próximamente 5.000 pesetas. Una cantidad que entonces pareció fabulosa.

Al año siguiente, en el Canadá, lucharon John Marissey y John Heenan, y ganaron ya cada uno 25.000 pesetas.

El *record* fué batido pronto, y en 1863 Taulerig venció á John Heenan, y cobró 50.000 pesetas; pero, eso sí, en 24 *rounds* y luchando, como se luchaba entonces, sin guantes.

En 1892 se disputaron el campeonato del mundo Jin Corbett y John Sullivan. Venció el primero en 21 *rounds*, y la bolsa fué ya de 125.000 pesetas.

Jin Corbett perdió el título, que pasó á Fitzsimmons, en un combate que no pasó del décimo cuarto *round*, y por el cual cobraron sólo 82.500 pesetas, el 17 de Marzo de 1897.

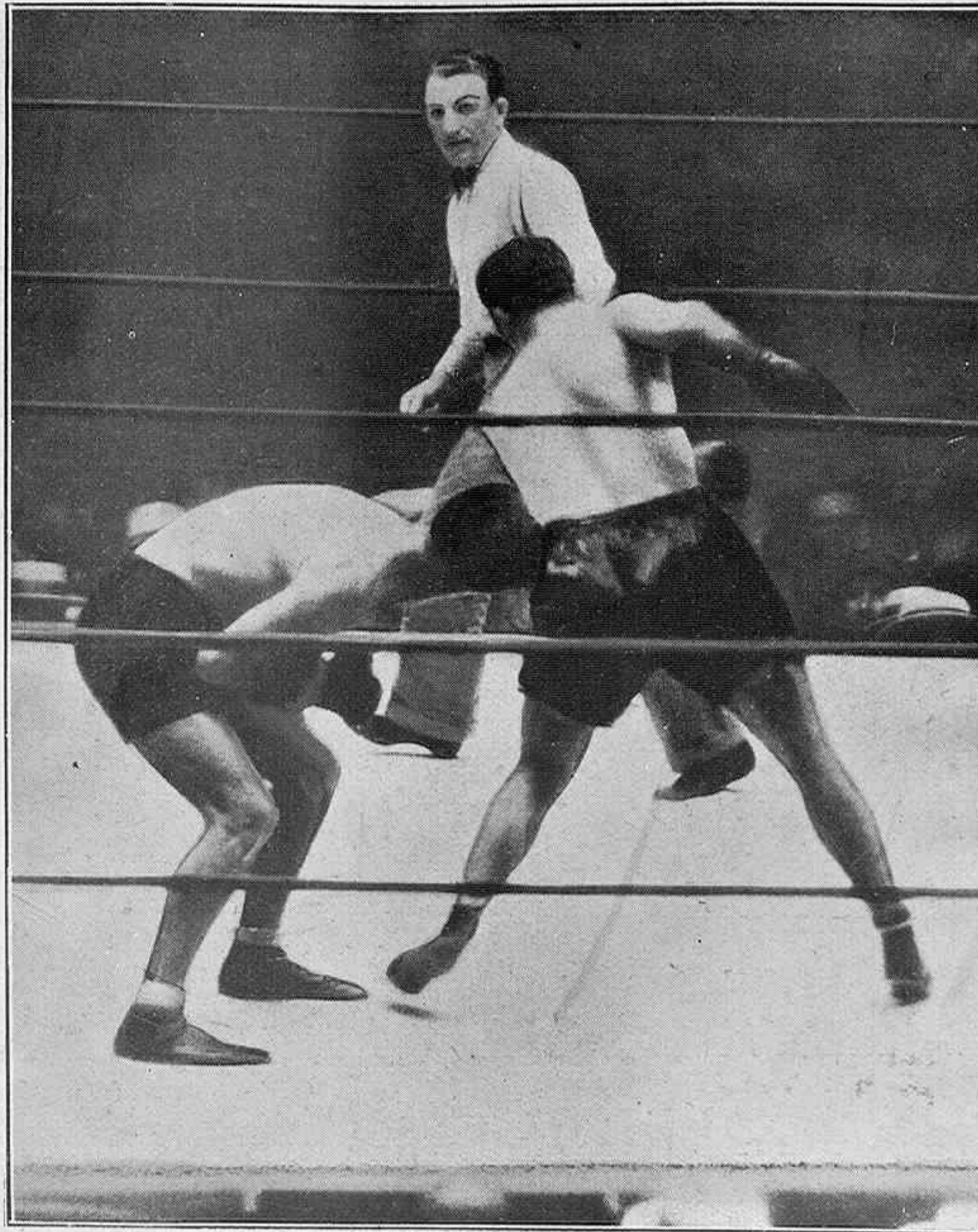
A Fitzsimmons le venció Jin Jeffries el 9 de Julio del mismo año. Los *rounds* fueron 11, y la bolsa volvió á subir, aunque [no á 125.000, sino á 112.000 pesetas.

Es de advertir que la *clase* de los boxeadores decrecía en razón inversa al crecimiento de las ganancias. «Curiosa compensación!», ha escrito un crítico francés.

En 1908 se inició el sistema, en vigor aún actualmente, por virtud del cual se da la paradoja aparente de que el vencedor cobre menos que el vencido. El 26 de Diciembre de ese año lucharon en Sidney, Tommy Burns, que era campeón del mundo, y el negro Jack Johnson. Venció el primero, que cobró 156.000 pesetas, y quedó proclamado campeón Johnson, pero cobrando sólo 35.000. La entrada batió el *record* hasta entonces, elevándose á 675.000 pesetas, y el combate no pasó del décimocuarto *round*, porque la policía lo impidió. ¡Tales estaban los combatientes!

La distribución, aparentemente arbitraria, de las bolsas no lo es, en realidad, tanto como parece. Para un aspirante al campeonato, la posibilidad de luchar con quien está próximo á él significa la posibilidad de vencerle y aspirar á rendimientos mucho mayores; para quien logró ya superior categoría, perderla significa también perder en honorarios: éste, en suma, tiene que perder, y cotiza de antemano la pérdida. Aquél puede ganar, y le cotizan de antemano también la ganancia.

Así, año y medio después de haber vencido á Burns, cobrando 35.000 pesetas, el negro Johnson recibió más de 300.000 pesetas por un combate con Jin Jeffries, que, ambicioso de nuevos lucros, volvió al *ring* después de haberle abandonado durante algunos años, y per-



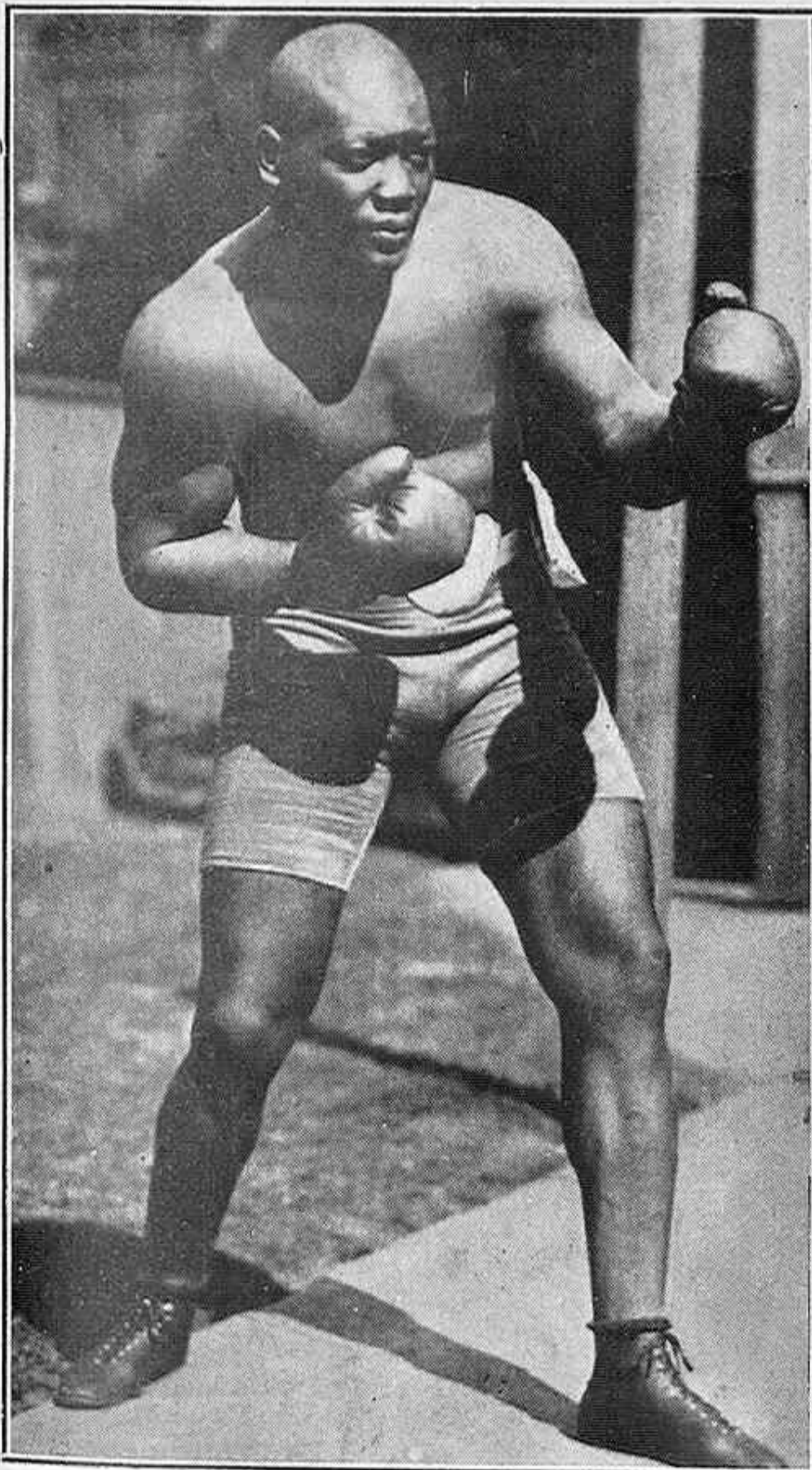
Un momento del recientísimo combate entre Uzcudun y el alemán Schmelling

Cier'o que las ganancias de Dempsey no han sido igualadas por ningún otro boxeador, y es, además, difícil que lo sean. Dempsey alcanzó los tiempos mejores, en que había menos púgiles y de inferior fuerza, aunque seguramente de mejor escuela. La competencia, pues, no era tan grande. Dempsey, por otra parte, fué un púgil de extraordinaria duración.

Ahora, y tal vez en primer término, movidos por las ganancias fantásticas que hemos enumerado, se lanzan al boxeo hombres extraordinariamente fuertes, pero sin preparación bastante. Golpeadores capaces de poner k. o. al más resistente..., á condición de que logren tocarle.

Vivimos ahora demasiado de prisa, y esto ha engendrado una lamentable dolencia social que impulsa á los hombres á las improvisaciones, que, á cambio de sus ventajas posibles, tienen el inconveniente de la inconsistencia: es más fácil que en la época de Dempsey llegar á campeón del mundo; pero es también mucho más fácil perder esa posición.

Además, y quizá por eso mismo, las bolsas son ahora menores, porque lo son también las entradas. Uzcudun, en su reciente encuentro con Schmelling, sólo ha cobrado unas 500.000 pesetas: la cuarta parte de lo cobrado por Dempsey cuando luchó contra Firpo; y como esa cifra era el 20 por 100 de la entrada, los ingresos para presenciar ese combate no pasaron de 2.500.000; cifra muy inferior á los seis millones del *match* Dempsey-Firpo.



JACK JOHNSON
En su famosa guardia

cibió por aquella lucha unas 200.000 pesetas. La entrada se elevó casi á millón y medio.

Esas cifras, que parecen ya fabulosas, ni siquiera podían hacer prever las que han cobrado después los púgiles más famosos, ni la cuantía de los productos obtenidos por los empresarios. ¿Quién había de presumir que por propinarse una serie más ó menos larga de puñetazos los púgiles lograrían cobrar millones?

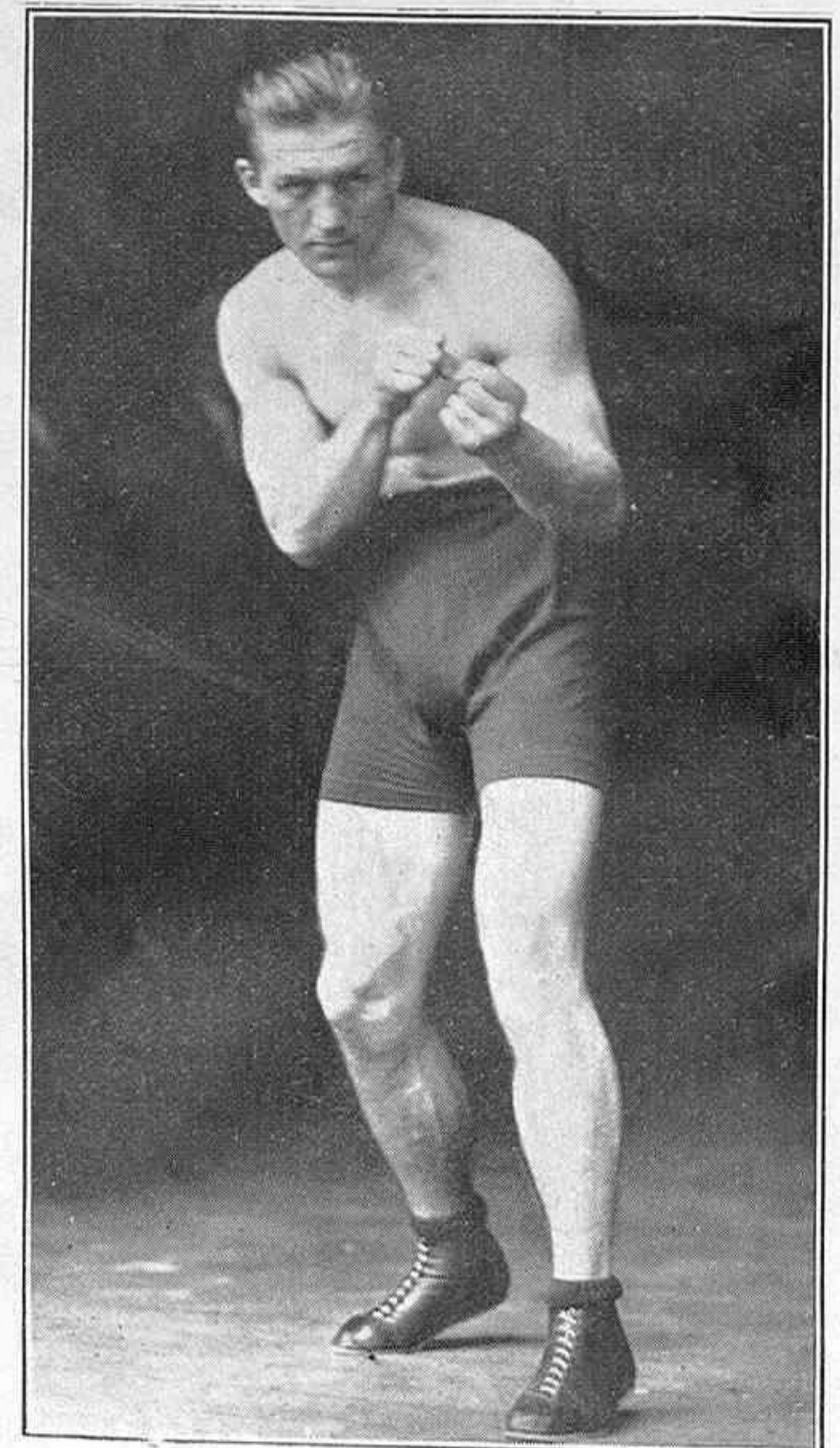
En 1924—el 2 de Julio—lucharon, en Jersey-City, Jack Dempsey y Georges Carpentier, logrando las fabulosas ganancias que al principio indicamos. El empresario y los *managers* ganaron también sumas fabulosas: baste decir que la entrada superó á una cifra equivalente á ¡once millones de pesetas!

Contra Dempsey tuvo la fortuna de luchar Firpo, púgil mejicano que había vencido al ex campeón del mundo Jess Willard, muy en decadencia ya. Firpo, antes de aquel *match*, en que no pasó del segundo *round*, cobraba 500 pesetas por combate. Aquella noche, con la que discretamente cerró su afortunada carrera, cobró ¡setecientos cincuenta mil por seis minutos cortos de «trabajo»!

Cierto que al final de los seis minutos Firpo era un lamentable despojo humano, y que para lograr esas sumas los púgiles han de encajar formidables palizas. Los minutos en el *ring* deben parecer inacabables, porque, digan lo que quieran los relojes con su rígida monotonía, no todas las horas tienen, ni mucho menos, la misma longitud.

Para terminar, resumiremos las ganancias confesadas por Dempsey á un periodista deportivo: En el combate contra Bille Miske, 330.000 pesetas; contra Carpentier, 1.800.000; contra Tom Gibbons, 1.860.000, y contra Firpo, 2.100.000. En suma, en cuatro combates, ¡seis millones noventa mil pesetas, próximamente!

Una bonita fortuna que bien vale un centenar de puñetazos, aunque sean administrados por los formidables puños de Miske, Carpentier, Gibbons y Firpo.



GEORGES CARPENTIER
En una pose de entrenamiento



El baño es una obligación cotidiana de los escolares berlineses
(Fot. Agencia Gráfica)

«MENS SANA IN CORPORE SANO»

Los baños escolares en Londres y Berlín

Las escuelas berlinesas están cada día más aferradas al viejo aforismo *mens sana in corpore sano*, y cuidan de la higiene física de sus muchachos tanto como de la higiene mental y aún más que de la instrucción, con ser, por convicción filosófica, tan extremos en punto á la cantidad de conocimientos que los ciudadanos necesitan.

El desarrollo mental de sus muchachos interesa mucho á los educadores berlineses en par-

ticular y á los educadores alemanes en general. En Alemania se cuida mucho de que la evolución psíquica de los escolares se haga de un modo correcto, considerando que ese cuidado es uno de los medios más activos y eficaces de higiene mental evitadora de graves daños sociales.

Pero los maestros, saliendo de las viejas tradiciones de la escuela del leer, escribir y contar, y bien orientados por las autoridades académi-

cas y pedagógicas, cuidan también afanosamente la higiene corporal.

Al llegar el verano, extreman los cuidados defensivos, especializándolos contra los daños que puede causar el calor, reduciendo á un minimum la indumentaria y sometiéndose constantemente á los efectos de una hidroterapia que otros países juzgarían excesiva.

Desde que comienza el estío, los muchachos alemanes, que no renuncian al aire libre,



Cinco intrépidas muchachas londinenses haciendo su toaleta antes de lanzarse al agua

pasean por los campos en traje de baño, demostrando en todos los momentos su amor al agua, que, utilizando todos los artificios hidráulicos que encuentran á su paso, emplean los mismo para uso externo que para el interno.

Nadie les impide el uso de bombas, mangas de riego, etc., etc., y puede decirse que el uso de las mangas es obligatorio en los jardines próximos á las escuelas, donde los muchachos se administran mutua y recíprocamente magníficas duchas que reciben valientemente aun cuando el agua es proyectada con fuerte presión.

Casi todas las escuelas disponen de excelentes y grandes piscinas, en que los muchachos se ejercitan valientemente en la natación, endureciendo así sus músculos y fortificando sus pulmones no sólo para el deporte, que sería cosa secundaria, sino para acrecentar la resistencia á las enfermedades, que es lo fundamental en el plan educativo que ahora más que nunca practican los alemanes.

La hidroterapia no excluye, naturalmente, otros medios defensivos de la salud, y

uno de ellos, el que más constantemente utilizan los germanos, son los baños de sol.

No hace mucho publicaba LA ESFERA la vista del *solarium* de una escuela instalado en la terraza de su edificio en Berlín. Forma más frecuente y más próxima al ideal, á que procuran aproximarse todo lo posible, la dan los campos

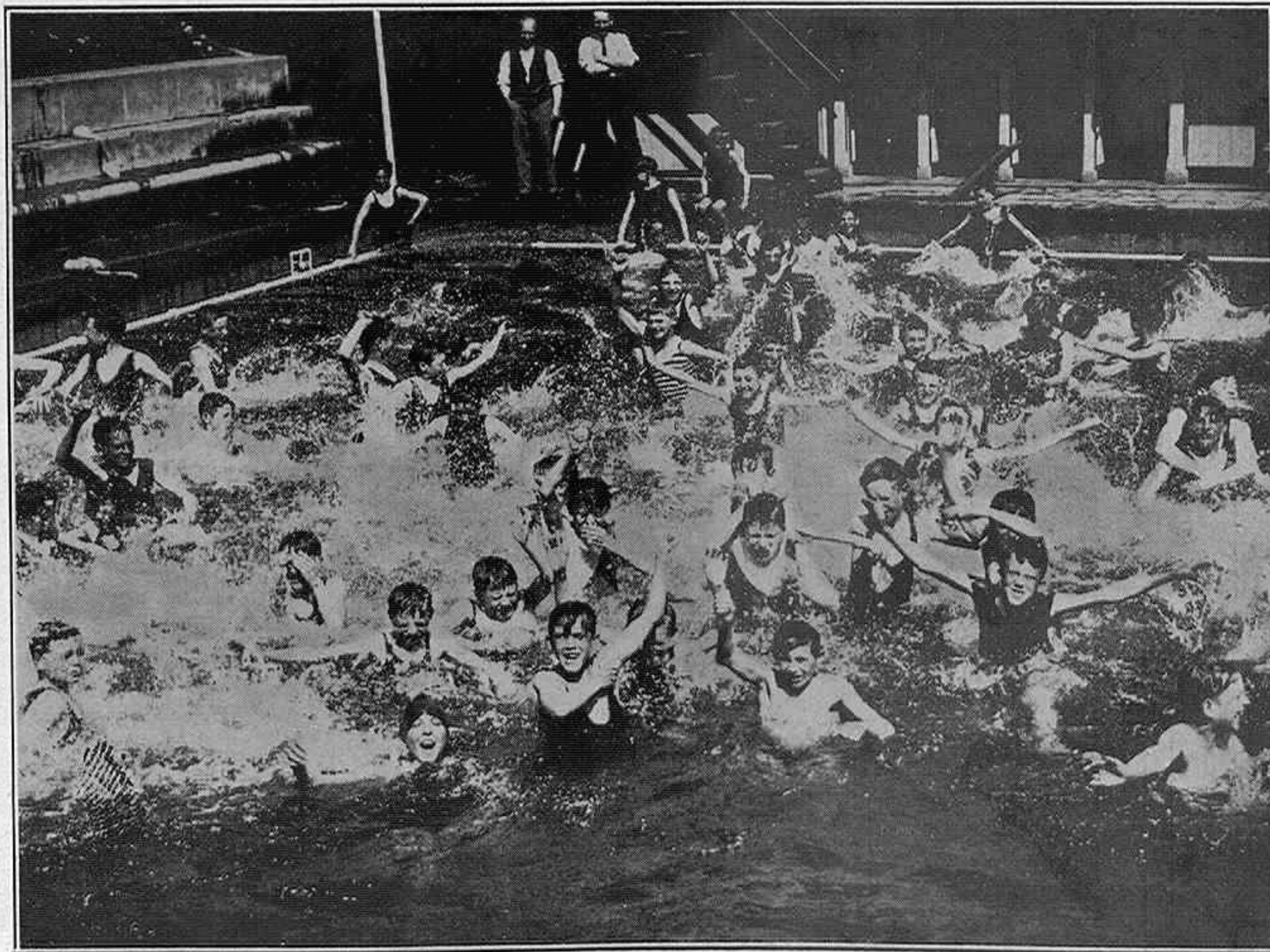
próximos á los mismos lugares donde los muchachos se bañan, y bien soleados.

El ideal es una playa natural y auténtica; próximas á él son las playas artificiales, admirablemente dispuestas muchas veces, y desde esas alturas puede descenderse de un modo gradual hasta la perfecta utilización de las terrazas.

No son los alemanes los únicos cultivadores hasta ese extremo de la higiene infantil; en Londres también, en verano singularmente, los muchachos ingleses encuentran también todas las facilidades apetecibles para dedicarse á los deportes acuáticos.

De ese modo logran hacer agradable para los muchachos y consuetudinario para los adultos lo que no hace muchos lustros aparecía á muchas imaginaciones infantiles, sobre todo de ciudades del interior, como un tormento de los más peligrosos y aterradores.

Los tiempos, afortunadamente para la salud pública, han variado mucho, y nos prometen generaciones fuertes y sólidas, que si lo son de espíritu tanto como de cuerpo, aseguran á las generaciones futuras la paz y la felicidad.



Muchachos de las escuelas de Londres á la hora del baño

D. T.

ACTIVIDADES FEMENINAS PARA TODOS LOS GUSTOS

MIENTRAS las mujeres más denodadamente feministas celebran en Berlín su congreso mundial, otras mujeres, menos preocupadas por los problemas sociales del día ó futuros, siguen cultivando otras actividades más ó menos femeninas; y algunas hay que, entregadas á los deportes, hacen propaganda por «el hecho». La más eficaz de todas, porque obedece al sabio precepto que reza: *facta, non verba* (hechos, no palabras).

Algunos clubs femeninos de fútbol ingleses entrenan á sus *equippers* mediante un adecuado ejercicio de todos los ejercicios atléticos, y no hace mucho han celebrado unas interesantes carreras pedestres femeninas interclubs, en que

han tomado parte verdaderas especialistas en carreras á pie.

También en Inglaterra se ha celebrado recientemente la carrera anual femenina en bicicleta, que tiene una larga historia, puesto que la misma prueba se ha verificado ya catorce años consecutivos.

En la carrera ciclista tomaron parte 28 muje-

cuidar niños; «la niñera», institución de primera necesidad, sobre todo en países de matrimonios prolíficos, ha dejado de ser una aprendiz de «criada para todo», de cocinera ó de doncella: es una verdadera profesional que estudia en escuelas bien organizadas, como la nuestra de Puericultura, lo necesario para defender las vidas infantiles, antes sometidas á tantos peli-



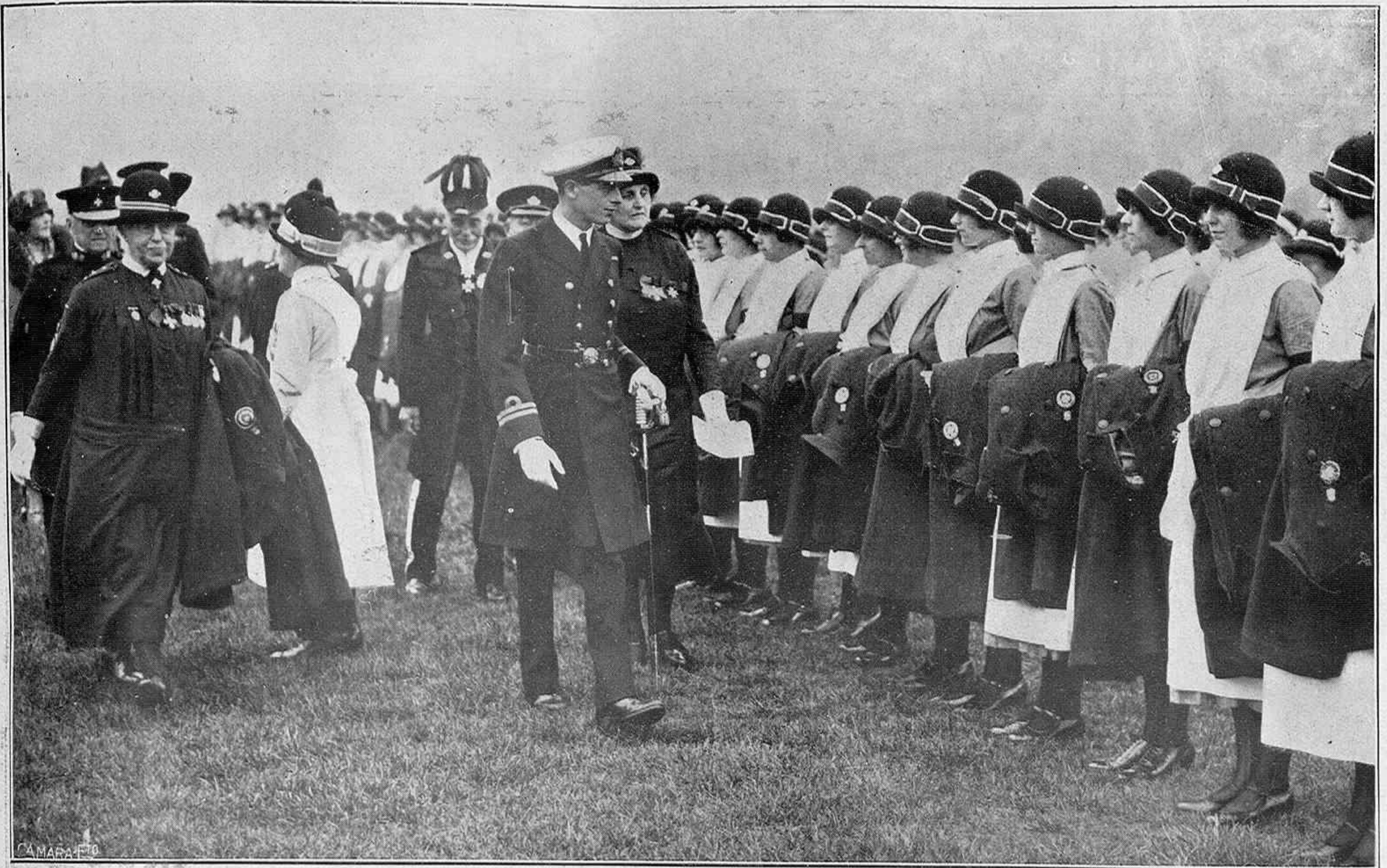
Baile de las mariposas, interpretado por aristocráticas «girls» inglesas en el jardín-«cabaret» del duque de Sutherland

res, muy calificadas ya como corredoras de fondo, y la mayoría de ellas conocidas también como *ases*, ó, por lo menos, como figuras culminantes en otros deportes y formas de atletismo.

Aun quedan, sin embargo, mujeres dedicadas á profesiones y recreos más propiamente femeninos; por ejemplo, á la interesante ocupación de



Grupo de corredoras que tomaron parte en la carrera anual femenina de bicicletas



El Príncipe Jorge revistando á la Sección de niñeras de un distrito londinense

gros, que la mortalidad infantil era uno de los más terribles azotes de la Humanidad, y la ignorancia una de las más eficaces causas de ese gravísimo mal.

En Inglaterra misma, cuna también del sufragismo y de los deportes femeninos, las niñeras tienen organizaciones muy dignas de estudio, y además forman parte de otras más amplias de asistencia social, militarmente constituidas.

Así, la Ambulancia del distrito de San Juan londinense tiene una sección de niñeras que lleva el título de Príncipe de Gales, y que recientemente ha sido revistada en Hyde Parck por S. A. R. el Príncipe Jorge de Inglaterra.

Las niñeras de la ambulancia no lucen aún, naturalmente, botas de montar con espuelas doradas, ni casco metálico, como una de las más conspicuas damas inglesas que han asistido al Congreso femenino de Berlín; pero llevan, como puede verse en nuestro grabado, sombreros que, vistos á distancia, semejan mucho al cubrecabezas marcial. Indican como un período de transición en la marcha evolutiva hacia una masculinización definitiva, que es, por paradójico que

parezca, el fin presumible del feminismo más ó menos exaltado.

No hay miedo, sin embargo, de que, por ahora al menos, la mujer abandone sus viejos oficios, ni sus antiguas aficiones, y siguen ejerciéndolas incluso cuando se trata de prestar su concurso á fiestas de caridad.

De Inglaterra nos llega también una nota cu-

riosa que demuestra eso que, tal como van los tiempos, podríamos denominar persistencia ancestral: el duque de Sutherland ha organizado recientemente, en su magnífica residencia de Sutton Place, una de las más deliciosas casas señoriales inglesas, una fiesta á beneficio del «Hogar-escuela para hijos de oficiales»; y en ella el jardín ha sido transformado en *cabaret*, y en el *cabaret* han actuado distinguidas muchachas, interpretando danzas escénicas, y entre ellas el baile de las mariposas, que sobre el fondo austero del palacio señorial produjo extraño efecto, lleno de fantasía.

Uno de nuestros grabados muestra un instante de ese baile en que las figuras vivientes de las danzarinas se unen íntima y artísticamente con las estatuas decorativas del jardín. Se ve, pues, cuán distintos aspectos tienen actualmente las actividades femeninas; pero si profundizamos un poco, y salvo casos que tal vez resultarían interesantes para un endocrinopatólogo, sobre todas ellas, sigue perdurando una, la más remota, la heredada de Eva, maestra y madre de todas las mujeres en el arte, tan propiamente femenino, de seducir á los hombres.



Una prueba femenina de relevos del concurso atlético de uno de los más importantes Clubs femeninos de deportes

UN NUEVO FRANS HALS



«Retrato de señora anciana», recientemente identificado como de Frans Hals



UNA MIRADA DE ÉL

que usted no debe perderse, expresa a veces la admiración que produce un cutis bello.

No deje que su marido pueda admirar en otra mujer un encanto que usted no tenga. Es usted bonita, pero acuérdesese de la maravilla de cutis que poseen otras mujeres.

El secreto de la belleza de esos cutis tan lozanos, consiste en el jabón. Esas caras aterciopeladas, transparentes y sin una arruga, limpias de puntos negros y de impurezas, son obra del Jabón

HENO DE PRAVIA

Al acostarse, jabónese con él y agua templada para que los poros, limpios y libres, dejen respirar a la piel durante el sueño. De este modo, amanece la cara fresca y radiante, como si siempre tuviera quince años. Y por la mañana, otra ligerísima jabonadura, aclarada con agua fresca, acabará de dejar su cara como una rosa. No tenga usted miedo al jabón, mientras use el Heno de Pravia. Aumenta la suavidad y frescura de la piel, porque su espuma es muy fina, su pasta es inofensiva y ha sido preparado con aceites de primera calidad.

Lavándose cada noche y cada mañana con el Jabón Heno de Pravia, su cutis será siempre el que más admirará su marido.

PASTILLA,
1,25

EN TODA ESPAÑA

PERFUMERÍA GAL
MADRID

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14.
Casa en Londres: Strand, 76.
Casa en Nueva York: Waverly Place, 147-153.
Casa en Amsterdam: O. Z. Voorburgwal, 101.
Casa en Copenhague: Vingaardsstræde, 22.

VERITAS

Elegancias



Vestido de «crêpe marocain», en color «beige» c ar



Vestido de noche en «georgette» bordado en «strass»



Vestido de playa en crespón blanco

Vestido de paseo en «georgette» verde almendra

Vestido de lanilla inglesa para excursiones

Las toaletas de entretiem po han aparecido en la presente estación mucho antes que otras veces, debiéndose estas prematuras exhibiciones de abrigos y trajes de tejidos de mayor consistencia á que el verano está siendo muy desigual, y en los países del Norte, principalmente, las brisas son frescas por demás; por lo que

la inglesa, en *crêpe satin* con mezcla de lana, en lanillas con dibujo, en crepella y panas estampadas á rayas ó cuadros minúsculos.

En los trajes sa stre dominan los tonos neutros; por el contrario, en los abrigos del mismo estilo imperan los colores más luminosos, tales como rojo, coral, violeta y verde. Estos van guarnecidos con

las muselinas y crespones, tan frágiles y tan sutiles, han de necesitar un complemento más adecuado á las circunstancias.

El traje sa stre tiene, pues, una aceptación enorme; pero inspirado en tendencias exquisitas por lo femeninas: tejidos, hechuras, detalles, todo es apropiado para la mujer, sin restarle ninguno de sus naturales encantos. Lo mismo sucede con las blusas—de crespón blanco ó en colores pálidos con trabajos de lencería—y con los *pull-over* inspirados en temas coloristas y ajenos por completo á los que llevan los hombres.

Volvemos á las hechuras clásicas, inspiradas en los más puros cánones, sin que falten tampoco modelos de fantasía: creaciones en *kasha*, en *jersey*, en frane-



Toca calottes de fieltro negro con incrustaciones de encaje (Modelo Nandine.—Fot. Hugelmann)



Cloche en «bakous», adornado con cinta roja y blanca (Modelo Nandine.—Fot. Hugelmann)



Vestido de muselina estampada en varios tonos
(Modelo Martial et Armand)
(Fot. Hugelmann)



Vestido de encaje negro estampado en colores
(Modelo Georges et Janin)
(Fot. Hugelmann)



Dos lindos vestidos de «soirées», uno en «crêpe georgette» blanco y otro en «taffetas» azul pavo

pieles de astracán negro ó gris y *keitchrantz* de los mismos tonos. Son guarniciones—cuellos y puños—muy voluminosas. Los cuellos, redondos totalmente y forrados en el interior con una crinolina muy armada, á fin de que se mantengan siempre rectos, formando de esta guisa como un marco muy favorecedor al rostro de la mujer.

Los puños, también redondos y hasta más arriba del codo en casi todos los modelos.

Para la tarde hay muchos trajes que se acompañan de un bolero de tejido más consistente. Por ejemplo, un vestido de *crêpe satin* se combina con un bolero de crepella forrado del mismo tejido del traje.

Hay modelos de *crêpe georgette*, acompañados de una chaquetita de terciopelo de seda muy flexible; ambas prendas en el mismo tono.

Los colores que más se llevan en los trajes de tarde para la *demi saison*, son marrón, rojo obscuro, ópera y azul gris; éstos son los predilectos en todas las casas de gran firma.

El sombrero y el bolso se hacen

en el mismo tono del vestido, pues sigue siendo indispensable que los accesorios combinen diestramente en el conjunto total de la toaleta. Por esto hay quien lleva también el calzado del mismo color del vestido, ó, por lo menos, con un detalle que lo armonice.

Los terciopelos estampados, no siendo en trajes de tipo *sport*, no se ven en ninguna de las colecciones de entretiempo; ha habido verdaderas maravillas en terciopelos estampados, y, sin embargo, las damas no los han aceptado. ¿Por qué? Pues porque las mujeres se han acostumbrado á llevar telas sutiles y adaptables, y no admiten este tejido, que, aun cuando se fabrica hoy con la mayor finura, al fin y al cabo es un poco fuerte.

En cambio, los terciopelos sobre *crêpe georgette* hacen furor en trajes de noche, y en los de tarde inclusive. Se usa también mucho para el acto más trascendental de la vida de una mujer: para el momento dichoso en que avanza hacia el altar á los acordes de una marcha nupcial.

ANGELITA NARDI

DESPUES DEL TRIUNFO

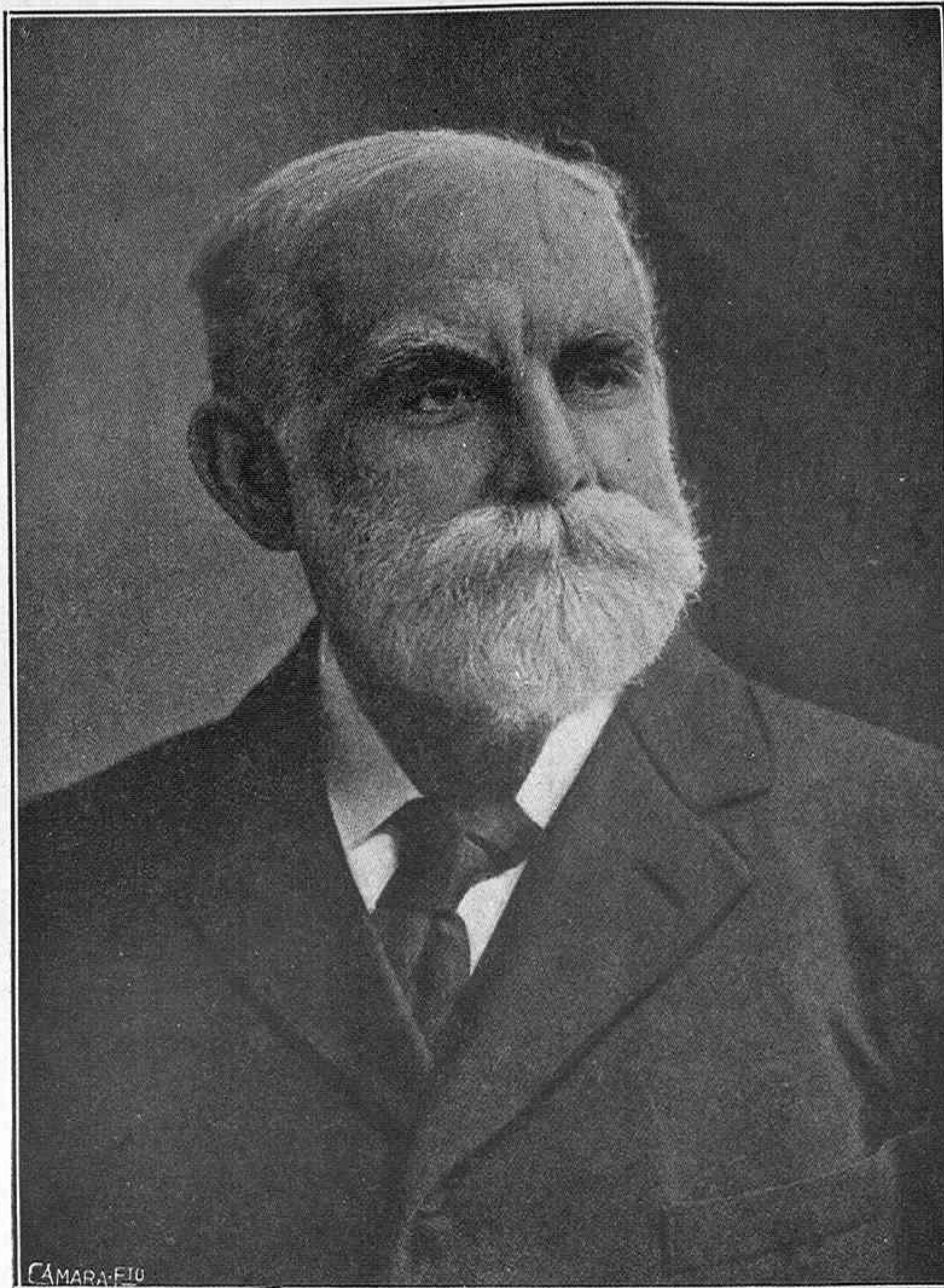
EL PATRIARCA DEL LABORISMO INGLÉS

A HORA que el *Labour Party* conquista el poder, por segunda vez, en Inglaterra, no deben olvidarse los orígenes de su formación, sus luchas violentas de otros días, ni aquellos hombres que, en los comienzos difíciles, con su perseverancia ó con su abnegación, con su talento en la propaganda ó con su actividad en la organización, echaron las bases que hicieron posible la futura victoria. Entre esos hombres, es John Burns la figura del verdadero patriarca del laborismo inglés. En primer término, porque él fué uno de los fundadores; en segundo lugar, porque él fué el primer obrero que llegó á ser ministro en Inglaterra.

El ha sido como la encarnación de la voluntad con temple de acero, de la energía bien disciplinada. La historia de su vida es harto edificante.

Sus padres eran originarios de Escocia. El padre murió pronto. Y en su hogar, á las privaciones impuestas por un salario corto sucedió la completa miseria. John Burns, pequeño, ayudó con frecuencia á su madre, que se dedicó á lavandera, á llevar, aun en las noches de invierno más rudas, el talego de la ropa sucia desde Park-Lane al cuchitril donde vivían en Battersea. Un día, camino de Vauxhall, la madre y el hijo se detuvieron para descansar cerca del Palacio del Parlamento, y entonces el niño, con un singular presentimiento de su destino, exclamó: «Mamá: si llego á tener fuerza y salud, más tarde, ninguna madre trabajará en la miseria como tú.»

A pesar de que tenía que ayudar á su madre, John Burns frecuentaba la escuela de la parroquia. Pero no pudo continuar en ella, á pesar de sus éxitos escolares, mucho tiempo. A los diez años se vió forzado á ganar con su trabajo el pan de los suyos. Entró en una fábrica de bujías; después fué botones en una oficina; luego mozo de café, y, por fin, obrero mecánico, oficio al cual le empujaba una ardiente vocación. Al mismo tiempo que conquistaba una reputación profesional en el oficio, iba adquiriendo fama de encarnizado lector. Hacía, sin sacrificios, su autoeducación. El estudiaba los grandes escritores que formaron el espíritu de la Inglaterra del siglo anterior. Carlyle, Ruskin, Spencer, Stuart Mill, ejercieron, en su formación espiritual, una gran influencia. Sobre todo, quien lo decidió en su camino fué Delahaye, un francés refugiado en Londres después del fracaso de la Commune en París. John Burns desde entonces fué socialista.



JOHN BURNS
Patriarca del laborismo británico

Y comenzó á predicar sus ideas con el ímpetu de su intrépida mocedad.

El se había enamorado de la hija de un carpintero: miss Sale. Aquel muchachito de diez y seis años, moreno y con los ojos negros, que se entretenía los domingos estudiando economía política y predicando en las calles, la desconcertaba, la asustaba, porque no lo comprendía. Al regreso del Africa del Sur, adonde John Burns había ido á tentar fortuna, la joven pasaba por un *square*—era 1880—, cuando de pronto reconoció á su amigo de antes. El hablaba, y su elocuencia desencadenaba en el público frenéticas aclamaciones. La policía detuvo al orador. La piedad rindió el corazón de la joven. Seis semanas después se casaban. El ganaba buen jornal como mecánico, y de sus manos salía el primer tranvía eléctrico que circuló en Londres. Por entonces se fundó la *Social Democratic Federation*, la primera agrupación marxista que se creara en Inglaterra. La lucha de clases comienza.

El 8 de Febrero de 1886, John Burns toma parte en el mitin que se celebró en Trafalgar Square, donde trece mil obreros estaban reunidos para silbar á los oradores proteccionistas. Al regresar los manifestantes, que se encaminan á Hyde Park por Picadilly, son insultados por los socios aristócratas del Carlton Club. Los sin trabajo contestan apedreando las ventanas. Burns es detenido.

Al año siguiente, el 13 de Noviembre, se produce «el domingo sangriento». El Gobierno ha-

bía prohibido un mitin en Trafalgar Square. Radicales y socialistas se deciden á invadir la plaza por asalto. La tropa de caballería y los coraceros guardan las entradas. Sin embargo, unos centenares de obreros rompen las filas. Son detenidos muchos, entre ellos Burns, que es condenado á tres meses de prisión.

Dos años más tarde se declara la famosa huelga de los *dockers* en el puerto de Londres, cuyo tráfico se paraliza durante diez semanas. John Burns es el alma de ese movimiento. El busca recursos y los distribuye. El organizó, haciéndola desfilar por la City, aquella manifestación de harapientos y de muertos de hambre—algunos cayeron desvanecidos por la inanición sobre las aceras—, cuyo doloroso espectáculo decidió la victoria.

Repetidamente elegido diputado por Battersea, Burns se destaca como una de las primeras figuras parlamentarias. Y al fin es ministro, como representante de la clase obrera, en un Gabinete liberal de coalición.

Rebelde á ciertas etiquetas, el ministro obrero se niega á llevar sombrero de copa y levita. Sigue fiel á la chaqueta burguesa. Para obligarlo á vestir el frac y el pantalón corto, fué necesario que el Rey le enviase su propio sastre. Los honores no lo deslumbraron. Cuando una gran dama de la aristocracia, perteneciente á la familia de los Marlborough, deseosa de mostrarle su simpatía y, en cierto modo, de tomarlo bajo su protección, escribió á la mujer de Burns para felicitarla por la elevación de su marido, ofreciéndole á la vez la hospitalidad de su salón, indicándole que tomara la carta como si fuera una visita, el íntegro obrero hizo que su mujer contestara agradeciendo la felicitación y rogando que la respuesta se tomase como si hubiera devuelto la visita.

El era obrero y quería seguir siendo siempre obrero.

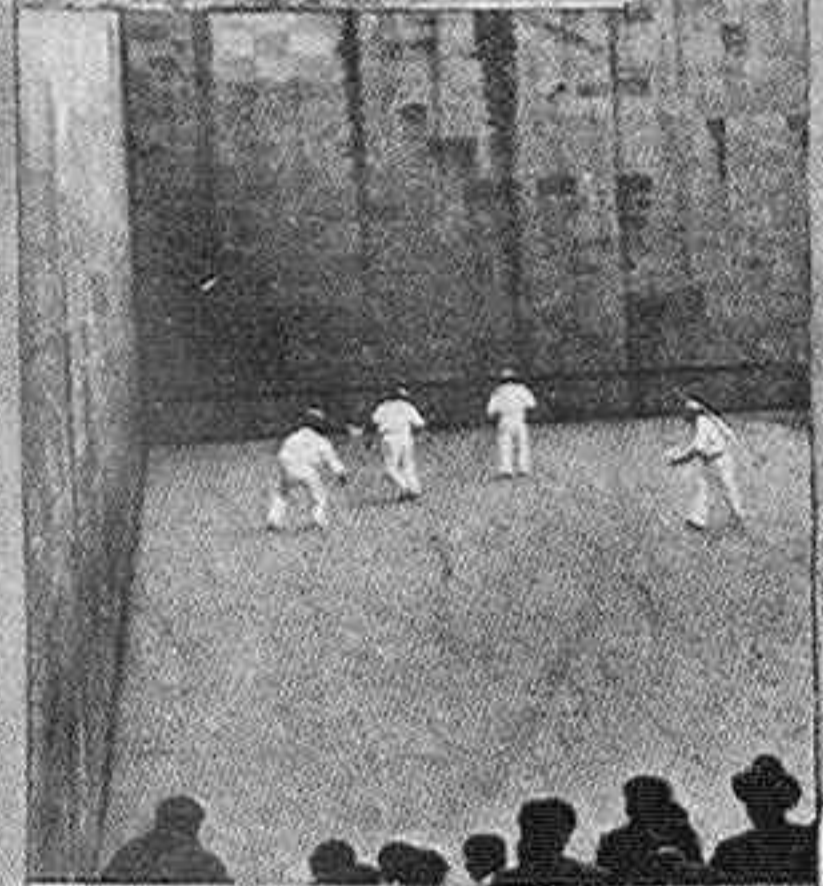
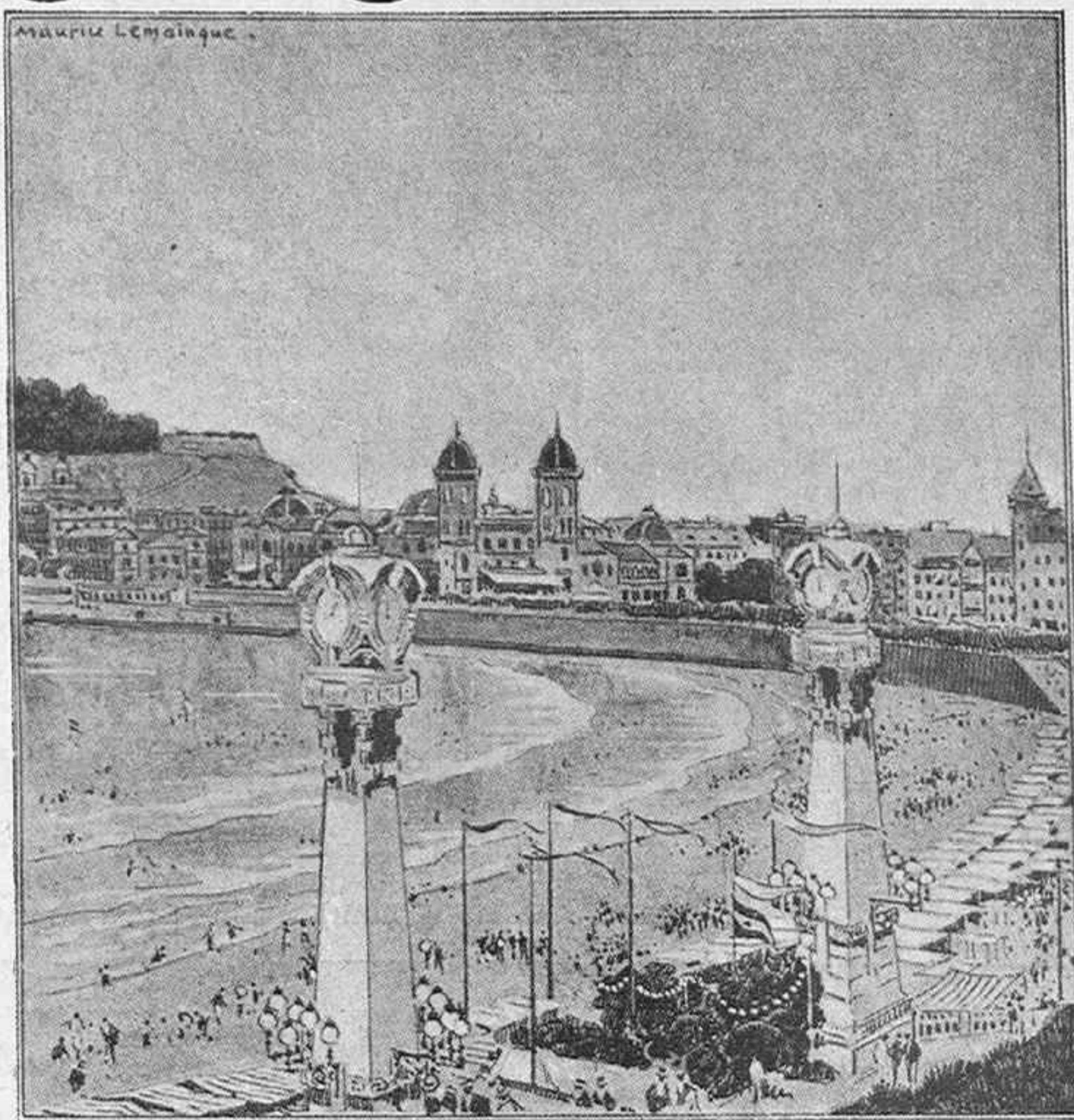
Así decía, dirigiéndose á sus electores de Battersea:

«Yo soy el depositario de vuestras esperanzas sociales, de vuestras ambiciones económicas, de vuestro ideal político, y, sin embargo, el camino de los honores no será para mí más que el camino del deber. Yo soy, como Shakespeare lo ha dicho, el *standard bearer of the rude mechanicals* (el porta-estandarte de los rudos trabajadores). Yo soy el primero de la antigua clase baja que entra en el Gabinete de los antiguos exclusivos.»

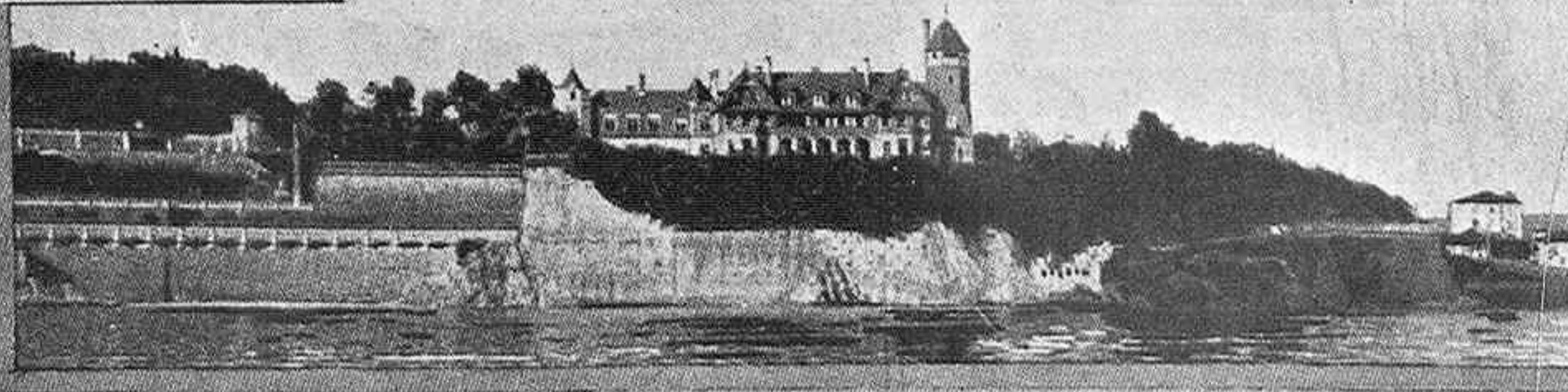
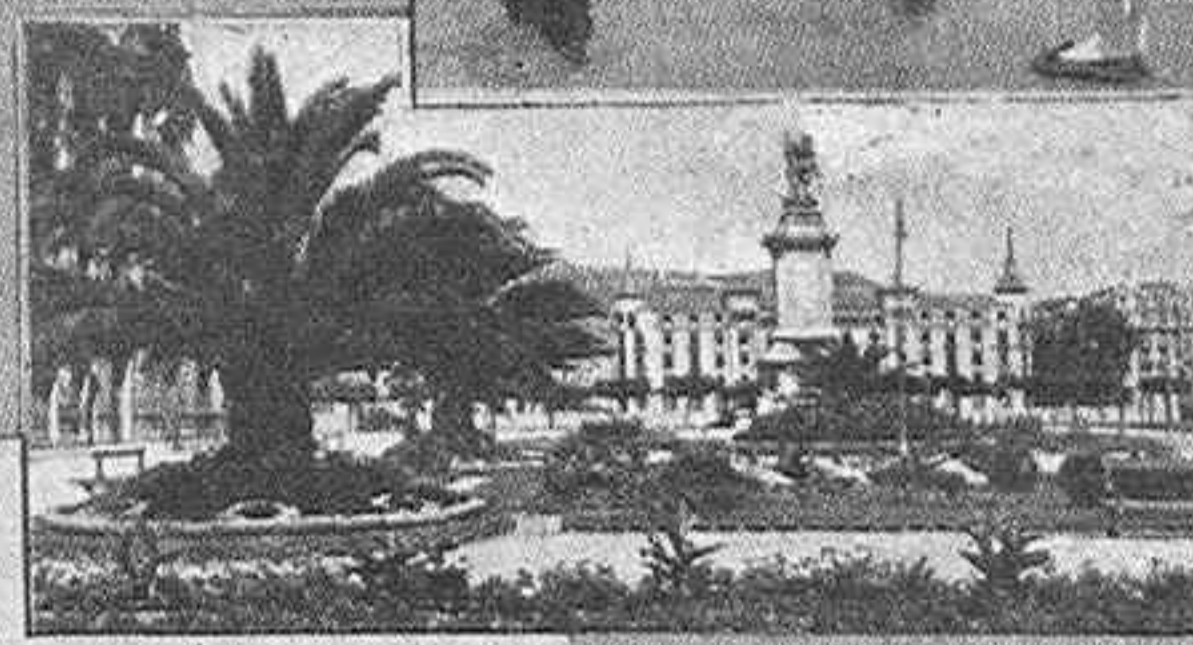
ANGEL GUERRA

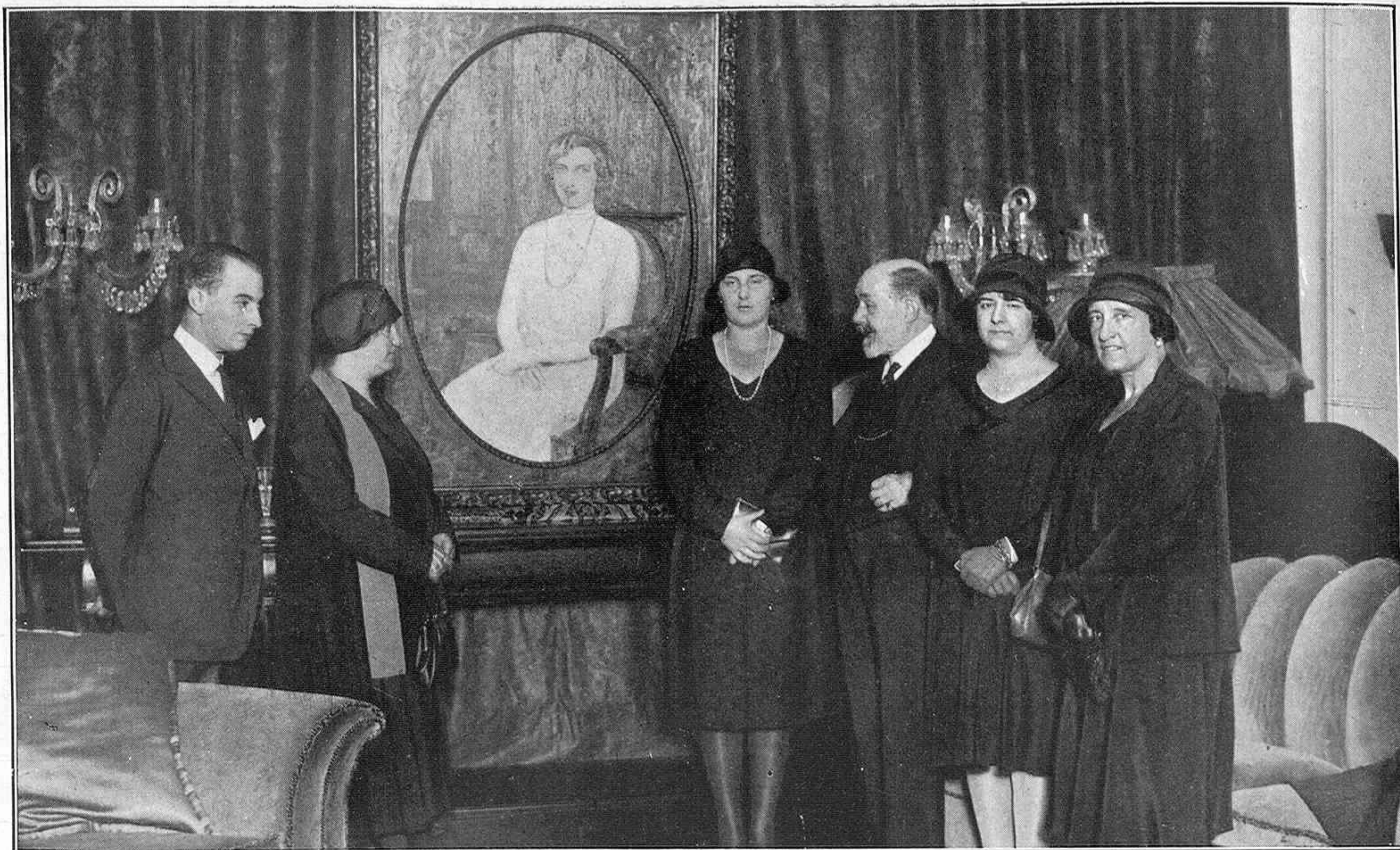
SAN-SEBASTIAN

la playa real



Playa incomparable. Toda clase de festejos y deportes. Kursaal y Casino. Nada falta en este sitio encantador, que el sol acaricia templado por los aires del mar, constituyendo un clima ideal. Los grandes acontecimientos de la temporada: Corridos de toros, el 11, 15, 18 y 25 de Agosto y 1 y 8 de Septiembre; el Circuito Automovilista del 25 y 28 de Julio; las Carreras de Caballos del 29 y 31 de Agosto, 5, 7, 12, 15, 19 y 21 de Septiembre; las Regatas de balandros del 9 al 18 de Septiembre; los Concursos de «golf» del 1 al 13 de Agosto y del 14 al 28 de Septiembre; el Concurso internacional de «tennis» del 8 al 18 de Septiembre. Pídanse prospectos ilustrados gratis al C. A. T., sección P. G., Gran Casino, San Sebastián.





Notas de Arte

S. A. R. la Infanta doña Cristina visitando la Exposición de su retrato y el de su augusto hermano el Infante D. Jaime, obras del laureado pintor Juan Antonio Benlliure, con destino á los barcos que llevan sus nombres (Fot. Cortés)

PARIS

BUENOS AIRES

JANSEN

DECORATION

ANTIQUITÉS

EXPOSICIÓN DE BARCELONA

Un representante está á la disposición de la clientela en el

PABELLÓN ALFONSO XIII

RINCONES DEL PASADO

LA BIBLIOTECA DEL PATRIARCA RIBERA

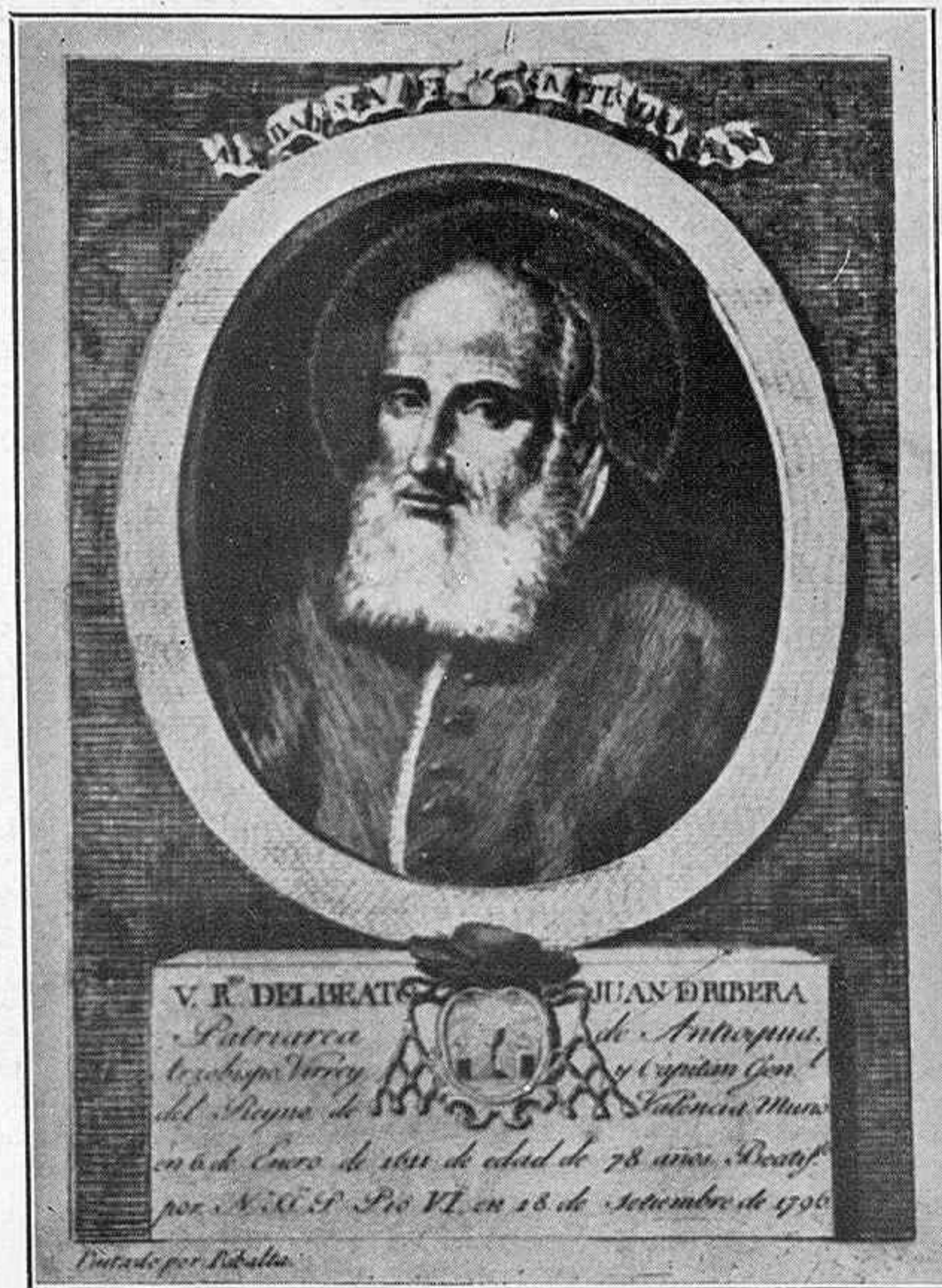
JUAN de Ribera, patriarca de Antioquía, arzobispo y virrey de Valencia, es una de las figuras interesantes (aunque a Pío Baroja le moleste la palabra) que vivieron á horcajadas entre las centurias XVI y XVII. Tanto es así, que la vida valenciana de aquella época se halla plenamente informada por las ideas y por las acciones de aquel beato varón. ¿Fue un mal? ¿Fue un bien?

En su debe hay que colocar la expulsión de los moriscos, decretada por Felipe III á instancias machaconas y enérgicas del patriarca, arzobispo y virrey. En Septiembre de 1609, gran número de galeas y de galeones guardaban las costas valencinas, y escuadrones aragoneses y castellanos pisaban y repasaban las feraces tierras. Se publicó el decreto, que se creía fundado en imperiosas razones. Y ciento cincuenta mil valencianos fueron expulsados de su patria por ser moriscos. Con ello se privó al reino de útiles trabajadores y de un elemento que enriquecía su personalidad.

En cambio, en el haber de Juan de Ribera hay que colocar la fundación en Valencia del Colegio del Corpus Christi, que es una maravilla de arquitectura severa y elegante, al mismo tiempo que un alarde señorial, pues no se escatimó nada para que la fundación fuera magnífica. Y hoy no solamente es un hogar de pura liturgia y una escuela de sacerdotes, sino un museo que cuenta con obras artísticas de primera categoría: Van der Weyden, Alonso Cano, el Greco...

Pues bien: en ese Colegio del Patriarca (que así se le denomina generalmente) hay una estancia que hasta ahora no ha solicitado de una guisa especial la atención de los divulgadores (falta una monografía crítica y completa); pero que bien merece unos párrafos, por ser un departamento que conserva el ambiente de los principios del siglo XVII en una de sus manifestaciones más simpáticas: la biblioteca.

Consta de un solo salón, que se encuentra al fin de la escalera principal, aquella escalera con un zócalo de azulejos que tienen el mismo color de las hojillas cuando empiezan á existir en primavera. Ya se ha abierto la puerta. En el testero hay una capillita. A la derecha, dos ventanales que dan á una calleja angosta. A la izquierda, un sólo ventanal por el que se ven tejados de la Fundación y un patio centrado por una estatua



El patriarca Ribera, según una estampa tomada de un cuadro de Francisco Ribalta

romana de un magistrado municipal. En la parte media de la habitación hay una maqueta del monumento marmóreo elevado en el patio principal de la casa en memoria del fundador, y que es uno de los acertados monumentos de Mariano

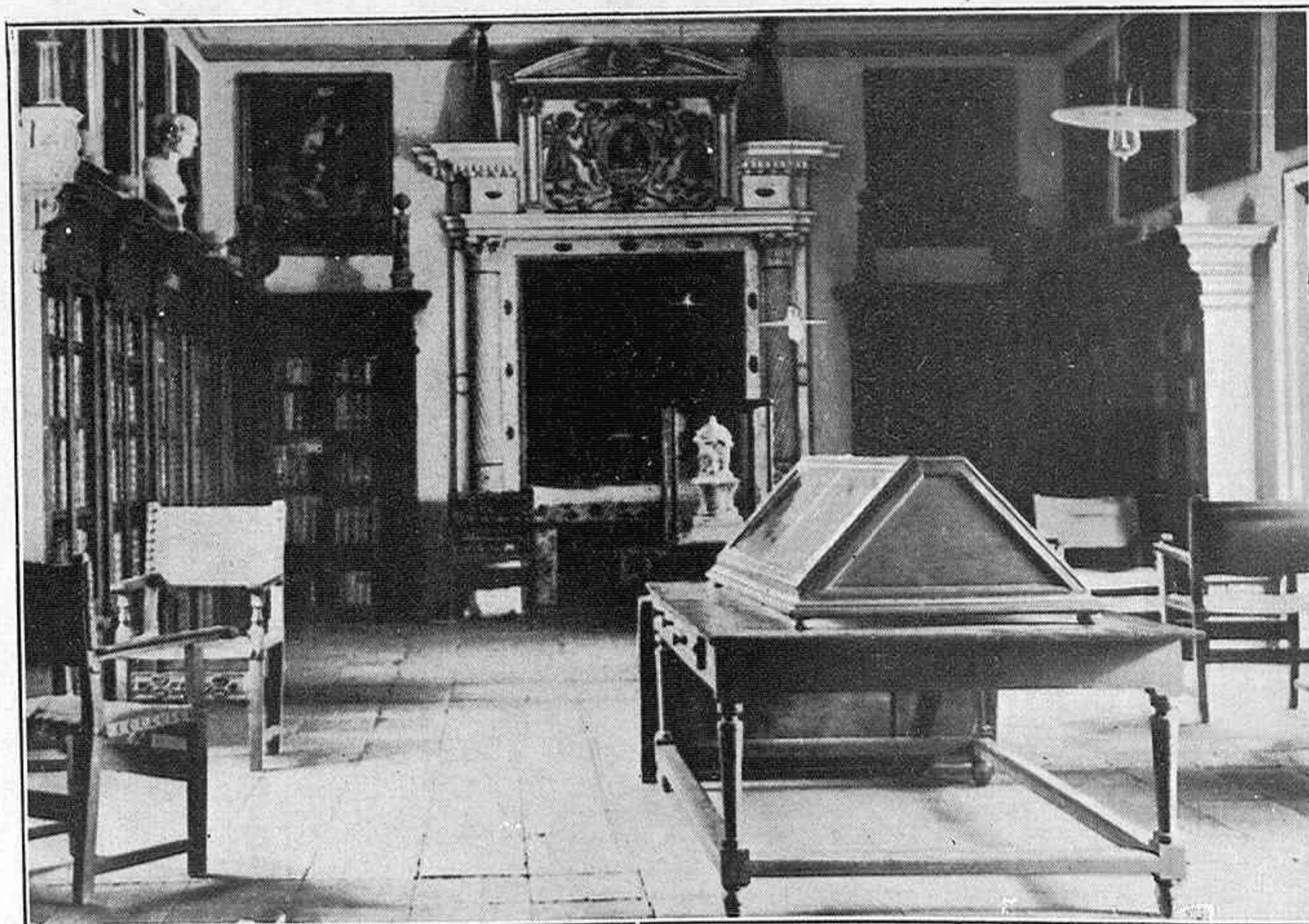
Benlliure. También hay—sobre la mesa—una vitrina con las preciosidades de la librería, como gustaba Lope de Vega que se dijese en vez de biblioteca. Acá y acullá, sillones para leer reposadamente...

Puédense citar: ocho volúmenes en cuarto que contienen los apuntes autógrafos tomados por Juan de Ribera en la Universidad salmantina mientras oyó las lecciones de Domingo de Soto, de Francisco de Vitoria y de otros; varios incunables, entre ellos una vida de San Honorato, impresa en Valencia el año 1499 por el germano Lope de la Roca; varios tomos con sermones manuscritos del mencionado beato; una Biblia de París, 1540, con apostillas autógrafas del patriarca; otra Biblia, del siglo XIV, con miniaturas deliciosas de dibujo y de color...

En torno á la sala se hallan las estanterías, serias de línea, oscuras de tonalidad, sobre las cuales descansan—y adornan—esferas herrerianas, jarrones y retratos en lienzo de personajes de la Casa de Austria. De vez en vez, blanquean las cartelas indicadoras de lo que allí se contiene. De derecha á izquierda, son: Liturgia, Leyes, Cánones, S. S. Padres, Expositores, Biblias, Teología, Miscelánea, Sermones, Filosofía y Latinidad. Y los volúmenes forman unos á la vera de otros, ya forrados de amarillento pergamino, bien revestidos de cárdeno becerro, ora encuadernados de profundo terciopelo.

Todo está igual; parece que fué... hace tres siglos. Porque si bien el colegio se halla enclavado en lo céntrico de la ciudad, no está en lo más trepidante de ella. Y tiene, por ende, bastante aislamiento para producir las ilusiones más retrospectivas. En la mañana jubilosa, de cielo escandalosamente azul, tañen y tañen las campanas mientras pían unos alegres y confiados gorrones. Dentro de la biblioteca, luz tamizada, rumores intervenidos por la prudencia.

Y una cartulina fijada en la madera da el siguiente aviso: «El Papa Gregorio XV, en 9 de Junio de 1621 prohíbe bajo pena de Excomunión el que se saque de este Real Colegio papel alguno impreso ó manuscrito, aunque sea con ánimo de devolverlo. El beato fundador, en el capítulo 39, núm. 8.º de las Constituciones, prohíbe sacar libro alguno de esta librería.»



Un aspecto de la librería de Juan de Ribera, donde aún perdura el espíritu del fundador

(Fots. Vidal)

ALMELA Y VIVES

La «Ciudad de la Luz» neoyorquina



CÁMARA-FIO

Es axiomático en el comercio moderno que una buena iluminación nocturna en escaparates y grandes almacenes aumenta las ventas en grado considerable en cuanto avalora la presentación de los objetos expuestos.

A fin de demostrarlo de una manera práctica, la *Westinghouse Lamp Company*, de Nueva York, acaba de instalar en el *Grand Central Palace* una gigantesca exposición de sistemas de alumbrado aplicables no sólo al comercio en general, sino á fábricas, talleres, Bancos, almacenes, campos de aviación, restaurantes, teatros, etc. Procediendo para ello á la americana, ó sea en proporciones descomunales, la Empresa ha construido una verdadera ciudad, con sus arterias comerciales, en las que se suceden las instalaciones, á cual más lujosas, de escaparates iluminados por diversos sistemas; las salas de espectáculos; los talleres; una escuela en la que pueden acomodarse treinta y cinco alumnos; una casa particular completa compuesta de seis habitaciones; un Banco y hasta una estación de servicio automovilístico. Esta «Ciudad de la Luz», que viene á disputar á París, en lo que á la iluminación material se refiere, su título de *Ville Lumière*, está constituyendo estos días la principal atracción del público neoyorquino.

Evocaciones históricas Las extravagancias de un general

MUJER de excepcional talento, despótica y de arrestos varoniles fué Catalina II, la Grande, cuya conducta, hartó desenfadada, escandalizaba á su corte y era la comidilla de todas las demás de Europa.

Sentóse en el trono de Rusia inmediatamente después que su marido Pedro III fué asesinado á instigación suya, y en los treinta y cuatro años de su reinado, desde 1762 á 1796, la buena fortuna le acompañó en sus empresas bélicas, y mereció ser alabada de sus súbditos por las reformas que introdujo en su gobierno, y de los sabios y filósofos más celebrados de Europa, á los que tuvo la habilidad de atraer á su corte, para que contribuyeran á hacer su fama imperecedera.

Entre los generales que se agrupaban en torno de la que era llamada la Semíramis del Norte, destacábase Alejandro Suvarov.

Por los triunfos que alcanzó en la famosa guerra de los Siete Años, obtuvo, precisamente en el de la coronación de Catalina, el grado de brigadier; consiguió el de general por su brillante actuación en la guerra contra Polonia.

Vencedor de los turcos en Orsova y en Koslondja, tornó á Rusia en 1775 y desbarató las tropas del impostor Pugachetv, que se hacía pasar por el zar Pedro III y acabó por ser decapitado en Moscou.

Gobernador de Crimea, en la nueva campaña contra los turcos, distinguióse en la batalla de

Kinburn y en el cerco de Otchacov; su resonante triunfo en Rymnik le valió el título de conde de Suvarov.

Apoderóse en 1789 de Ismail, y vuelto otra vez á Polonia en 1794, entró en Varsovia después de pasar á cuchillo á los habitantes de Praga.

Dos años después moría la zarina, y el sucesor, Pablo I, daba á Suvarov el mando del ejército encargado de invadir á Italia y expulsar de la misma á las tropas de la Revolución francesa.

Consiguió el ruso grandes ventajas en Trebia y en Novi; vencido por Massena delante de Zurich en 1799, regresó Suvarov á Rusia, donde murió pocos meses después, no sin padecer la amargura de que el estafalario zar le colmara de improperios.

A grandes rasgos queda bosquejada la actuación de uno de los generales que alcanzaron gran renombre en la segunda mitad, hartó agitada, del siglo XVIII.

Pero ni sus hechos de armas, que patentizan sus condiciones de hábil y valeroso caudillo, ni sus groserías y brutalidades, ni el terror que él y sus cosacos infundían á sus enemigos, habrían logrado seguramente dar á su figura el relieve que le presta lo raro y singular de su conducta, que casi siempre sabía plegarse á la idiosincrasia de sus soldados.

Este hombre extraordinario disimulaba astutamente la sólida instrucción que había recibido,

y como un actor consumado representaba su papel para atraerse la confianza de su gente, fingiendo estar poseído de su mismo entusiasmo religioso y servil.

Para que tuvieran en él una fe ciega y creyeran que nada podía resistirse, explotaba su credulidad, aparentando ser un iluminado, un elegido de Dios; les hablaba con gran énfasis y un tanto enigmáticamente; hincábase de rodillas ante los sacerdotes, y con humildad de pecador arrepentido imploraba le perdonasen y bendijeran.

Para impresionar á sus bárbaras huestes, salía de su tienda de campaña al romper el día, lo mismo en invierno que en verano, en el traje con que andaba nuestro padre Adán por el Paraíso y entonaba la diana imitando el quiquiriquí del gallo.

En lo más crudo del invierno veíase al estafalario general en camisa galopando en un caballo cosaco. Tan ligero atavío sorprendía y admiraba á los que, á pesar de sus recios abrigos, sentían el remusguillo propio de la estación.

Aquel general y aquellos cosacos, que cayeron como un nuevo «azote de Dios» sobre Italia, contrastaban tremendamente con los oficiales y las tropas austriacas que peleaban en la tierra del Dante; Suvarov no se recataba para mojar á dichos oficiales de petimetres y decirles que estaban acostumbrados á vivir delicadamente como señoritas.

¡Un bárbaro este general!

Sus visitas á los hospitales producían inquietud y espanto á los que se encontraban en ellos recogidos; pasaba una minuciosa revista, y á los que á su juicio hallábanse enfermos «de veras» ordenaba los propinasen sal y ruibarbo, cosas ambas que, para Suvarov, tenían la virtud de panacea universal. A los «calandrias» ó á los que él suponía tales, también los recetaba brutalmente... una ración de palos.

Las referidas extravagancias bastan para retratar al singularísimo general ruso, al cual se debe esta cruel máxima: «La bala es loca; la bayoneta sabe lo que hace.»

ALEJANDRO LARRUBIERA

PELUQUERÍA RAMOS DE SEÑORAS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERÍA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Huertas, 7 dupl.º—Teléfono 10667

SUCURSALES:

Plaza del Rey, 5. Duque de la Victoria, 4

Teléfono 10839 Teléfono 512

MADRID VALLADOLID